Ale Garsen



El final que me enseñaste a escribir



Selecta

El final que me enseñaste a escribir

Ale Garsen

Selecta

Para L.
Ya sabes que esta historia solo existe porque es para ti.

1

Sofía

El autobús avanzaba por las carreteras serpenteantes de Alsacia, rodeado de viñedos que cubrían las colinas y pueblos diminutos con casas de madera que parecían sacadas de un cuento. El cielo estaba despejado, pero el aire fresco que se colaba por las rendijas de las ventanas tenía un toque otoñal que me recordaba al olor de las castañas asadas y a lo lejos que estaba de Madrid.

Me había despedido de mis amigas con una mezcla de emoción y miedo, a pesar de lo orgullosas que estaban Lucía y Marta de mí, los cinco años de convivencia con ellas pesaban mucho como para que la despedida en el aeropuerto fuera alegre y aunque lo prometimos, no conseguimos reprimir las lágrimas.

Conseguir enseñar español en Francia había sido un proceso largo y ellas me habían apoyado tanto que casi parecía un éxito tan suyo como mío. Aunque solo era para cubrir una baja, si quería quedarme en Francia no me quedaba otra que destacar, necesitaría presentar un proyecto educativo lo suficientemente bueno como para que me dieran una carta de recomendación al terminar.

El sonido de mi móvil vibrando en la mochila me sacó de mis pensamientos. Lo saqué rápidamente y vi un mensaje de mi madre: *"¿Has llegado ya? ¿Cómo va el viaje?"*

Sonreí al leerlo. Siempre pendiente, siempre preocupada, incluso a mis veintisiete años y sabiendo que podía valerme por mí misma, necesitaba una última confirmación para quedarse tranquila. Mientras empezaba a escribir una respuesta, pensé todo lo que ella había significado para mí en este camino.

"Todavía no, pero ya falta poco. Todo bien. Te escribo al llegar ❤ ", respondí, y volví a guardar el móvil en la mochila.

***

Mi corazón se aceleró cuando el conductor anunció por el altavoz que llegaríamos a Colmar en unos minutos. Las primeras casas de la ciudad ya se veían a lo lejos, con sus fachadas coloridas y tejados empinados. Este era el comienzo de algo nuevo. Algo que, esperaba, podría cambiar mi vida.

Al bajar del autobús, me recibieron el aire fresco y el bullicio tranquilo de la estación. No llegué a dar ni tres pasos cuando choqué de frente con un muro de sudadera gris y vaqueros negros.

—¡*Merde*! —masculló él.

Mi maleta se tambaleó y cayó al suelo. Me giré furiosa para enfrentarme al desconocido. Era bastante alto, con el pelo castaño despeinado y sus ojos verdes, hostiles, me atravesaron como cuchillos. Había algo incómodamente magnético en esa mirada.

—¿No miras por dónde vas? —soltó, sin pizca de amabilidad.

—¡¿Perdona?! —repliqué, todavía en shock.

Él arqueó una ceja, burlón.

—Turista. —La palabra me la lanzó como si fuera un insulto.

—No estoy de turismo —dije con la mandíbula apretada.

Su media sonrisa me encendió aún más.

—Claro que no —ironizó—. Por eso arrastras esa maleta gigante como si buscaras un mapa enorme de "Bienvenido a Alsacia".

Bufé y tiré con fuerza de la maleta para librarla de una grieta en el suelo. Nada. La rueda estaba encajada y cada tirón la atascaba más. Él me observaba con los brazos cruzados, sin mover un dedo.

—¿Vas a quedarte mirando? —solté irritada.

Se acercó, con un aire de sobrado que me crispó todavía más.

—Tengo que subir a ese autobús, más vale que sea rápido —murmuró agachándose.

Agarró la maleta con una mano, tiró hacia arriba con brusquedad y… ¡crac! La rueda quedó encajada en la grieta, partida, mientras él sujetaba el resto del equipaje como si nada.

Lo miré, incrédula.

—¿En serio? —dije con un hilo de voz que explotó en rabia—. ¡Me cago en todo, era mi única maleta decente!

Él se encogió de hombros, con esa maldita calma suya.

—Te he hecho un favor. Ahora pesa menos.

Sentí la sangre hervirme en las venas.

—Vete a la mierda —le espeté arrebatándole la maleta de las manos.

Sus labios se curvaron apenas, como si disfrutara de mi furia, antes de darse la vuelta.

Con mi maleta a trompicones, salí de la estación, saqué el móvil y llamé a Iris.

—¡Sofía! —contestó al segundo tono con su energía habitual—. ¿Ya estás aquí?

—Sí, acabo de llegar —respondí mientras intentaba maniobrar mi maleta entre la gente que pasaba—. ¿Estás cerca?

—Claro, estoy justo afuera. Dame un minuto y te recojo.

Colgó antes de que pudiera responder, y sonreí al reconocer su entusiasmo de siempre. En un momento, un Peugeot pequeño y gris se detuvo frente a la salida, dentro Iris me saludaba desde el volante. Salí corriendo con mi maleta, la metí en el maletero y me subí al asiento del copiloto.

—¡Por fin juntas! —exclamó abrazándome rápidamente antes de continuar—. ¿Cómo fue el viaje?

—Largo, pero bien —respondí—. Estoy deseando llegar a casa y deshacer todo esto, me he encontrado con un gilipollas que me ha roto la maleta.

—¿Dónde está? Me bajo y le doy una paliza que se va a enterar… — explicó mientras hacía aspavientos con las manos que consiguieron sacarme una sonrisa.

—Déjalo, creo que ya habrá salido su autobús.

—Bueeeeeno, entonces nos vamos —dijo no muy convencida.

Conocí a Iris durante mi Erasmus. Al principio, era solo otra compañera más, pero pronto descubrí su sentido del humor ácido y su capacidad para hacerme reír incluso en los peores días. Fue ella quien me ayudó a adaptarme, quien me mostró cómo disfrutar de Colmar más allá de las clases y las obligaciones. Nuestra amistad se había mantenido fuerte, a pesar de los años y la distancia. Y ahora, volvíamos a compartir espacio y vida, como si el tiempo no hubiera pasado.

***

En quince minutos llegamos al piso, una construcción antigua con ventanales verdes y una entrada adornada con flores. Iris aparcó el coche y salimos juntas.

—No te preocupes por los vecinos, la mayoría son mayores y bastante tranquilos —dijo Iris mientras subíamos con mi maleta—. Aunque hay una familia en el tercer piso con un niño pequeño que a veces corre por el pasillo. Nada que no podamos soportar.

—¡Ay ay ay! ¿No había una película de miedo que empezaba así?

Iris me lanzó una mirada amenazante antes de contestar.

—¿Tú quieres que no vuelva a pegar ojo o cómo va?

—No no, que la ví en Netflix hace unos meses: mira era una pareja que se mudaba a un piso nuevo y cuando llegan…

—¡Ni se te ocurra! — dijo mientras se lanzaba hacia mí tapándome la boca con la mano.

Llegamos al segundo piso, y ella sacó una llave plateada que encajó en la puerta de madera. Al abrirla, una mezcla de lavanda y algo cítrico me dio la bienvenida.

—¡Bienvenida! —anunció empujando la puerta para dejarme pasar con mi maleta.

El salón fue lo primero que vi. Era pequeño, pero la luz natural que entraba por las dos ventanas que daban a la *Rue des Têtes* lo hacía parecer más grande.

—Aquí trabajo —dijo moviendo un montón de papeles sobre la mesa en el centro—. Es un poco caótico, pero al menos tengo mi rincón.

A la derecha del salón, una cocina abierta mostraba armarios blancos con la pintura un poco desconchada y una encimera de madera clara que estaba impecable.

—La cocina es práctica. No es muy grande, pero funciona — añadió con una sonrisa.

Pasamos por el estrecho pasillo, hasta que se detuvo frente a una puerta y la abrió con un gesto teatral.

—Y aquí está tu habitación.

Era sencilla, pero acogedora. Una cama individual con un edredón blanco ocupaba el centro, y a los pies había una manta gris doblada con cuidado. Una mesita de noche sostenía una lámpara de lectura y un libro con las tapas un poco gastadas. Era sencilla, pero mucho más grande que la que tenía cuando iba a la universidad.

—Es perfecta, Iris. De verdad, me encanta —dije dejando mi maleta junto a la cama.

Ella sonrió con alivio y se cruzó de brazos.

—Sabía que te gustaría. Voy a enseñarte el baño y te dejo que te acomodes.

Sonreí mientras recorría con la mirada cada detalle. Había algo en ese espacio que ya empezaba a sentirse como mío.

***

—He pensado que hoy deberíamos pedir algo especial —dijo sin levantar la vista del papel—. Mañana es un día importante, ¡y se me ha ocurrido algo que te va a encantar!

Me reí y dejé mi bolso sobre la mesa soltando un suspiro. Los nervios de haber conocido a mis nuevos compañeros hoy, me habían dejado molida.

—Vale, vale. ¿Me vas a traer una edición firmada de *Bajo la misma estrella*?

—No, guapa te voy a traer directamente a casa a Travis Fimmel ¿qué te parece?

—Bueno bueno, eso sería impresionante— respondí abanicándome con la mano mientras nos reíamos.

Hicimos el pedido y, mientras esperábamos, Iris sacó un par de copas y una botella de vino. La comida llegó puntualmente, y nos acomodamos en el sofá con las cajas abiertas en la mesa de centro.

Mientras servíamos el vino, Iris encendió la tele y comenzó a hacer zapping hasta que nos detuvimos en una comedia romántica que acababa de empezar.

La película era tan cursi como imaginábamos, con diálogos predecibles y situaciones exageradas. En la pantalla, los protagonistas estaban en medio de una discusión apasionada cuando, de repente, el camarero tropezó y derramó café sobre ambos. Iris bufó y negó con la cabeza.

—Menudo cliché.

—Pero es gracioso —respondí mientras tomaba un bocado de pizza—. Me encanta.

—¿Gracioso? Pero si lo has visto un millón de veces —replicó Iris —. Además, acaba de comparar su relación con un tren descarrilado. ¿Qué tiene eso de romántico?

Me encogí de hombros, pero sonreí. Había algo en las imperfecciones de esas películas que siempre me enganchaba. Quizá porque, en el fondo, deseaba que la vida pudiera resolverse con un diálogo ingenioso y un beso bajo la lluvia.

—Te lo dije. Eres una romántica sin remedio. —Iris levantó su copa hacia mí en un gesto de brindis.

—Y tú no te quedas tan atrás —respondí chocando mi copa con la suya—. Eres algo más cínica, pero a mí no me engañas, en el fondo tú también has soñado con tu momento de película.

Ella rio suavemente y miró la pantalla.

—Quizá en algún momento. Pero creo que ya me cansé de esperar a que llegue. Mi vida ahora mismo está bien como está. Tengo mi trabajo, mi independencia… y a ti para compartir pizza y vino.

—Suena perfecto. Pero… ¿Y si te encuentras con alguien que cambie las cosas? —pregunté.

Iris se encogió de hombros, mirando su copa como si estuviera considerando su respuesta.

—Me paso el día trabajando en casa, lo veo difícil y tampoco lo estoy buscando. Después del par de decepciones que ya conoces, decidí que no vale la pena dedicarle tantas energías. Si algo tiene que pasar, pasará.

Asentí lentamente.

—Supongo que tienes razón —dije tras pensarlo un momento—. Aunque, no sé…. Todavía quiero creer que hay algo para mí ahí fuera. Quizá no ahora, quizá no pronto, pero… algún día.

Iris no se dio por vencida con esa respuesta, tomó su copa de vino con gesto pensativo y me miró con una sonrisa juguetona que ya anticipaba preguntas incómodas.

—Hace mucho que no lo hablamos, ¿cómo está tu vida romántica últimamente? —preguntó mientras se acomodaba en el sofá, cruzando las piernas bajo la manta que había tirado sobre ella.

Era una pregunta inocente, pero no podía evitar que me incomodara un poco, ese había sido un tema delicado desde hacía un tiempo.

—¿Mi vida romántica? —respondí fingiendo estar más interesada en doblar el trozo de pizza que tenía en la mano—. Pues... tranquila. Muy tranquila.

Iris arqueó una ceja, claramente no convencida.

—Eso no me dice nada. Vamos, ¿nadie te ha hecho ojitos últimamente? ¿Ni siquiera un lío, algo?

Solté una risa nerviosa y bebí un sorbo de vino para ganar tiempo.

—No, nada de eso. He estado demasiado ocupada con el trabajo, los trámites para venir aquí... Ya sabes, no he tenido tiempo para esas cosas.

Iris me observó en silencio durante un momento antes de inclinarse hacia adelante con una expresión más seria.

—¿Esto tiene algo que ver con... ya sabes...?

La pregunta me pilló por sorpresa, aunque debería haberlo esperado. Iris siempre había sido perceptiva, pero no estaba segura de si quería abrir esa puerta en ese momento.

—No exactamente. Es solo que ahora mismo estoy más enfocada en otras cosas. —Intenté mantener un tono ligero, pero algo en mi voz debió delatarme porque ella ladeó la cabeza, estudiándome.

—Entiendo —dijo finalmente, recostándose de nuevo con un gesto despreocupado—. Bueno, no voy a insistir, pero si algún día necesitas desahogarte, aquí estoy, ¿vale?

Asentí, agradecida por su tacto. La conversación quedó en pausa por unos segundos, solo rota por el tintineo de nuestras copas al dejarlas sobre la mesa.

—Hablando de cosas más interesantes... ¿Qué tal la reunión de hoy? ¿Cómo es ese Julien del que me hablaste en el audio de esta mañana?

Me reí, adivinando a dónde iba.

—¿Julien? Es simpático. Muy agradable. Es de esos que siempre tienen una manera para romper el hielo. Además, me hizo sentir bastante cómoda.

—Ajá... —dijo alargando la palabra con un tono que me hizo sospechar.

—Ajá, ¿qué? —pregunté entrecerrando los ojos mientras ella se acomodaba para mirarme mejor.

—Pues que suena muy bien. Demasiado bien, diría yo. —Iris tomó un sorbo de vino y sonrió de lado—. ¿Y? ¿Es guapo?

—¡Iris! —exclamé riendo mientras negaba con la cabeza—. Eso no tiene nada que ver.

—Ah, pero no lo has negado. —Su sonrisa se amplió, claramente disfrutando de mi reacción.

—No estoy pensando en esas cosas, de verdad. Es un compañero de trabajo, y apenas lo acabo de conocer. Además, tú misma dijiste que ahora deberíamos centrarnos en nuestras carreras.

—Sí, sí, lo que tú digas —respondió levantando las manos en gesto de rendición—. Pero te advierto que si un día llegas a casa y me dices que Julien te ha invitado a tomar algo, no me sorprenderé.

—¿Y qué pasa si lo invito yo? —bromeé, aunque la idea era tan descabellada que ambas acabamos riendo a carcajadas.

—Eso sería aún mejor. Necesitas una buena historia que contarme —añadió entre risas—. Pero te advierto que voy a *shippearlos* desde ya. Tú y Julien podríais ser una pareja de película, esforzándose por no mostrar su amor en el trabajo, y…— continuó mientras se le iluminaban los ojos—. ¿Quizá enrollándose en el departamento donde nadie los ve?

—Tú estás muy mal eh. Deja de fantasear conmigo—respondí dejando los platos en la cocina mientras nos seguíamos riendo.

Aunque Iris no dejaba de lanzarme pullitas sobre el tema, su intención era clara: hacerme sentir cómoda y, al mismo tiempo, sacarme de mi caparazón. Y funcionaba. En esa noche tranquila, con el sonido lejano de la televisión de fondo y la calidez del vino aún presente, todo parecía un poco más fácil de llevar.

2

Lucas

—¡Cabrón! —grité mientras volvía a leer el último mensaje como si las palabras estuvieran escritas en un idioma que no entendía.

No me podía estar diciendo en serio que había comprado la librería. Esta librería. El único lugar que me quedaba que tuviera sentido. Mi abuelo la había mantenido viva durante décadas, incluso cuando la gente empezó a preferir leer sobre una pantalla se mantuvo firme.

Y ahora, ¿por qué? Había sido un cálculo frío, seguro; mi hermano había decidido que ya no valía la pena como siempre ha hecho con todo.

El teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje.

No estoy para esto ahora. Llámame más tarde.

Respiré hondo, hacía mucho tiempo me había prometido a mí mismo que no me iban a volver a pisotear y lo llamé de nuevo sujetando el teléfono con fuerza, y esta vez, Adrien respondió.

—Lucas, no tengo tiempo ahora…

—¡Cómo que no tienes tiempo! —le interrumpí—. ¿Qué coño

significa lo que me acabas de decir?

—Significa exactamente lo que piensas. No hay futuro en ese lugar. Lleva años perdiendo dinero, y no podemos seguir cargando con eso.

—¡Sabes que esto era muy importante para él, nos pertenece a la familia! —grité. Sentía la sangre golpeando mis sienes—. ¡Es la herencia del abuelo, Adrien! ¡Joder, es su vida!

—La herencia del abuelo también incluye sus deudas, y alguien se tiene que encargar de ellas si no queremos hundirnos. Esto no es algo personal, Lucas, es práctico.

Esa última palabra me encendió por completo, siempre con sus números, su lógica aplastante.

—Eres un completo gilipollas. Sabes perfectamente a donde fui ayer, ¿verdad? ¿O ya ni siquiera recuerdas eso? — dije con la voz rasgada.

—Mira… —suspiró en una breve pausa—, lo único que hago es preocuparme por esta familia, mientras tú te pasas la vida soñando despierto, algún día tendrás que aprender lo que es la realidad.

—Ahora de qué estás hablando.

—De que no se puede confiar en alguien como tú para llevar un negocio, siempre has dejado todo a mitad, dejaste la natación en el instituto para meterte en una carrera que tampoco acabaste. ¿Cuánto va a durar ese sueño tuyo de ser escritor y regentar la librería? ¿Un año?, ¿dos quizás? Luego lo abandonarás como haces con todo. Vuelve al mundo real y enfréntate a las consecuencias.

Mi enfado se apagó como si me hubieran echado una botella de agua por encima, sus palabras me aplastaban con la seguridad de un fiscal recitando leyes.

—¿Qué vas a hacer con ella? —pregunté dolido.

—Estando en el centro de Colmar he pensado en montar un

restaurante, solo con el turismo será rentable en un par de años.

El asco que sentía hacia esa manera de ser me removía las tripas. Quizás por eso, ni siquiera valoré mis opciones y una idea suicida se abrió paso en mis pensamientos, llegando a mi boca antes de que pudiera reaccionar.

—¿Cuánto dinero le has pagado a papá?

—La deuda íntegra, cincuenta mil euros.

—Dame un año y te pago el doble.

—Tú estás loco, eres una causa perdida desde luego.

—Por favor, tú mismo has dicho que no lo tenías totalmente claro, un año para preparar tu brillante plan y si no llego a conseguir el dinero será tuya para hacer lo que quieras.

Al decirlo me llevé la mano a la nuca, su respuesta no fue inmediata, se lo estaba pensando y yo contaba los segundos aguantando la respiración.

—Deja que haga cuentas. —Terminó diciendo—. Hay que preparar muchas cosas y me llevará un tiempo, en ese sentido tienes razón. No es un trato, pero bueno.

—Gracias— dije con una voz pesada antes de colgar.

Me dejé caer sobre el suelo, apoyando la espalda contra el mostrador. El silencio volvió, pero esta vez no era reconfortante. Era pesado, denso, cargado de una realidad que no sabía cómo afrontar. La librería siempre había sido más que un negocio. Era un hogar, un refugio, un recuerdo vivo de quien fui y de quien quería ser. Ahora, estaba a punto de perderlo todo, justo ayer hizo cinco años que se murió, sabía que esto no era casualidad, él lo hace todo premeditado. No podía acabar todo así.

No iba a rendirme. No podía.

***

Una lluvia fina se vislumbraba al final de la tarde a través de las ventanas gracias a la luz de las farolas, pronto llegaría la hora de cerrar y comenzaba a ordenar los estantes.

Suspiré y me apoyé en el mostrador, observando la caja de cartón abierta frente a mí. Había llegado esa mañana con un surtido de clásicos de la literatura española, encargados por un grupo de estudiantes de instituto.

—¿Qué clase de profesor manda *Don Quijote* en septiembre? —murmuré sacando uno de los libros y observando la portada—. ¿Es que quieren espantar a los críos antes de que acabe el mes?

Coloqué el libro en el estante dedicado a los pedidos especiales, junto a otros ejemplares de *Cien años de soledad* y *La casa de Bernarda Alba*. Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando la puerta se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire fresco y a un grupo de adolescentes que hablaban a gritos. Entraron como si la librería fuera su terreno, ignorando todo lo que les rodeaba.

No se acercaron al mostrador de inmediato. En su lugar, empezaron a merodear por los estantes, riéndose entre ellos y cuchicheando.

Una chica con moño se detuvo frente a una mesa de novedades y tomó un libro al azar, hojeándolo con desdén. Luego lo dejó caer de nuevo sobre la mesa con un ruido seco.

—Todo esto parece viejo —comentó masticando chicle con la boca abierta—. Ni siquiera hay algo interesante.

Respiré hondo notando cómo la tensión en mis hombros aumentaba. Había estado a punto de cerrar cuando entraron, mi único pensamiento era cómo deshacerme de ellos lo antes posible.

Finalmente, un chico alto con la gorra mal puesta se acercó al mostrador arrastrando los pies.

—¡Eh, tú! —dijo—. Estamos buscando un libro que nos mandó la

profe. Algo de… *El ladrillo de Tormes* o algo así.

Parpadeé intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿*El Ladrillo de Tormes*? —repetí, incrédulo.

El chico se encogió de hombros, mientras los otros tres se reían entre ellos, cuchicheando algo que no alcancé a entender. La chica del moño, que había estado apoyada contra una estantería, seguía masticando estridentemente y me miraba como si yo fuera el idiota en esta situación.

—Pues eso. La profe dijo que lo teníamos que leer, pero vaya, ni idea de qué va. ¿Lo tienes o no?

Suspiré tratando de mantener la calma.

—Voy a buscarlo, un momento —respondí, y me dirigí al ordenador del mostrador.

Tecleé el título que habían dado, aunque ya sabía que no iba a aparecer nada. Tras unos segundos, confirmé mis sospechas: ningún resultado.

—No encuentro nada con ese nombre. ¿Estáis seguros de que se llama así? —pregunté intentando mantener un tono profesional.

—¡Te lo acabamos de decir! —replicó un chico bajito cruzándose de brazos.

—¿Tenéis el ISBN? —pregunté intentando buscar algo más concreto.

—¿El qué? —intervino la chica del moño riendo entre dientes—. ¡Mira, si no sabes buscar un libro, mejor dilo y ya!

Noté cómo mi paciencia, ya mermada por el día, empezaba a desgastarse rápido.

—El ISBN es un código que facilita localizar el libro exacto —expliqué con calma, aunque sentía que me costaba cada vez más—. Si no lo tenéis, necesitaría al menos el autor. ¿Os acordáis de eso?

La chica que había estado mirando la librería con desdén dio un

paso adelante.

—¿Autor? No, no tenemos ni idea. Pero vaya librería más cutre. Mi madre dice que siempre está vacía, y ya veo por qué.

—Mira —dije al final cruzando los brazos—, si no me dais información clara, no puedo ayudaros.

—Coño, si está aquí— dijo uno de los chicos mirando uno de los libros del mostrador que aún no había guardado: *El Lazarillo de Tormes*—. Pues ya está, no era tan difícil encontrarlo— comentó en tono de burla.

—Ese libro está reservado, tendréis que pedir uno nuevo y en un par de días lo tendréis.

—¿Un par de días? —exageró el chico de la gorra poniendo cara de incredulidad—. Joder, la nueva lo quiere ya. ¡Vaya basura de sitio!

El grupo empezó a cuchichear entre ellos de nuevo, hasta que la chica con el moño se giró hacia mí con una sonrisa burlona.

—Mira mejor nos vamos al Fnac. Allí seguro que no tardan tanto. Esta tienda da pena, deberías hacértelo mirar, la verdad.

Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Sabéis qué? —exclamé alzando una mano señalando la puerta—. Id al Fnac o a donde os dé la gana. Seguro que os reciben encantados con esos modales de mierda. Y de paso, aprended a respetar los lugares que pisáis. Así que ya sabéis… ¡A tomar por culo!

El grupo se quedó en silencio unos segundos, sorprendido por mi estallido. Luego, el chico de la gorra soltó una risa forzada y salieron entre comentarios que preferí no escuchar. La puerta se cerró de golpe, devolviendo al fin la calma al local.

—Perfecto… —murmuré para mí mismo—. Otro día redondo.

***

El agua caliente caía sobre mis hombros, arrastrando la tensión acumulada de un día que había sido, en definitiva, una mierda. La ducha era mi refugio, el único momento en el que podía desconectar de todo, pero hoy no funcionaba. A la noticia de la librería y la escenita con esos payasos se había juntado una nueva preocupación por la última novela que estaba escribiendo.

Había algo en ella que no terminaba de encajar, y lo sabía. El protagonista, Alain, era un ranchero en los EE.UU. coloniales, exitoso, carismático y seguro de sí mismo con una vida que cualquiera envidiaría. Pero también tenía una cara oculta, una que intentaba desesperadamente mantener en secreto, nada de lo que tenía le pertenecía realmente, ni siquiera su identidad. Su mansión, sus tierras y los negocios que había ido comprando le cayeron del cielo cuando encontró el cadáver de un gran terrateniente en su carro, cubierto de flechas y destruido por la caída al pie de un camino escarpado entre Rhodes y Blackwater. Llevaba consigo un buen puñado de dólares y la escritura de las propiedades, parecía que iba a cerrar un acuerdo para venderlas pues también llevaba consigo un manuscrito de traspaso de las mismas por terminar de firmar por parte del comprador. Así es como había pasado de ser un inmigrante francés en los salvajes EE.UU. de mil ochocientos cincuenta, a convertirse en la mentira que era ahora. La trama giraba en torno a cómo su aparente perfección se desmoronaba poco a poco al conocer a Laure, la hija del hombre con el que su accidentado amigo iba a cerrar el acuerdo antes de su final.

Cerré los ojos, dejando que el agua me golpeara el rostro. La idea me gustaba, pero algo no funcionaba. Quizá me había aventurado demasiado alejándome de mi zona de confort, normalmente no escribía novelas ambientadas en el pasado y menos en un país diferente.

Apagué la ducha y me envolví en una toalla, más despejado, pero también impaciente por escribir. Caminé hasta el salón, donde el viejo portátil me esperaba sobre la mesa de madera y Noir seguía durmiendo plácidamente en el sofá, era increíble la compañía que te podía hacer un gato con tan poco.

Encendí la pantalla y abrí el blog donde publicaba. Mi perfil, bajo el pseudónimo *Henri Valjean* apareció en la pantalla, mostrando con orgullo las diez historias que había escrito en los últimos cuatro años.

Había conseguido un éxito relativo. Algunas de mis novelas habían superado las cincuenta mil lecturas, y unas pocas personas me habían dejado comentarios que podía recitar de memoria, como si fueran trofeos. No era un autor famoso, pero tenía un público fiel, un rincón donde mis historias de amores rotos y protagonistas trágicos encontraban su lugar. Al final, como le pasaba a tantas personas, escribir estas historias era una manera de luchar contra mis propios demonios.

Deslicé el cursor hasta la página en blanco del borrador y un comentario de una lectora me vino a la mente. No, no iba a cambiar mi estilo, tenía que confiar en mí mismo.

3

Sofía

Los pasillos del instituto parecían más tranquilos de lo habitual aquella mañana de miércoles.

Caminaba rápido, sosteniendo el vaso de plástico de café en una mano, mientras con la otra saludaba a algún alumno o profesor que pasaba. Era mi tercer día aquí, y aunque aún me sentía un poco como una intrusa, el lugar empezaba a resultarme familiar, casi acogedor, todo lo que podía llegar a ser un instituto.

Mis primeros días habían sido un torbellino de impresiones. Los de *"seconde"* eran, como había esperado, una mezcla de entusiasmo y distracción. Los de *"première"* eran diferentes. Más maduros, sí, pero también más críticos, lo que podía ser tanto un alivio como un desafío.

Cuando llegué a la sala de profesores, Julien estaba apoyado contra el marco de una ventana, hablando animadamente con Claire. Al verme, sonrió y levantó su vaso de café a modo de saludo. Ellos eran mis dos compañeros quienes, al contrario que el jefe de departamento Gregoire, me habían tratado de maravilla desde que

llegué.

—*Bonjour*, Sofía, ¿cómo vas? —preguntó con su tono desenfadado, siempre con esa chispa que parecía imposible de apagar.

—Bien, adaptándome —respondí devolviéndole la sonrisa mientras dejaba mi bolso en una silla cercana.

Claire se giró hacia mí, siempre con esa calma que parecía impregnar cada movimiento suyo, como si el caos de los pasillos jamás pudiera alcanzarla.

—¿Qué tal tus grupos? ¿Ya te han conquistado o aún están evaluándote?

Sonreí mientras me servía un poco más de café, disfrutando del aroma reconfortante que llenaba la sala.

—Digamos que estamos en fase de negociación. Algunos están emocionados con el proyecto que les propuse, pero otros… Bueno, todavía no están muy convencidos.

Julien hizo un gesto pensativo, como si estuviera escuchando mis palabras con la seriedad de un académico.

—Tú ten mucha paciencia. Especialmente con los de *"seconde"*. Tienen energía, pero a veces no saben qué hacer con ella. Eso sí recuerda que al final tienen que hacer lo que tú les digas, que no se te suban a la espalda.

—Tu llévales alguna cosilla si hacen las cosas bien y te los ganarás en seguida —añadió Claire con una sonrisa que iluminó la sala—. Siempre ayuda tener un par de chocolatinas a mano para los días complicados.

—Tomo nota —les agradecí el consejo sintiéndome un poco más respaldada. Aunque eran solo tres días, empezaba a sentir que podía contar con ellos, y esa sensación era más valiosa de lo que podría admitir.

El reloj de la sala marcó la hora, y el timbre resonó marcando el fin del recreo. Recogí mis cosas y me despedí de ambos con una sonrisa.

—Me voy, tengo que hacer una parada en la librería del centro. Una de mis alumnas se ha quejado de que el dueño la trató fatal cuando fue a buscar el libro del proyecto. Quiero ver qué ha pasado.

Julien levantó una ceja, medio divertido.

—Buena suerte con eso. Algunos tienen más carácter que paciencia.

—Eso o simplemente están teniendo un mal día —añadió Claire con su tono habitual de serenidad, rechistando a Julien con la mirada.

Sonreí agradecida y salí de la sala.

***

La librería estaba situada en una de esas callejuelas estrechas del casco antiguo de Colmar. Frente a la librería, un farol antiguo colgaba de la pared, proyectando una luz cálida que apenas alcanzaba a iluminar el pequeño cartel que decía *"Librairie La Plume"* en letras algo desgastadas.

Abrí la puerta con cuidado, y una pequeña campanilla resonó al entrar. El interior era cálido y acogedor, aunque un poco oscuro para mi gusto. Por un lado, me encantaban este tipo de librerías, donde cada rincón parecía guardar una sorpresa. Pero por otro lado el caos era demasiado exagerado.

Avancé un poco más, pasando junto a una mesa central que exhibía una selección de libros clásicos en varios idiomas y mientras observaba los libros no pude evitar preguntarme cómo sería el dueño de un lugar como este. ¿Sería alguien apasionado por los

libros, pero demasiado ensimismado para preocuparse por el trato al cliente? ¿O quizá alguien que había tenido un mal día, como me habían sugerido Claire y Julien? Lo único que esperaba es que no fuera el típico señor mayor cascarrabias anclado en el pasado.

Entonces, un ruido en el piso de arriba captó mi atención. Me preparé mentalmente para lo que probablemente sería una conversación incómoda.

—¿Perdone? —llamé en voz alta esperando que alguien bajara por las escaleras.

Hubo un golpe seco, seguido de pasos pesados. Cuando apareció, me quedé helada.

El mismo chico de la estación.

Sus ojos verdes se clavaron en mí como si hubiera regresado a propósito solo para arruinarme el día.

—¿Tú? —se me escapó antes de poder contenerme.

Él arqueó una ceja con gesto de aburrimiento.

—Vaya… "la turista". —Sus brazos se cruzaron y su voz sonó igual de seca.

Sentí la sangre hervir en mis venas.

—No soy turista.

—Ajá. —Una sonrisa apenas curvó sus labios, como si disfrutara del *déjà vu*—. ¿Y qué haces aquí entonces? ¿Visita guiada a librerías locales? O solo te gusta molestar.

—Perdona, fuiste tú quien me rompió la maleta, te lo recuerdo.

—Te ayudé a sacarla porque no podías— puntualizó.

Respiré hondo. "*Céntrate, Sofía, a lo que has venido".*

—Como sea, soy profesora. Unos alumnos vinieron aquí hace unos días buscando un libro y me dijeron que…, que no los trataron muy bien.

Él ladeó la cabeza, como si acabara de escuchar el chiste del

año.

—Ah, ¿sí? ¿Y vienes a regañarme? ¿Eso también entra en tu horario escolar?

—Vengo a pedir que no vuelva a pasar —contesté, más firme de lo que esperaba.

—Qué consideración. —Chasqueó la lengua y se apoyó en el mostrador—. El problema es que, si entran a pedir un libro sin título correcto, sin autor, sin nada...

—El libro era una edición adaptada de *El Lazarillo de Tormes*. ¿Le suena? —pregunté, crispada.

Él soltó un resoplido inclinándose hacia mí con descaro.

—¿Y me trajeron el ISBN tus alumnos modelo? ¿O esperaban que yo sacara una bola de cristal? Porque, si no, discúlpeme, pero la adivinación tampoco entra en mis servicios.

Apreté los dientes, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—No creo que eso justifique tratar mal a un estudiante.

Él soltó una risa breve, seca.

—Claro, porque adolescentes maleducados que entran aquí mirando el móvil mientras mascullan títulos inventados merecen una alfombra roja.

Mi paciencia colgaba de un hilo.

—Tal vez lo que necesitan es que alguien los anime a leer en lugar de ahuyentarlos con gilipolleces.

El destello en sus ojos fue casi divertido, aunque lo camufló rápido con un gesto despectivo.

—¿Y mandarles a leer *El Lazarillo* es animarlos? Puedo ver como lo devoran…

El descaro en su mirada me sacó de quicio.

— Pues yo lo que veo es alguien empeñado en espantar a la clientela.

—Y yo— dijo mirándome de arriba a abajo con una calma peligrosa— a alguien que se cree con derecho a dar lecciones donde no le corresponde.

Mi pulso se aceleró, como podía ser tan…

—Al menos yo no escondo mi desorden con sarcasmos baratos.

Soltó una carcajada seca.

—Si su manera de enseñar es igual que de hablar, pobres críos, ahora entiendo muchas cosas.

Me quedé sin aire por un segundo, lo fulminé con la mirada y di media vuelta hacia la puerta.

—Desde luego no voy a sacar nada de aquí. Gracias por nada. Buenas tardes.

—Por cierto. —Su voz en un español bastante decente me alcanzó cuando ya estaba a punto de salir—. *Soirée* no se pronuncia así, señorita.

Me quedé clavada, incrédula. Se estaba riendo de mi acento.

Lo miré por encima del hombro.

—Ya que sabe tanto, quizás debería dar clases de español en lugar de esconderse en esta librería desastrosa…, antes de arruinarse.

Cerré la puerta de un portazo, con las mejillas ardiendo y las manos temblorosas mientras rebuscaba en mi bolso para sacar el móvil. Apenas me detuve en la esquina antes de escribir un mensaje rápido a Iris:

"*¿Queda vino en casa o compro? Porque NECESITO una copa después de esto"*.

***

Al llegar la tarde, Iris terminó su jornada y nos sentamos a cenar

juntas. La conversación comenzó con temas triviales, hasta que de pronto ella se inclinó hacia mí con una mirada curiosa.

—Oye, ¿qué te pasó esta mañana con ese mensaje? Me dejaste intrigada —preguntó mientras recogía los platos y servía dos copas de vino.

No pude evitar sonreír ante su pregunta, tenía ganas de hacer sangre mientras le relataba el encontronazo. Expliqué cada detalle, desde su actitud borde hasta el comentario final sobre mi francés. Iris escuchaba con el ceño fruncido, claramente indignada por lo que oía.

—Vaya subnormal. ¿De verdad se puso a corregirte la pronunciación? —preguntó, claramente incrédula.

—Sí, y con una sonrisa que parecía decir: "Mira qué listo soy". —Tomé un trago largo de vino intentando ahogar mi frustración.

—Hay gente que no sabe tratar con los demás. ¿Y dices que este tío tiene una librería? —Iris se recostó en la silla, cruzando los brazos —. Pues con esa actitud no me extraña que esté vacía.

—Y encima se atreve a echarme la culpa de que los alumnos sean maleducados. No sé qué hicieron, pero yo les enseño español, no soy madre de ninguno. —La indignación volvió a apoderarse de mí mientras hablaba.

—Típico. Un machito frustrado que necesita hacerte sentir pequeña para sentirse mejor consigo mismo. —Iris rodó los ojos y se levantó para buscar un trozo de chocolate en la despensa—. Lo que no entiendo es cómo aguantaste tanto sin lanzarle un libro a la cabeza.

Ambas reímos, pero de repente noté un cambio en Iris. Su expresión se volvió un poco más seria, y dejó su copa de vino sobre la mesa antes de mirarme directamente.

—¿Estás bien? —le pregunté extrañada.

Ella suspiró, jugando con el borde de la copa antes de responder.

—Mi jefe me dijo algo hoy que me ha dejado preocupada. —Hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Parece que no están del todo satisfechos con cómo está avanzando el proyecto. Dicen que, si no hay mejoras pronto, podrían decidir cambiarlo a formato presencial.

—¿Presencial? ¿Aquí en Colmar? —pregunté.

Iris negó con la cabeza y dejó escapar otro suspiro.

—No, en París. Me tendría que mudar si eso ocurre. —Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría, y por un momento no supe qué decir.

Si Iris se iba, todo cambiaría. El alquiler del piso que compartíamos era bastante caro y ahora que habíamos vuelto a estar juntas, la idea de despedirnos era muy dura.

—¿Y qué vas a hacer? —logré preguntar finalmente, intentando procesarlo.

—No lo sé. Por ahora, voy a darlo todo para que el proyecto avance y no tengan motivos para tomar esa decisión. Pero no puedo evitar pensar en lo que pasaría si lo hacen. Me gusta estar aquí, contigo, y la idea de volver a París no es precisamente lo que tenía en mente. —Me miró con una mezcla de frustración y tristeza que me hizo sentir aún más impotente.

—Iris, seguro que lo harás bien. Eres increíblemente buena en lo que haces, y estoy segura de que tu jefe lo sabe. Solo tienes que demostrarles lo que vales, como siempre has hecho. —Intenté sonar convincente, aunque sabía que sus preocupaciones no desaparecerían tan fácilmente.

Ella sonrió débilmente y levantó su copa.

—Espero que tengas razón, Sofía.

Levanté mi copa también, chocándola suavemente con la suya.

Después de recoger todo, Iris y yo nos fuimos a nuestras habitaciones.

Al tumbarme en la cama noté como el cansancio del día iba apareciendo, entonces, mi móvil vibró sobre la mesilla. Lo cogí y vi una notificación: Henri Valjean había publicado un nuevo capítulo. Una chispa de emoción recorrió mi cuerpo. Había descubierto a este autor hacía dos años y, desde entonces, leer sus historias antes de dormir se había convertido en un ritual casi sagrado.

Su narración tenía un ritmo envolvente, lleno de detalles que no sólo describían, sino que te hacían sentir. Sus personajes masculinos eran fascinantes, llenos de matices y contradicciones. Siempre había algo en ellos que me mantenía enganchada, esa mezcla de vulnerabilidad oculta y fuerza magnética que hacía que fuera imposible no admirarlos.

Sin embargo, tenía algunas cosas que no me gustaban mucho. Sus finales agridulces eran coherentes con su estilo, pero también dejaban un sabor amargo que me hacía preguntarme si realmente valía la pena encariñarse con sus personajes. Y luego estaban las mujeres en sus historias. Los personajes femeninos eran un poco decepcionantes. O eran santas intocables, tan irreales que resultaban aburridas, o caían en el estereotipo de "zorras manipuladoras".

Aún así me gustaba mucho, en su momento, había noches en las que me quedaba despierta hasta tarde, incapaz de soltar el móvil mientras devoraba capítulo tras capítulo.

4

Lucas

El despertador marcaba las seis treinta cuando sonó la alarma, la apagué y me quedé un momento sentado en el borde de la cama, con los pies descalzos tocando el suelo. Noir saltó de la cama, soltó un leve maullido y se rozó contra mi pierna.

Mientras me vestía, la escena de la librería se coló en mi cabeza, clara como si estuviera pasando de nuevo. No me había fijado tanto en ella en la estación, pero ahora, estaba metida a la fuerza entre mis pensamientos, con esos ojos pequeños pero vivaces, ese color avellana difícil de definir marcados por ojeras leves que no le quitaban fuerza, al contrario. Tenía una media melena rubia, algo alborotada por el viento de la calle.

Pero no era eso. No era sólo cómo se veía, o cómo hablaba. Era la manera en que me sostuvo la mirada. Firme. Directa.

Esa mujer llegó creyendo que podía dar lecciones desde el primer minuto, con esa sonrisa contenida y esa forma de mirar como si ya supiera todo lo que necesito cambiar. No tenía ni idea de la situación, y aun así entró de lleno, con ese tono sutilmente

condescendiente que me ponía de los nervios.

Apreté los dientes. No tengo tiempo para relaciones públicas. No soy de esos que sonríen por conveniencia. Lo que dije, lo dije porque tenía razón. Punto.

Salí de casa y me dirigí al coche para llegar a la piscina. El aire fresco de la mañana me envolvió mientras las calles aún vacías se extendían delante de mí, ayudándome a despejarme un poco.

Llegué al recinto de la piscina, muy pronto por la mañana. Desde que descubrí la natación en el instituto, se había convertido en mi refugio. Al principio sólo era una asignatura más, algo para cumplir con las horas de educación física. Pero un día, casi sin darme cuenta, empecé a destacar. Mi técnica mejoraba con rapidez, y los entrenadores lo notaron. Me animaron a competir, y durante un par de años logré buenos resultados. Incluso llegué a pensar que podría dedicarme a ello más en serio.

Pero luego... todo se vino abajo. Dejé de competir, aunque no abandoné el agua. La natación se convirtió en algo más íntimo, un espacio solo mío, donde las brazadas me permitían desconectar de todo.

Terminé mi sesión sintiéndome más relajado. Mientras me secaba y vestía, mi mente ya comenzaba a llenarse con la lista de preocupaciones que había dejado temporalmente aparcadas al entrar ¿Qué más podría hacer?

Quizá recortar gastos. Vivir en el piso en el que estaba ahora no era precisamente barato, y si conseguía encontrar una opción más económica o, mejor aún, compartir con alguien, podría ahorrar algo más. También podría limitar mis gastos en otras cosas: nada de comidas fuera, nada de caprichos innecesarios. Era una idea deprimente, pero tal vez no tenía otra opción.

***

La tarde había sido un desastre. No solo no había vendido nada en la librería, sino que mi novela seguía completamente bloqueada. El cursor en la pantalla del portátil parecía burlarse de mí cada vez que intentaba escribir. Un parpadeo constante que me recordaba lo lejos que estaba de avanzar.

Necesitaba aire fresco, despejarme y tratar de encontrar algo que me sacara de este bache.

Decidí que iría al *Parc du Champ de Mars*, uno de los sitios que más me gustaban de la ciudad para escribir. Cogí mi portátil, una libreta y un bolígrafo, y salí de casa.

Cuando llegué, caminé hasta mi lugar favorito: un banco de madera algo desgastado, situado estratégicamente en un punto de paso. Desde allí podía observar a la gente sin ser molestado, podrá parecer una tontería, pero es increíble lo que puede llegar a ayudar mirar a la gente caminar, imaginar que están pensando y como será su vida, siempre he creído que para escribir bien primero hay que aprender a observar.

Dejé el portátil sobre mis piernas y me apoyé contra el respaldo, dejando que mi mirada se perdiera entre los transeúntes. Una mujer con un vestido azul pasó apresuradamente, sosteniendo su bolso con ambas manos como si llevara algo de incalculable valor. Detrás de ella, un hombre de mediana edad, con un perro pequeño que tiraba de la correa, gesticulaba exageradamente mientras hablaba por teléfono. Podría estar discutiendo con su jefe o arreglando una cena con amigos, pero en mi cabeza ya era el protagonista de una historia.

No había conseguido desbloquearme completamente, pero se me ocurrió una escena, Alain necesitaba aprender cómo

comportarse como la persona que era ahora para no levantar sospechas y tras enterarse de una fiesta en la mansión del alcalde de Blackwater, al recibir una invitación por correo, decidió que era el mejor escenario para aprender cómo era la gente con la que se tendría que codear a partir de ahora, además será en esa fiesta también donde conocerá a Laure.

Las palabras fluían como hacía tiempo que no lo hacían, y cada pulsación de las teclas parecía encajar perfectamente con la siguiente. Tanto me sumergí en el texto que perdí completamente la noción del tiempo. Me llevé una mano al cuello, intentando aliviar la tensión acumulada, y fue entonces cuando noté lo tarde que se había hecho.

Me levanté del banco, sacudiéndome los pantalones por rutina, listo para regresar a casa. Justo cuando giré para emprender el camino, una voz conocida rompió la calma del parque, lo suficientemente clara como para llamar mi atención.

—Lo único que digo es que al final terminó siendo más caro de lo que esperábamos —comentó una voz femenina.

No tuve que buscar mucho para reconocerla. Giré la cabeza hacia la fuente de la conversación y ahí estaba: la profesora con la que tuve la discusión en la librería, acompañada de otra chica de más o menos su edad, caminando lado a lado. Ella llevaba un vestido negro sencillo, ajustado en la cintura, que le daba un aire sofisticado y su amiga un conjunto más colorido, con una blusa burdeos y una falda beige.

Mi primer instinto fue darme la vuelta y evitar cualquier tipo de interacción, pero algo me detuvo. Tal vez era la culpa, o quizás un deseo irracional de corregir lo que había salido mal. *Joder*, pensé mientras me acercaba a ellas.

—Perdón por interrumpir —dije intentando sonar tranquilo,

aunque mi voz traicionó una ligera nota de nerviosismo—. Creo que no tuvimos el mejor comienzo el otro día. Soy Lucas, el dueño de la librería.

Ambas se detuvieron, girando hacia mí con expresiones de sorpresa. Su amiga me dedicó una mirada curiosa, mientras que la profesora levantó una ceja, claramente escéptica. No parecía impresionada.

—Ah, ya me acuerdo. —Su tono era cortante, aunque su sonrisa tenía un matiz de burla que apenas lograba disimular.

Decidí ignorarlo y mantener un tono amable.

—Te he visto aquí y quería darte una disculpa. Admito que no manejé bien la situación. No fue mi mejor día y no quería ser irrespetuoso.

Ella cruzó los brazos con una clara desconfianza, examinándome detenidamente.

—Ah, ¿sí? —replicó en tono mordaz—. Porque la impresión que diste fue exactamente la contraria. Quizá deberías plantearte si realmente deberías atender a la gente.

Respiré profundamente, intentando no dejar que su provocación me afectara demasiado, aunque mis puños empezaron a tensarse.

—Entiendo tu punto —admití con esfuerzo—, pero quizás podrías considerar también cómo vienen tus alumnos a pedir ayuda. Es difícil entender lo que necesitan cuando llegan provocando y sin respeto.

La mirada de la chica se endureció más, y dio un paso adelante, enfrentándome directamente.

—¿Me estás diciendo que mis alumnos son maleducados por mi culpa? —dijo con voz fría y cortante.

—Solo digo que quizás podrías aconsejarles mejor antes de enviarlos por ahí —respondí firmemente manteniendo su mirada—. No puedo adivinar qué necesitan.

—Están aprendiendo, Lucas —dijo con tono sarcástico enfatizando mi nombre—. Tal vez si fueras menos arrogante y tuvieras algo más de empatía, no convertirías cada interacción en una batalla personal.

Sentí cómo mi paciencia finalmente se desmoronaba.

—¿Arrogante? ¿Empatía? —resoplé con incredulidad—. ¿Y tú, que entraste en mi librería como si fuera lo peor que te había pasado en el día? ¿Eso qué es, cortesía?

La tensión entre nosotros aumentaba a cada segundo, volviéndose casi insoportable. Su amiga decidió intervenir finalmente, dando un paso al frente con una sonrisa incómoda, intentando suavizar el ambiente.

—Oye, chicos, esto está escalando demasiado rápido —dijo suavemente—. Creo que ya habéis dicho suficiente. Quizás podríamos empezar de cero, ¿vale?

Hubo un silencio incómodo mientras parecía debatir internamente su respuesta. Finalmente suspiró, relajando apenas un poco los hombros.

—Soy Sofía —dijo finalmente con voz más controlada, aunque claramente molesta—. Soy la profesora de esos "adolescentes maleducados". Y ella es Iris, mi amiga.

Iris asintió, tratando de mantener la conversación en calma.

—Encantado —respondí con un leve asentimiento, aunque todavía sentía mi mandíbula tensa.

Iris volvió a intervenir, sonriendo de forma conciliadora.

—Bueno, ahora que todos nos conocemos oficialmente, quizás podamos dejar esto atrás —dijo en tono amable, mirándonos alternativamente.

Sofía no añadió nada más, simplemente se giró con un leve gesto de la cabeza y comenzó a caminar sin esperar respuesta. Iris

la siguió rápidamente, ofreciéndome una última sonrisa incómoda.

Yo me giré para recoger mis cosas del banco e irme a casa. Había intentado hacer las paces, pero el rencor seguía allí, lo que tenía claro es que no me iba a arrastrar por nadie y menos por ella.

5

Sofía

Ya había pasado una semana desde que llegué y comencé a dar clases. Quién le iba a decir a la Sofía de veinte años que acabaría como profesora en Francia y precisamente en Colmar, la ciudad que tuvo la culpa de que quisiera irme al extranjero.

En el instituto, las cosas van encajando poco a poco. Reconozco a casi todos mis alumnos, y recordar sus nombres, algo que siempre me había parecido imposible, empieza a ser más natural. No todo es sencillo. Algunos días, las clases fluían como lo planeaba, pero otros, terminaba agotada.

Llegué por la tarde al piso, cansada tras una jornada que había terminado con una reunión interminable. Las reuniones eran un verdadero infierno, y esta en particular había puesto mi paciencia al límite. No sé cuántas veces tuve que escuchar las mismas propuestas absurdas repetidas de diferentes maneras. Cerré la puerta con un suspiro profundo dejando las llaves sobre la mesita de entrada, y me quité el abrigo casi con desgana. Apenas había dado un par de pasos cuando Iris levantó la cabeza desde la mesa de su

trabajo. Allí estaba, con un par de pantallas encendidas y sus auriculares puestos.

—¡Eh! —dijo quitándose uno de los cascos y apoyándose en el respaldo de su silla con una sonrisa traviesa—. Hoy he visto a tu "librero buenorro".

Su comentario me pilló por sorpresa, y durante un instante no supe qué responder.

—De verdad... —repliqué con una mezcla de fastidio y vergüenza, aunque no pude evitar sonreír y negar con la cabeza. Sabía que me lo decía solo para picarme, y, lo admito, en el fondo me hacía gracia.

Iris se encogió de hombros, claramente satisfecha con mi reacción. Era viernes, y ya había planeado mi tarde: una videollamada con mis amigas de Madrid, algo que habíamos decidido hacer de vez en cuando para ponernos al día. Después de dejar mi bolso en mi habitación me senté frente al portátil en la mesa del comedor. La pantalla pronto se llenó con las caras sonrientes de Lucía y Marta. Verlas siempre me hacía sentir un poco más cerca de casa.

—¡Por fin, Sofi! Pensábamos que te habías olvidado de nosotras —bromeó Lucía mientras ajustaba su cámara.

—Ni en un millón de años —respondí con una sonrisa, mientras ambas asentían al unísono.

—Bueno, venga, cuenta. ¿Qué tal todo? ¿Ya estás adaptada o sigues mirando el pan con nostalgia? —preguntó Lucía riéndose.

—Mejor de lo que pensaba, la verdad. Las primeras semanas fueron raras, pero ahora empiezo a encontrar mi ritmo. El instituto sigue siendo un reto, pero ya me ubico, conozco los pasillos, los horarios, hasta hay alumnos que me saludan sin que tenga que forzar una sonrisa.

—¿Y compañeros? ¿Alguna cara amable entre tanto gabacho? —dijo Marta alzando una ceja.

—Claire, una compañera, es un encanto. Siempre tiene una palabra amable, una sonrisa cálida... como una señora de estas que te abrazan con la mirada. Me recuerda un poco a la tía Isa.

—Ay, la tía Isa, que siempre te daba caramelos de menta —suspiró Lucía.

—Y luego está Julien... —empecé, y todas se quedaron en silencio, expectantes.

—¿Qué tal con él? —preguntó Marta bajando un poco el tono.

—Muy bien, la verdad. Es de los que te hacen sentir bienvenida. Me ayudó desde el primer día, con los horarios, los grupos... Incluso me trajo un café el día que llegué empapada por la lluvia.

—Eso ya dice mucho —comentó Lucía asintiendo lentamente.

—Y tiene ese tipo de humor que no se impone, pero está ahí. A veces me suelta alguna tontería al pasar por el pasillo, solo para hacerme reír un poco. Es agradable tener a alguien así cerca.

Ambas levantaron las cejas y compartieron una mirada cómplice, yo decidí ignorarlas porque sabía por dónde iban.

—También está Gregoire, el jefe del departamento, que cada vez que abre la boca es para soltar alguna indirecta sobre los que venimos de fuera. Tiene ese tonito altivo que no falla, ese si que es el típico francés.

—Uff, qué horror de tío. Pero bueno, al menos tienes a los otros dos para equilibrar —dijo Marta.

—Sí... la verdad es que tener a alguien que te haga sentir bienvenida lo cambia todo.

También les conté sobre la ciudad: los mercados llenos de vida, las calles que parecían salidas de una postal, y cómo ya tenía mis sitios favoritos. Les hablé de mi rutina diaria, de cómo iba al instituto

a pie por el canal y de lo mucho que disfrutaba esas mañanas tranquilas.

—Y en el piso, ¿qué tal con Iris? —preguntó Lucía mientras bebía un vaso de agua.

—Genial, como siempre. Aunque está tan ocupada con su trabajo que solo hablamos al mediodía y por la noche. Pero es un amor, siempre encuentra la forma de sacarme una sonrisa. —Pensé en el comentario sobre el "librero buenorro" y solté una risa nerviosa.

Pasamos casi una hora poniéndonos al día, compartiendo anécdotas y, como siempre, recordando lo mucho que echaba de menos nuestra rutina en Madrid y los años que estábamos juntas en la carrera.

Escucharles me hizo darme cuenta de cómo nuestras vidas seguían avanzando en direcciones diferentes, pero también de lo mucho que seguíamos conectadas.

Cuando la hora se nos echó encima entre despedidas y promesas de volver a hablar pronto, terminamos la llamada. Cerré el portátil con una mezcla de nostalgia y alivio. La charla había sido el respiro que necesitaba después de un día tan intenso.

Después decidí que una ducha caliente era justo lo que necesitaba. Mientras el agua caía sobre mí, sentí cómo el cansancio y la tensión comenzaban a disiparse. Al salir, me sequé rápidamente, me puse un pijama cómodo y recogí mi pelo en un moño desordenado.

Cuando llegué al salón, Iris ya estaba poniendo la mesa con dos platos y dos bandejas de sushi del supermercado en el centro. Me saludó con una sonrisa mientras se sentaba.

—¿Lista para cenar? —preguntó haciéndome un gesto para que me sentara.

—Más que lista. Me apetece muchísimo ahora que lo he visto —dije mirando los *makis* de atún

Mientras servíamos la comida comencé a contarle mi día. Le hablé de todo lo que les había contado a las chicas y ella me escuchaba con atención, haciendo preguntas aquí y allá, pero sin interrumpirme demasiado.

Cuando terminé de hablar, me recosté en mi lado del sofá.

—Bueno, ¿y qué tal ha ido tu día, por cierto? ¿Por qué me has dicho con tanta efusividad que has visto al chaval ese cuando he llegado?

Iris se rio mientras servía un poco más de comida en su plato.

—Te cuento. Estaba en la piscina esta mañana, en mis clases de natación sincronizada, que por cierto parezco un pato mareado, y lo vi al otro lado haciendo unos largos. —Hizo una pausa mientras mostraba una sonrisa pícara—. Y... Te puedo asegurar que está más bueno sin camiseta.

—¿En serio? —dije con incredulidad.

— Pero cuando te digo bueno, te digo que está tremendo.

Por un momento me imaginé la escena.

—Mira, yo no he dicho que sea simpático —dijo Iris adelantándose a lo que iba a decir—, pero hay que admitir que tiene su punto. Aunque, si tú no lo ves, mejor para mí. —Iris me guiñó un ojo y se rio, lo que me hizo soltar un suspiro exasperado.

—De verdad, no sé cómo haces para siempre sacarle el lado bueno a todo, incluso a un prepotente como ese. —Negué con la cabeza mientras una pequeña sonrisa se asomaba en mis labios.

—No te preocupes que el lado bueno también se lo vas a ver tú —dijo con una mirada maliciosa—. Mañana necesito que me recojas para volver, me voy a ir con una amiga que tengo allí, pero ella se quedará más tiempo y yo tengo que volver antes para seguir con el

trabajo.

— Está bien —dije resignada, me sentía como un peón que ya no podía escapar de su plan maligno—. ¿Cómo vas con el proyecto? ¿Te han comentado algo sobre lo que me dijiste el otro día?

—Vamos bastante bien, no han vuelto a decir nada lo que supongo que será una buena noticia, espero —contestó con una sonrisa.

Suspiré aliviada, después recogimos los restos y nos quedamos durmiendo en el sofá viendo una película malísima de acción que había en la televisión.

***

El despertador sonó antes de lo que hubiera querido; para los dos días que podía dormir tranquilamente, uno de ellos tenía que madrugar.

Me vestí rápidamente con ropa cómoda: unas mallas negras y una sudadera gris. Cuando llegué, el lugar estaba tranquilo. Hacía frío a esa hora de la mañana, y agradecí haberme puesto la chaqueta más gruesa.

Al entrar, el sonido del agua salpicando y los ecos de las voces me envolvieron. El ambiente olía a cloro, un olor que no me traía buenos recuerdos Mientras me dirigía al área principal, mi móvil vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje de Iris: "Estoy en los vestuarios. Dame un minuto".

Suspiré y me dirigí hacia los vestuarios femeninos. El pasillo era estrecho, y la calefacción junto con el calor que emanaba de las duchas me hicieron quitarme la chaqueta.

Cuando llegué a la puerta, me apoyé contra la pared mientras esperaba. Miré alrededor y dejé que mi mente divagara por un

momento, pensando en lo irónico que era que terminara en la misma piscina que aquel librero prepotente.

No tardé mucho tiempo en escuchar pasos y levanté la mirada, la puerta del vestuario de hombres se abrió y como si lo hubiera invocado allí estaba.

Cargaba una bolsa deportiva en una mano y una camiseta gris encima del hombro izquierdo. Mi mirada se detuvo un segundo más de lo necesario en los mechones mojados que le caían sobre la frente, antes de recorrer sin querer su torso desnudo, los músculos de sus brazos eran firmes y marcados, muy definidos como las líneas de su pecho que bajaban hacia los abdominales interrumpiéndose en el costado donde se intuía una cicatriz, que bajaba hacía abajo y se ocultaba bajo el pantalón deportivo negro que llevaba puesto.

"Perfecto. Justo lo que necesitaba", me dije con ironía mientras trataba de centrarme en cualquier otra cosa. Lucas notó mi mirada y me la devolvió. Sus ojos verdes se detuvieron en los míos por un instante que se hizo eterno. Luego bajó la mirada con calma, recorriéndome desde el rostro, bajando por mis piernas y volviendo a subir, sin el más mínimo apuro. Noté un calor incómodo subir por mi cuello hasta mis mejillas, y odié lo mucho que eso me molestaba.

—¿También vienes aquí a nadar? —preguntó sorprendido, con una curva en la comisura de los labios que no llegaba a ser una sonrisa.

Intenté recomponerme. No podía darle el gusto de pensar que su presencia me había afectado de alguna manera, pero ese aire seguro y relajado suyo me ponía de los nervios.

—No, he venido a recoger a mi amiga —respondí con un tono que intentaba sonar desinteresado.

—Ah, ya veo. ¿Y qué tal las clases? ¿Mucho trabajo mandando clásicos imposibles de encontrar? —soltó con esa ironía que

empezaba a ser su marca personal.

"Otra vez con eso", pensé apretando la mandíbula. La paciencia no era precisamente mi fuerte cuando alguien insistía en provocarme.

—Por suerte, sí —respondí—. Al menos los estudiantes tienen interés en aprender, y algo de respeto por los demás…

Lucas se llevó la mano al cuello. En un gesto que solo él podía hacer irritante.

—Claro. Respeto. Estoy seguro —replicó. Aunque sonrió levemente, había un filo en su tono que dejaba clara su molestia.

Abrí la boca para responder, pero en ese momento su móvil sonó. Lo sacó de la mochila, echó un vistazo a la pantalla y luego me miró una vez más antes de pasar a mi lado, dejando en el aire un:

—Que tengas un buen día, profe.

Me quedé allí, mirando cómo se alejaba. Por un momento, quise llamarle la atención, soltar algo sarcástico, pero me contuve. Lo último que necesitaba era darle más razones para pensar que había conseguido molestarme. ¿Por qué alguien tan irritante también tenía que estar tan condenadamente bueno?

Al cabo de un momento, Iris salió del vestuario, preparada para irnos con un abrigo bajo el brazo, conteniendo la risa. Estaba claro que nos había escuchado

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó con cara de pilla.

—Que eres idiota —dije conteniendo yo también una sonrisa.

Ella levantó las cejas, expectante, no conformándose con mi respuesta.

—Y que tenías razón.

6

Lucas

Después de apagar la alarma, me quedé un momento mirando el techo. Mi móvil vibraba sobre la mesilla de noche con notificaciones del grupo de WhatsApp de mis amigos. Comentarios, bromas, planes en los que seguramente no podría incluirme. Sabía que en algún momento tendría que contarles el marrón que tenía encima, pero no me sentía con ganas de hacerlo hoy tampoco.

Me levanté despacio y abrí las cortinas, las hojas anaranjadas y marrones se acumulaban en las aceras, cubriendo las calles empedradas. Siempre me había gustado este momento del año, pero esta vez solo podía pensar en la librería. Todo volvía a eso. ¿Cómo demonios se suponía que iba a ahorrar tanto dinero mientras intentaba mantenerme a flote? ¿En qué estaba pensando cuando se lo dije? Los números no cuadraban, y cuanto más los miro, más me doy cuenta de que no estaba más cerca de encontrar una solución.

No había otra manera, tendría que aceptar que había que hacer sacrificios.

Cuando llegué a la librería, noté algo raro, incluso antes de

entrar. La alfombra de la entrada estaba más oscura de lo normal, empapada. Con el corazón acelerado, abrí la puerta y un escalofrío recorrió mi espalda al ver el suelo de madera brillante por el agua. Todo el local estaba encharcado.

—No me jodas… —murmuré dejando las llaves sobre el mostrador y avanzando con cuidado para no resbalar.

La lluvia de la noche anterior debía haber encontrado algún punto por donde colarse otra vez. La primera vez que ocurrió, fue una pesadilla: varios libros de la mesa principal terminaron arruinados, y la humedad tardó semanas en desaparecer. Esta vez, por suerte, el agua no había alcanzado las estanterías ni las mesas. Todo estaba en su lugar, a salvo.

Suspiré con alivio, pero no me duró mucho. Tenía que limpiar el desastre antes de abrir la tienda. Miré el reloj; apenas eran las ocho y media. Aún tenía tiempo, pero no quería retrasarme más de lo necesario.

Busqué el cubo y la fregona en el pequeño trastero del fondo, donde guardaba todo lo relacionado con la limpieza.

A medida que el suelo iba quedando seco, empecé a sentirme algo más tranquilo. No había daños importantes esta vez, pero la molestia de tener que lidiar con esto me dejó un humor amargo.

Cuando finalmente acabé, miré a mi alrededor para asegurarme de que todo estaba listo. Acomodé la alfombra de la entrada, me quité los guantes de goma y respiré hondo. La librería estaba en silencio, como si nada hubiera pasado.

—Un día cualquiera —me dije intentando convencerme de que aquello no era tan malo.

***

La tarde había llegado, y tras una mañana más o menos movida de clientes, la librería estaba en calma. Aproveché el silencio para abrir el portátil sobre el mostrador. Había decidido subir el último capítulo de mi novela, aunque últimamente me costaba más hacerlo con entusiasmo. El número de lecturas había ido cayendo poco a poco, y aunque me repetía que escribía porque me gustaba, no podía ignorar esa sensación incómoda que me dejaban los números.

Tecleé el título del capítulo y revisé el texto una última vez antes de subirlo. Mientras lo hacía, mi mirada se desvió hacia los comentarios del capítulo anterior. Algunos eran positivos, como siempre, pero otros... otros eran difíciles de ignorar.

"Tu estilo es bueno, pero esta historia es igual a las anteriores. Ya sabemos cómo va a acabar", decía uno de los usuarios. Otro comentaba: *"¿Cuándo vas a escribir algo diferente? Tus personajes siempre parecen los mismos".*

Apoyé los codos sobre el mostrador y pasé las manos por mi cara. No entendía del todo por qué esos comentarios me incomodaban tanto.

Subí el capítulo con un clic, dejando escapar un suspiro.

Al volver a la realidad me di cuenta de que no podía retrasarlo más, cada día que pasaba era dinero que perdía, tenía que encontrar un piso más barato.

7

Sofía

Estaba tumbada en la cama, con la cara pegada a la almohada y los ojos hinchados. Otra vez me había puesto a llorar. La habitación estaba en penumbra, solo la luz tenue de la lámpara de la mesilla iluminaba el espacio. Todo parecía más vacío, más silencioso sin Iris. Sabía que tarde o temprano tendría que adaptarme, pero en ese momento, todo lo que quería era gritarle al mundo que no era justo.

Unos días atrás, Iris me había dado la noticia que tanto temía: su empresa finalmente había decidido que el equipo tenía que trasladarse a París para trabajar de manera presencial en el proyecto. Al parecer, no habían cumplido los plazos establecidos, y esta era la "solución" para avanzar.

Esta mañana nos habíamos despedido en el portal. Iris, siempre pragmática, había intentado mantener la compostura mientras guardaba su maleta en el maletero de su coche. Me abrazó con fuerza, y aunque yo sentía que podía romperme en pedazos, nos aguantamos las lágrimas.

Lo que más me inquietaba era el tema del alquiler. Desde el

primer día había sabido que este piso estaba fuera de mi presupuesto si no lo compartía. Ahora, sin Iris, pagar el alquiler completo significaba que apenas me quedaría dinero para comer. Era una situación insostenible.

Esa misma tarde, el casero me había llamado para confirmarlo. Su tono había sido frío, casi mecánico, como si estuviera leyendo un guión. Me preguntó si, con la salida de Iris, todo seguía en orden y si recibiría el pago completo a fin de mes. Ni un: ¿cómo estás? O un: ¡qué pena que te quedes sola!

Solo la prisa de alguien que quiere asegurarse de que su dinero no va a faltar. Al menos me dejaría a mí buscar a otra persona, con la condición de que él diera el visto bueno.

No tenía tiempo para mirar otros alquileres. Entre las clases, las correcciones y la preparación de actividades, apenas me quedaban minutos libres, y el piso actual tenía una ventaja que no podía ignorar: su cercanía al instituto.

Ahora que no tenía el coche de Iris para moverme, la idea de mudarme a las afueras y depender del transporte público me parecía terrible. Necesitaba encontrar otra solución, y rápido.

La única opción que veía era buscar a alguien para compartir el piso. Pero incluso eso me daba ansiedad, sobre todo al recordar el primer año de universidad, antes de conocer a Marta y Lucía. Definitivamente no quería volver a pasar por ello.

Encendí el portátil y abrí una de esas webs de anuncios de pisos compartidos, completé el registro y la descripción, ya solo faltaba que mañana hiciese algunas fotos y las adjuntara al anuncio para publicarlo. Esperaba que eso fuera suficiente para que mi cabeza me dejara descansar.

***

Con cada perfil que revisaba, sentía que mi opción ideal se alejaba más. Gente demasiado joven, estudiantes que solo buscaban fiesta, y un par de perfiles que directamente me dieron escalofríos por las fotos. Apunté un par de opciones que parecían menos descabelladas, aunque ninguna me convencía del todo.

***

Después de dos días solo me quedaba una alternativa. Llegar a este punto había sido un proceso de descartes más que de decisiones firmes, y cada uno de ellos me había dejado un sabor agridulce. Si mi vida fuera una serie, este sería el capítulo donde la protagonista entra en pánico y considera volverse monja.

La primera en salir de la lista fue una camarera. Habíamos intercambiado un par de mensajes, y aunque parecía amable, pronto noté detalles que no encajaban conmigo. Su horario nocturno y la mención de que "a veces le gustaba llevar a amigos a casa después del trabajo" me hicieron pensar que mi piso terminaría convirtiéndose en una especie de bar clandestino. Mi piso necesitaba ser un lugar tranquilo, no una extensión de su vida nocturna. Con una disculpa educada, decidí que no seguiríamos adelante.

Una estudiante de arte fue la siguiente. Su entusiasmo era palpable en cada mensaje, y no podía negar su pasión por su trabajo. Sin embargo, las fotos de su anuncio hablaban por sí solas: el salón lleno de lienzos, pinceles y manchas de pintura por todas partes. Imaginé mi piso convertido en una versión bohemia de *Los Juegos del Hambre*, donde yo sería el tributo sacrificado al dios del caos creativo. Aunque suena gracioso, no me veía compartiendo mi espacio con ese desorden constante. Agradecí su tiempo y pasé al siguiente perfil.

Luego estaba un chico que encontré más tarde y que parecía serio. Trabajaba a tiempo completo y decía ser organizado, pero en nuestra conversación empezaron a surgir pequeños detalles que me hicieron desconfiar. Al principio, todo parecía ir bien, pero después me mandó un mensaje que comenzaba con un cumplido incómodo: "Debe ser bonito vivir contigo, apuesto a que llenas de luz cualquier lugar". Luego, en otro mensaje, empezó a bromear sobre cenar juntos o "aprovechar para conocernos mejor". Era demasiado evidente que sus intenciones no se limitaban a compartir un piso. Para rematar, me envió una foto sin camiseta frente al espejo. No supe si reír o salir corriendo, quería compartir un piso no entrar en *tinder* y lo descarté.

Por un lado, era bueno saber que no me precipitaba en una mala decisión; por otro, la idea de no encontrar a nadie adecuado empezaba a pesar en mi mente, y la presión por resolver esta situación no dejaba de crecer.

La conversación con Henri, la última baza que me quedaba, había ido sorprendentemente bien. A través de los mensajes, parecía alguien amable y con los pies en la tierra, algo que, después de los otros intentos fallidos, sentí como un soplo de aire fresco. Dejó claro que tenía un trabajo estable, lo cual me dio algo de tranquilidad. Decidí que lo mejor era quedar en persona para llegar a una conclusión, y como era sábado y no tenía que trabajar, propuse encontrarnos esa misma mañana.

Escogimos un café tranquilo cerca del centro, un lugar acogedor con una decoración rústica que siempre había llamado mi atención. Llegué unos minutos antes de la hora acordada y eché un vistazo rápido al interior. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por parejas o pequeños grupos disfrutando de un desayuno tardío. Él había llegado antes y me escribió que se había sentado en la mesa

de la esquina del fondo.

Me acerqué con paso decidido, pero cuando lo vi de cerca, me quedé completamente helada. Era Lucas. Mi Lucas. Bueno, no mi Lucas, porque definitivamente no era mío ni quería que lo fuera, pero sí el dueño de la librería que me había hecho perder los nervios y que, hasta ahora, representaba todo lo que no quería en un compañero de piso.

—¿Tú? —Fue lo único que conseguí articular, sintiendo un dejavu amargo y llamando la atención de un par de personas en las mesas cercanas.

Lucas, que estaba sentado con un café a medio terminar, alzó una ceja con esa expresión que ya había aprendido a detestar.

—Parece que sí —respondió con tono neutro, aunque parecía tan sorprendido como yo.

— ¿Me explicas por qué has utilizado un nombre falso para buscar piso o me doy ya la vuelta?

— ¿Cómo? —preguntó verdaderamente confuso—. No entiendo a qué te refieres.

— Tu perfil dice que te llamas Henri Valjean, si quieres te lo enseño —dije mientras hacía el ademán de sacar el móvil.

Noté como su expresión se llenaba de preocupación, comenzó a mirar hacia otro lado y tras un segundo contestó apresuradamente mientras se llevaba la mano al rostro

— Debo haberme equivocado con el correo, Henri es... mi hermano, me habré registrado con su correo.

— ¿Perdona? —repetí dejando que el sarcasmo goteara de cada palabra—. No es precisamente la mejor manera de empezar una relación de convivencia.

—¿Relación de convivencia? —preguntó ladeando la cabeza y poniendo una sonrisa que me crispó—. Eso suena muy serio.

¿Vamos a tener también un contrato prenupcial o algo así?

—No estoy para bromas —le advertí clavándole la mirada.

—No es una broma, de verdad. Lo del correo fue un error, además yo tampoco pensaba que fueras tú. Si lo hubiera sabido, igual ni siquiera habría respondido a tus mensajes —volvió a responder con la misma sonrisa, logrando sacarme de quicio.

—¡Eres la amabilidad personificada! —respondí con cierto retintín —. Pues parece que hemos terminado ya.

Lucas suspiró, visiblemente frustrado, y apartó la vista hacia la ventana por un momento antes de devolverme una mirada sincera con sus ojos verdes.

—Escucha, esta no es una situación ideal para ninguno de los dos, pero si te soy sincero, no puedo esperar más a mudarme y si has querido verme en persona es que tu también tienes prisa por acelerar las cosas, intentemos llevarnos bien por un momento.

—¿Llevarnos bien? —me reí, incrédula—. Solo llevamos diez minutos aquí y ya estoy considerando mudarme a un monasterio antes que meterte en mi piso. — Cuando pronuncié esas palabras, la imagen de Lucas en la piscina se me vino a la mente. "*No me puedo creer que hayas pensado eso en este momento"*, me fustigué a mí misma.

—Bueno, eso sería un desperdicio —replicó con un tono ambiguo, y por un segundo no supe si tomármelo como un cumplido o como otro de sus comentarios sarcásticos.

Me quedé en silencio, intentando decidir si valía la pena seguir discutiendo. Sabía que no tenía muchas opciones. Finalmente, decidí que no había otra salida.

—Vale, Lucas —dije respirando hondo y tratando de mantenerme firme—. Si vamos a hacer esto, necesitamos establecer algunas reglas.

—¿Reglas? —repitió con una mueca que no me gustó nada—. Vale, de acuerdo.

—Primero: la limpieza. Cada uno se encargará de su parte del piso. Nada de platos acumulados ni ropa tirada por ahí.

Lucas asintió lentamente, como si estuviera absorbiendo mis palabras.

—Segundo: nada de invitar gente sin avisar. Este no va a ser un piso de fiesta.

—Tranquila, no soy el tipo de persona que organiza *raves* en el salón —replicó.

—Y tercero: vamos a establecer turnos para las tareas de la casa. No quiero terminar haciéndolo todo yo porque… aunque bueno, si tienes todo tan ordenado como la librería no sé yo... —añadí dejando caer una pulla intencionada.

Él bufó ofendido, levantando una ceja.

—¿Crees que no puedo seguir una rutina solo porque mi librería no parece una de esas que sale en Instagram? ¿De verdad piensas que soy tan desastroso?

—Llámalo intuición —respondí cruzando los brazos.

Me quedé en silencio un momento, y pensé que esto no nos iba a llevar a ningún lado, necesitaba ser más directa.

—Mira Lucas, no me gusta la idea de vivir contigo —solté de golpe sin intentar endulzarlo. Las palabras me salieron casi sin filtro —. No nos llevamos bien y, siendo honesta, no creo que vayamos a llevarnos mejor.

—Bueno, al menos no te andas con rodeos —respondió—. Pero te diré algo, Sofía: tampoco estoy dando saltos de alegría por esto, para mí también es difícil.

—Entonces estamos de acuerdo —repuse cruzándome de brazos —. Esto no tiene sentido.

Lucas suspiró, como si estuviera reuniendo paciencia de algún lugar profundo.

—Mira, no estoy diciendo que vayamos a ser amigos del alma, pero tampoco creo que sea imposible. Yo tengo mis motivos, y tú tienes los tuyos. A veces, las circunstancias nos obligan a hacer cosas incómodas.

—¿Incómodas? Eso es quedarse corto —bufé sacudiendo la cabeza—. Ya he tenido que lidiar con bastantes cosas como para añadir esto a la lista.

Él me miró fijamente, con la mirada más seria que nunca, mucho más que cuando nos vimos por primera vez. Había algo en sus ojos, algo intenso que me hizo sentir como si me estuviera viendo por dentro.

—Ponme a prueba —dijo, su voz baja pero firme. No era una súplica, tampoco un desafío; era algo intermedio, algo más honesto —. Te demostraré que somos opuestos, pero no incompatibles. Entiendo que tengas dudas, pero a mí tampoco me quedan muchas opciones.

Sentí que mi respiración se detenía por un segundo. Quería responder, pero algo en esa mirada me dejó inmóvil. Esa determinación hizo que antes de darme cuenta, ya lo hubiera decidido.

—Está bien. Lo intentaremos.

Lucas asintió con una expresión de alivio en la cara. Entonces, se inclinó un poco hacia mí, con esa confianza exasperante que parecía venir de la nada.

—No te preocupes, Sofía. Intentaré no ocupar demasiado espacio. Si hace falta, hasta seré tu mayordomo —añadió guiñando el ojo con esa chispa provocadora suya.

—Ya veremos, Lucas. Ya veremos —dije antes de darme cuenta

de que me había sacado una sonrisa.

Y entonces, aunque no estaba totalmente convencida, fui yo la que suspiré aliviada.

8

Lucas

Conducía hacia el piso de Sofía pensando en la conversación que había tenido con el casero. La reunión había sido breve y, en teoría, sin complicaciones. Me había aceptado rápidamente, apenas miró los papeles que le presenté. Lo que me dejó más sorprendido fueron sus comentarios. Soltó un par de frases que dejaban entrever un desprecio evidente hacia los extranjeros y hacia las mujeres que vivían solas. Lo peor de todo fue cuando me dijo con una sonrisa de suficiencia, que le daba igual lo que hiciera mientras no la dejara preñada. Me quedé unos segundos procesando lo que acababa de decir intentando que mi expresión no reflejara el profundo asco que sentía, al final, simplemente asentí de manera mecánica y terminé la reunión lo antes posible. Aquel tipo me había dejado una sensación de incomodidad en el cuerpo.

Sacudí la cabeza, intentando dejarlo atrás. Lo importante era que ahora tenía un sitio donde vivir mientras intentaba reunir el dinero para la librería. Apreté los labios al pensar en ello. Sabía que no iba a ser fácil, pero tampoco tenía alternativa.

Llegué al edificio y subí las escaleras con calma. Al tocar el timbre, Sofía tardó unos segundos en abrir. Cuando lo hizo, me recibió con una sonrisa escueta. Era curioso, parecía que la guerra entre nosotros se había enfriado un poco desde nuestra última conversación. Al menos ya no me miraba como si quisiera lanzarme por la ventana.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —dijo con una mezcla de resignación y cortesía.

—Gracias, qué emoción —respondí con tono seco, sin poder evitar la ironía. Ella bufó una risa breve y se apartó para dejarme entrar.

Pasé al interior. El piso tenía un ambiente distinto al que me imaginaba. Era extraño pensar que ese sería mi espacio durante los próximos meses. Sofía cerró la puerta y se cruzó de brazos.

—Voy a enseñarte lo básico para que no tengas que preguntar cada dos segundos —dijo, y comenzó a caminar por el pasillo—. El baño está aquí, a la derecha. No dejes toallas mojadas en cualquier parte y si terminas el papel higiénico, pon uno nuevo.

—¿Crees que he vivido en cuevas toda mi vida? —Alcé una ceja.

—Solo me aseguro de que no lo parezca —replicó sin perder el ritmo.

La seguí hasta la cocina. Me bastó un vistazo rápido para darme cuenta de que aquí se cocinaba poco. No había muchas sartenes, ni siquiera una olla y el horno parecía haber sido usado solo para hacer pizzas. A juzgar por la cafetera de cápsulas y la ausencia de especias en los estantes, Sofía no era precisamente de las que pasaban horas preparando la comida. La nevera confirmó mi sospecha cuando la abrió para señalar cómo era por dentro: casi vacía, con un par de yogures, una botella de vino y una caja de fresas en la balda superior. La despensa tampoco prometía mucho.

Lo justo para sobrevivir, pero nada que indicara que alguien allí se preocupara por comer bien.

—Supongo que cocinar no es tu fuerte —comenté, más para mí mismo.

—Me apaño —respondió encogiéndose de hombros—. Si necesitas algo en particular, lo compras. Así de fácil.

Rodé los ojos y seguimos el recorrido hasta mi habitación. La primera impresión no fue la mejor. Era más pequeña de lo que había imaginado y, aunque estaba limpia, la cama estaba sin sábanas y el colchón se veía un poco hundido en un lado, como si hubiera soportado muchas noches de insomnio. Suspiré. No había escritorio, lo cual no me hacía ninguna gracia. Sabía que escribir en la cama era una pésima idea, y el salón seguramente no iba a ser el mejor sitio para concentrarme. Eso iba a ser un problema.

Retomamos nuestros pasos hacia el salón, el pasillo estaba decorado con un par de fotografías enmarcadas, algunas de paisajes y otras de viajes. Cuando entramos me dí cuenta que había un rinconcito al fondo con una pequeña mesa y un sillón. Me llamó la atención. Tal vez podría servirme para escribir.

—¿Cuándo vas a traer tus cosas del otro piso? —preguntó Sofía apoyándose en el respaldo del sofá con los brazos cruzados.

—Entre mañana y pasado, depende de cómo me organice. ¿Te importa que me traiga unas cuantas cosas para la cocina?

— No, no te preocupes. Como has visto hay espacio de sobra, simplemente no empieces a llenarlo todo de cacharros —respondió diligente —. ¿Y el casero te dio ya un duplicado de las llaves?

Asentí, sacándolas del bolsillo y agitándolas en el aire.

—Sí, todo en orden. Por cierto, hay algo que se me olvidó mencionarte… Tengo un gato. Se llama Noir. ¿Es un problema si me lo traigo?

Los ojos de Sofía se iluminaron de inmediato.

—¿Un gato? ¿En serio? —preguntó con un entusiasmo evidente. No esperaba esa reacción.

—Sí, en serio. Es un gato negro, bastante tranquilo. No se mete en problemas… normalmente.

—Me encantan los gatos —dijo Sofía casi ignorando el resto—. ¿Por qué no dijiste nada antes?

—A veces me pasa que se me olvida mencionar cosas que son como muy evidentes para mí. Es una cagada mía no habértelo preguntado antes y no quiero que te sientas forzada a aceptarlo, una amiga mía estará encantada de quedárselo si hace falta.

Sofía negó con la cabeza mientras sonreía. Era la primera vez que la veía genuinamente animada por algo desde que llegué.

—Bueno, espero que Noir y yo nos llevemos bien —comentó con un tono más ligero.

—Te advierto que es algo selectivo con las personas —añadí.

—Como su dueño. Esperemos que no tenga tu carácter entonces —murmuró ella con un tono divertido, girándose hacia la entradita.

—Sobre las rutinas, supongo que tú te despiertas más tarde que yo —comentó Sofía—. Tu horario es más flexible.

—La librería abre a las nueve de la mañana, pero me levanto de madrugada. Voy a nadar casi todas las mañanas antes de abrir —repliqué.

Ella me miró con escepticismo.

—¿En serio? —preguntó, como si la idea de que tuviera una disciplina tan estricta le pareciera inconcebible.

—Sí. No sé por qué te sorprende tanto.

—No sé, simplemente no te imaginaba tan madrugador.

—Supongo que aún tienes mucho que descubrir de mí —dije con una sonrisa ladeada.

Ella puso los ojos en blanco, pero luego se cruzó de brazos con expresión algo hostil.

—Bueno, más te vale que no me despiertes por las mañanas.

Me cuadré como si estuviera en formación y levanté la mano en un saludo militar.

—Señora, sí, señora.

Ella chasqueó la lengua, pero noté como una pequeña sonrisa quería salir de sus labios. Al poco tiempo nos despedimos y regresé al que sería mi antiguo piso para recoger todo lo que pudiera mientras hacía unas llamadas para abastecer la librería.

***

Ya había pasado casi una semana desde que empecé a compartir piso con Sofía. A decir verdad, me estaba acostumbrando más rápido de lo que esperaba.

Como cada mañana, me levanté temprano y fui directo a la cocina. La cafetera exprés que me había traído de mi antiguo piso estaba sobre la encimera, brillante y ocupando un lugar que antes estaba vacío. No podía vivir sin café, y el hecho de que en este piso no hubiera una buena cafetera me había parecido una falta grave desde el primer día.

Me había asegurado de traerme lo esencial de mi antigua cocina, porque en esta apenas había lo básico. Además de la cafetera, me traje algunas sartenes y cosillas. Tampoco tenía muchas ganas de reorganizar toda la cocina nada más llegar, pero tenía la sensación de que acabaría haciéndolo a mi manera tarde o temprano.

Vivir con Sofía no era tan terrible como había imaginado. No nos matábamos al menos. No hablábamos demasiado, pero tampoco nos ignorábamos del todo. Había pequeñas conversaciones triviales

sobre el día, sobre cosas del piso y, sobre todo, sobre Noir. El gato se había adaptado más rápido que yo a todo esto, algo que me resultaba curioso y, a la vez, un poco irritante. Desde que lo traje, actuaba como si este hubiera sido su hogar de toda la vida, y lo peor era que Sofía parecía encantada con él. Casi cada noche la veía agachándose para hacerle carantoñas mientras él ronroneaba satisfecho.

Cuando entré en el piso, intenté no hacer ruido y fui directo al baño.

Todavía sentía el frío del agua de la piscina pegado a la piel, y necesitaba una ducha caliente para aflojar los músculos. Dejé que el vapor se acumulase, apoyando las manos en los azulejos mientras el agua resbalaba por mi espalda. A veces, ese era el único momento de calma real en el día.

Cuando salí del baño, ya vestido con pantalones deportivos y una camiseta negra, el sonido familiar de la alarma de Sofía atravesó las paredes. Poco después, la persiana de su habitación subió con ese chirrido que me estaba empezando a resultar cotidiano.

No tardó en aparecer, con el pelo revuelto y los ojos hinchados de sueño. Se arrastró hasta la cocina con la expresión de alguien que no tenía paciencia para estupideces a esas horas. Apoyé un hombro en el marco de la puerta y esbocé una media sonrisa.

—Buenos días, bella durmiente.

Sofía me dedicó una mirada que bien podría haber matado a alguien y, sin decir nada, me hizo una peineta mientras pasaba de largo. No tenía muy buenas mañanas.

Reí por lo bajo y vi a Noir salir de la habitación de Sofía, desperezándose con el descaro de un rey en su palacio. Bostezó, se estiró y luego se sentó a limpiarse la pata con una calma insultante. Fruncí el ceño.

—Tú sí que vives bien, ¿eh? —murmuré, pero el gato, como era de esperar, decidió ignorarme por completo.

Entré en la cocina y me apoyé en la encimera mientras Sofía se preparaba el desayuno. Todavía parecía medio dormida, moviéndose con una coordinación sorprendente para alguien que apenas tenía los ojos abiertos. Noir se enredó entre sus piernas con un maullido, exigiendo atención, y ella bajó la mirada con una sonrisa somnolienta antes de agacharse para acariciarlo.

— No toques a mi gato —le reproché de broma.

—Tu gato me prefiere a mí antes que a ti —respondió sin apartar la mirada del felino.

—¿Ha dormido contigo? —pregunté dándole un sorbo a mi café.

—Sí, desde ayer creo —respondió sin pensarlo mucho—. No te lo había dicho porque pensé que te daría igual.

Noir, ajeno a la conversación, había subido a la encimera y ahora observaba mi taza con un interés sospechoso. Movió la pata lentamente, como si estuviera considerando meterla dentro. Lo aparté con un dedo antes de que se atreviera.

—Vaya traidor… —farfullé fulminando al gato con la mirada. Noir bostezó otra vez dejándome claro que mi opinión le importaba una mierda.

—Siempre me han gustado los gatos —añadió Sofía, rascándole detrás de las orejas—. Mi abuela tenía varios. Cuando era pequeña, pasaba los veranos en su casa y jugaba con ellos todo el día. Desde entonces, siempre quise tener uno. Supongo que Noir me vio cara de víctima fácil.

—Sí, sueles parecer una persona muy accesible y amable, sobre todo por la mañana —solté con ironía.

Ella rodó los ojos y, de paso, me dio un empujón con la cadera mientras tomaba el desayuno de la encimera.

Fue entonces cuando me fijé en su desayuno. Un bollo industrial sacado directamente de su envoltorio de plástico y un té de bolsita flotando en una taza con dibujos de gatos. Entrecerré los ojos.

—¿Eso es todo lo que vas a desayunar?

Sofía alzó una ceja y se llevó el bollo a la boca con exagerada teatralidad, dándole un mordisco con satisfacción.

—Sí, ¿algún problema, chef?

—Muchos, pero no tengo tiempo para enumerarlos todos —respondí negando con la cabeza—. ¿Ni siquiera te molestas en hacerte algo decente para empezar el día?

—Es rápido y está bueno —replicó con una sonrisa de suficiencia.

—Sí, claro. Si quieres una sobredosis de azúcar y una digestión lamentable.

—Bueno, tú desayunas como un abuelo, así que estamos en paz —bromeó señalando mi café como si fuera una reliquia.

Sacudí la cabeza, resignado, mientras Noir intentaba escalar hasta la mesa para ver si le tocaba algo de la dichosa bollería.

Sofía terminó su desayuno y se levantó, revisando la hora en su teléfono.

—Me visto, que llego tarde. Nos vemos luego.

—Nos vemos —respondí, mientras ella volvía a su habitación.

Yo me quedé en el salón durante unos instantes, perdido en mis pensamientos, antes de continuar con mi rutina de siempre, tenía una novela que continuar y mucho dinero por conseguir.

9

Sofía

Me acomodé en mi escritorio del departamento y extendí mis notas sobre la mesa. La habitación tenía el aire pesado de demasiados años de rutina, con estanterías abarrotadas de libros antiguos, carteles descoloridos de eventos pasados y el persistente olor a café requemado. Afuera, el pasillo bullía con el ir y venir de los alumnos que se movían de clase en clase. Yo esperaba, repasando por enésima vez mi presentación.

Hasta ahora, mi proyecto había funcionado bien: En *Premiere*, habían montado adaptaciones teatrales de escenas de Lorca y Valle-Inclán. Y en *Seconde*, los estudiantes habían escrito relatos inspirados en el realismo mágico, con una creatividad que me había sorprendido mucho.

Ahora quería ampliar la iniciativa, involucrar a más grupos e incluso colaborar con los profesores de inglés para trazar conexiones entre la literatura hispánica e inglesa. Ya había hablado previamente con Claire y Julien, para asegurarme de que estuvieran a favor. Solo faltaba la aprobación de Monsieur Gregoire.

La sala se fue llenando y, finalmente, Gregoire entró con su habitual expresión de indiferencia y pesadez. No era alguien que creyera en innovaciones o cambios innecesarios, y yo lo sabía bien. Se sentó en la cabecera de la mesa, revisó brevemente su agenda y, después de tratar otros temas administrativos, me cedió la palabra con un gesto de la mano.

—*Mademoiselle* Sofía, parece que tiene una propuesta que discutir. Proceda, pero que sea breve.

Tragué saliva y me levanté, sosteniendo mis notas. Conté cómo había ido el proyecto con los primeros grupos y lo bien que había funcionado. Y continué con la proposición de ampliarlo un poco más.

Gregoire ni siquiera disimulaba su falta de interés. Apenas me escuchaba, esperando el momento de interrumpirme.

—No, *Mademoiselle* Sofía. Esto no tiene cabida en nuestro plan de estudios —dijo con un suspiro, como si la mera idea le resultara agotadora—. Lo que usted propone es entretenido, sí, pero la educación no es un espectáculo. Aquí enseñamos con rigor, con método. No con juegos teatrales ni con actividades sin fundamento.

—Pero los alumnos han mejorado en su expresión y comprensión de los textos —insistí tratando de no dejarme intimidar—. Como le he dicho, han empezado a relacionar la literatura con su propia realidad y los resultados son palpables en el examen.

Gregoire soltó una risa seca, sin humor.

—¿Y qué será lo próximo? ¿Lecciones de literatura en el patio con disfraces? Aquí no formamos actores, formamos estudiantes. No necesitamos convertir la enseñanza en un circo.

Miré a Claire y Julien en busca de apoyo. Claire se aclaró la garganta.

—En realidad, creo que esta iniciativa podría ser beneficiosa en términos de motivación —intervino con cautela.

Gregoire levantó una ceja.

—Si quiere motivación, que estudien. No necesito nuevas metodologías para distraerlos de lo que realmente importa.

—Pero podríamos al menos probarlo en un grupo más grande —insistió Julien—. No tendría que ser un cambio estructural, solo una prueba.

—No me interesa lo que piensen —zanjó Gregoire—. Yo soy el jefe de departamento, y mi respuesta es no. —Me miró fijamente, con una expresión de aburrimiento absoluto—. Y le aconsejo que se acostumbre a cómo hacemos las cosas aquí, en lugar de tratar de cambiarlas desde el primer año, tenga en cuenta su lugar o tendré que recordárselo yo.

Su tono tenía un matiz casi burlón. Supe en ese instante que no solo estaba rechazando mi idea, sino que lo hacía con la clara intención de dejarme claro que nada de lo que dijese o propusiese iba a llevarse a cabo. No porque el proyecto no tuviera mérito, sino porque no venía de la persona adecuada.

Me quedé en silencio, sintiendo la rabia arder en mi pecho. No valía la pena insistir más en ese momento.

—Entendido —dije recogiendo mis notas con calma.

Gregoire simplemente asintió y pasó al siguiente punto del orden del día como si yo nunca hubiera hablado. La reunión continuó, pero yo ya no escuchaba nada más. Salí de la sala con la sensación de haber chocado contra un muro.

***

Abrí la puerta del portal y solté un suspiro largo. No sabía qué hacer. No tenía respaldo del departamento y sin él, mi proyecto iba a quedar en el olvido. Me dejé caer contra la puerta por un momento,

sintiendo el peso del día encima. Podía intentar buscar alternativas, convencer a más profesores, organizar algo pequeño por mi cuenta… pero eso supondría tener que cambiar todo lo que tenía pensado y casi empezar desde cero adaptando lo que había hecho con los alumnos este último mes.

Me pasé las manos por la cara, intentando despejarme mientras entraba al piso. Fue entonces cuando un olor inesperado me envolvió. Carne dorándose en la sartén, que se intensificaba con el chisporroteo del aceite caliente. No recordaba la última vez que entraba a mi casa y olía así, tenía un ambiente acogedor que te envolvía.

Noir apareció en cuanto me oyó, restregándose contra mis piernas como si intentara decirme algo. Me agaché y lo acaricié un poco, pero mi atención estaba en lo que pasaba al otro lado del pasillo. Dejé mi bolso en la entrada y caminé a la cocina.

Lucas estaba arremangado, concentrado en la sartén. Movía la cuchara de madera con una facilidad que no cuadraba con la imagen que tenía de él. Entonces me fijé en sus manos. Eran grandes, de dedos largos, y ahora que los veía manejando los utensilios con esa seguridad, me pregunté cómo no me había dado cuenta antes.

—¿Estás cocinando? —pregunté con una mezcla de sorpresa y diversión.

Lucas ni siquiera se giró. Solo bufó y siguió removiendo.

—Estoy hasta los cojones de comer comida preparada y pedir a domicilio. No es vida —dijo con total seriedad.

Mi mirada bajó hacia la sartén. Unas albóndigas cubiertas de una salsa espesa y aromática, con un toque especiado que me hizo salivar. No esperaba esto. Para nada.

—¿Desde cuándo cocinas así? —pregunté cruzándome de brazos mientras lo observaba con más detenimiento.

—Desde siempre, no es tan difícil —respondió como si fuera evidente.

Abrí la nevera para sacar algo de beber y casi se me cae la botella de agua de la sorpresa. Estaba llena.

—Pero ¿qué…? ¿Tú has comprado todo esto? —pregunté sin poder evitar el asombro.

—Sí, volviendo de la librería. Ya que iba a cocinar, mejor hacerlo bien. Al menos yo voy a comer comida de verdad todos los días.

Por dentro, estaba encantada. Me daba vergüenza admitirlo, pero era un puntazo tener a alguien que supiera cocinar en el piso y ver la nevera llena me hacía sentir un poco más en casa. Sin embargo, tampoco iba a dárselo tan fácil.

—Vale, vale, muy bien todo, pero que sepas que al menos un día a la semana vamos a pedir sushi. Noir está conmigo en esto —dije con total convicción.

Noir, como si entendiera su papel en esta alianza, se subió ágilmente a la encimera y soltó un maullido en mi defensa.

Lucas me miró por primera vez desde que había entrado y soltó una risa de aprobación.

—Un día a la semana, trato hecho. Pero solo uno. —Se giró y siguió cocinando, como si el tema estuviera cerrado.

Me apoyé en la mesa observándolo con otra perspectiva. No sabía qué significaba exactamente todo esto, pero me gustaba ese lado cocinillas suyo.

Me quedé en la cocina mientras terminaba de preparar la comida, observando cómo picaba unas hierbas frescas y las añadía a la salsa con la seguridad de alguien que realmente disfrutaba el proceso. En algún momento, sin darme cuenta, me puse a ayudarlo. Pelé algunas patatas, corté unos trozos de pan, y puse la mesa. Era natural, sin palabras de por medio, como si hubiéramos hecho esto

mil veces antes.

Cuando había terminado miré hacia la encimera, donde aún quedaban restos de los ingredientes usados y vi un par de vasos. Instintivamente, pregunté:

—¿Quieres que abra una botella de vino para acompañar?

Lucas negó con la cabeza sin dudar.

—Nah, yo no bebo. Pero si tú quieres, adelante —respondió con simpleza, sin darle importancia.

Después, nos sentamos a la mesa con los platos servidos. Mientras comíamos, el silencio era cómodo, casi reconfortante.

—Esto está buenísimo —dije finalmente, rompiendo el silencio.

Lucas se inclinó ligeramente hacia atrás con una media sonrisa, como si hubiera estado esperando el cumplido.

—Obviamente —respondió con suficiencia—. ¿Qué esperabas?

Rodé los ojos, de alguna manera era capaz de arruinar incluso un momento como este.

El día había pasado sin darme cuenta, entre la comida con Lucas y las correcciones de los ejercicios que había mandado a mis alumnos. Durante unas horas, esas distracciones me habían servido para no pensar en Gregoire, en su negativa y en el muro que había puesto entre mi proyecto y su posible éxito. Pero ahora, en la cama, la realidad volvía a aplastarme con su peso. La única alternativa era seguir adelante con lo planeado con los grupos de Julien y Claire, sin decirle nada a Gregoire. No me gustaba la idea de actuar a escondidas, pero tampoco podía resignarme a abandonar el proyecto. Además, contaba con el apoyo de mis compañeros y los alumnos estaban entusiasmados con la propuesta. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Si lo descubrían, me llamarían la atención, tal vez recibiría una reprimenda, pero tenía que jugármela.

Suspiré y me acomodé en la cama, sabiendo que dormir no iba a

ser tarea fácil. Mi cabeza seguía llena de ideas, de planes, de posibilidades. Pero ahora, al menos, tenía claro lo que debía hacer.

10

Lucas

Había pasado días mirando la pantalla en blanco, esperando que algo surgiera, que las palabras simplemente fluyeran como solían hacerlo antes. Pero nada. Cada vez que intentaba continuar la novela, me quedaba atrapado en la misma sensación de vacío. No era falta de ideas, era miedo. Miedo a repetirme, a no ser capaz de hacer algo distinto.

Tal vez necesitaba despejarme y decidí subir al piso de arriba de la librería. Hacía semanas que lo tenía en mente: organizar todo ese caos que con el tiempo habíamos ido dejando allí. Era como el desván de la librería, aunque realmente en su momento llegó a tener un gran ventanal y una terraza justo encima de la fachada. Ahora mismo estaba lleno de todo lo que no encontraba su sitio abajo. Cajas, muebles antiguos, montones de papeles, revistas viejas, estanterías sin montar, cosas del abuelo… y polvo, mucho polvo.

Mi plan era dejarlo más o menos funcional, aunque solo fuera como almacén. Me vendría bien tener un sitio donde guardar cajas y

poder moverme con algo de orden.

Como no parecía que fuera a venir nadie, me arremangué y me puse a ello. Empecé por una caja que tenía escrito *"Navidad 2006"* con rotulador rojo. Dentro había bolas de colores, una guirnalda medio rota, postales antiguas y una figura de Papá Noel con cara aterradora. Me reí solo. Claramente, eso no servía para nada más que para acumular polvo.

En otra caja encontré tazas desparejadas, una lámpara sin bombilla, una pila de discos de vinilo —algunos tan rayados que ya no podrían reproducirse nunca—, y una bufanda con el logo del equipo del instituto al que íbamos.

Vibró el móvil en mi bolsillo y al sacarlo me di cuenta que habíamos quedado el grupo de siempre en unas horas, algo que no ocurría desde hacía años.

Me sorprendió darme cuenta de cuánto tiempo había pasado. Solíamos ser inseparables, pero con el tiempo, cada uno había tomado su propio camino. Claire, siempre había querido ser profesora y lo había conseguido. Pierre se había convertido en arquitecto y vivía en Lyon. Y Marc, que se había mudado a Marsella, trabajaba en la industria cinematográfica.

Me alegraba la idea de volver a verlos y recuperar un poco de aquella complicidad que teníamos.

***

No sabía cómo sería reencontrarme con ellos después de tanto tiempo, pero algo en mi interior me decía que esta reunión era justo lo que necesitaba.

Caminé hacia el fondo del local, donde una mesa junto a la ventana ya estaba ocupada. En cuanto me vieron, Pierre fue el

primero en levantarse, con la misma seguridad con la que solía hacerlo en los viejos tiempos. Me estrechó la mano con fuerza, y fue entonces cuando noté las canas dispersas en su barba, se notaba que habían pasado los años.

—Lucas, ya era hora —dijo con una sonrisa ladina, esa que siempre aparecía cuando estaba a punto de hacer un comentario sarcástico.

—Algunos seguimos teniendo obligaciones —respondí con una media sonrisa, sintiendo cómo la familiaridad volvía en un instante.

Marc, que estaba apoyado en la mesa con los brazos cruzados, se levantó con menos prisa. Se pasó una mano por el pelo, que le caía en ondas sobre la frente y se inclinó hacia mí, antes de darme un abrazo rápido.

—Sigues igual, tío —bromeó—. Aunque apostaría a que ahora hablas menos que antes.

Antes de que pudiera contestarle, Claire se puso de pie. Su mirada era la misma de siempre: aguda y observadora.

—Pensé que nos ibas a dejar plantados —dijo con un tono ligero, pero con esa mirada evaluadora que nunca había perdido.

—No te emociones, Claire, todavía estoy considerando si vale la pena esta reunión —repliqué con una sonrisa.

Y así, como si el tiempo no hubiera pasado, nos sentamos y la confianza volvió en cuestión de segundos. No había necesidad de recuperar nada, no hacía falta rellenar silencios incómodos. La conversación fluía con la misma facilidad de siempre. Pierre habló de los interminables proyectos en Lyon que lo tenían atrapado entre planos y clientes exigentes, haciendo un gesto con las manos que dejaba ver un anillo de plata que nunca había llevado antes. Marc comentó los altibajos de trabajar en la industria del cine en Marsella mientras jugueteaba con sus gafas, apoyándolas en la frente cada

vez que se emocionaba contando una anécdota. Claire mencionó su vida como profesora sin entrar demasiado en detalles, moviendo la cuchara en su taza de té sin siquiera mirarla, como si su mente estuviera en otra parte.

Cuando terminamos de cenar y pasamos a las bebidas, pedí una infusión mientras los demás optaban por algo más fuerte. Marc, con una copa en la mano, me lanzó una mirada burlona.

—No has cambiado nada, ¿eh? Ni una gota de alcohol —dijo con una sonrisa.

—Alguien tiene que mantener la lucidez en este grupo —respondí sin inmutarme, viendo cómo Pierre alzaba su vaso con una expresión aprobatoria.

—Y sin embargo, sigues metido en la misma madriguera de siempre —replicó Claire apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos frente a ella—. ¿Sigues con la librería, no? ¿Escribiendo también?

Noté que todos esperaban mi respuesta, incluso Marc, que ya había dado un sorbo a su copa y miraba con curiosidad. Me encogí de hombros.

—Escribo cuando puedo —respondí evitando mencionar que llevaba semanas sin avanzar.

—Vamos que no mucho —soltó Pierre, sin rodeos, mientras se reclinaba en su asiento con los brazos cruzados.

Rodé los ojos, pero antes de que pudiera contestar, Marc cambió de tema con una historia ridícula sobre un rodaje que casi termina en desastre porque un actor se negó a hacer una escena sin su bufanda favorita. La conversación derivó en anécdotas del pasado, en recuerdos que parecían lejanos y a la vez tan presentes

—¿Sigues viviendo donde siempre? —preguntó Marc con aparente indiferencia, pero en su mirada había cierta curiosidad.

Negué con la cabeza, dando un sorbo a mi infusión.

—No, ahora comparto piso.

Los tres reaccionaron al instante.

—¿Compartes piso? —repitió Pierre ladeando la cabeza—. ¿Desde cuándo te dio por la convivencia?

—Desde que decidí que pagar un alquiler solo era un desperdicio de dinero —respondí con naturalidad, intentando restarle importancia.

—¿Y con quién? —insistió Marc disfrutando demasiado del interrogatorio.

—Con una chica, Sofía —respondí sin darle demasiada importancia.

Hubo un breve silencio antes de que Pierre soltara una carcajada y Marc alzara ambas cejas, completamente entretenido. Claire, en cambio, me miró fijamente, como si intentara leer entre líneas.

—¿Y qué tal la convivencia? —preguntó Marc con un tono que dejaba claro que no buscaba una respuesta inocente.

—Normal. Como con cualquier compañero de piso —respondí sabiendo que no les bastaría.

Pierre apoyó los codos en la mesa y sonrió de lado.

—Venga, Lucas, ¿de verdad pretendes que nos creamos que es solo eso? ¿No hay nada de tensión en el ambiente? ¿Ni un momento incómodo? —Su tono era burlón, pero su mirada estaba llena de curiosidad genuina.

—Vale, vale, pero vamos a lo importante… —Marc se cruzó de brazos y sonrió con picardía—. ¿Cómo de follable es?

Rodé los ojos y me pasé una mano por la cara.

—Eres un burro, de verdad Marc —respondió Claire al instante

—No es nada de eso. Simplemente compartimos piso. Punto.

Claire suspiró y negó con la cabeza, pero su mirada seguía fija

en mí, analizando cada una de mis respuestas.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó como si estuviera cambiando de tema, aunque su tono tenía un matiz de sospecha.

—Es profesora —respondí sin pensar mucho, aún intentando esquivar la conversación.

—¿Dónde? —insistió Claire de inmediato.

—En un instituto de aquí… —respondí, pero fue demasiado tarde. Claire entrecerró los ojos y ladeó la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo se llama? —preguntó con la misma intensidad de alguien que ya sabía la respuesta.

—Sofía Martín, creo —murmuré sintiendo una ligera punzada de anticipación.

Los ojos de Claire se abrieron un poco antes de soltar una risa incrédula.

—¡No puede ser! —exclamó echándose hacia atrás en su silla—. ¡Es mi compañera de trabajo!

El silencio en la mesa duró solo un segundo, antes de que Marc y Pierre soltaran carcajadas al unísono.

—¡Esto se pone cada vez mejor! —dijo Marc golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Espera, espera… —Pierre se inclinó hacia mí, tratando de contener la risa—. ¿Me estás diciendo que vives con la misma Sofía con la que Claire trabaja todos los días? ¿Y no lo sabías?

—No tenía ni idea —admití sintiéndome un idiota al darme cuenta de la coincidencia.

—A ver, Claire, ya que Lucas no quiere hablar, ¿cómo es esa tal Sofía? —preguntó Pierre apoyándose en la mesa con una sonrisa maliciosa.

Claire se encogió de hombros, pero no tardó en responder.

—Es bastante guapa, la verdad. Rubia, con pecas, tiene un aire

muy dulce… y además me ha hablado de su compañero de piso.

Eso fue suficiente para que los ojos de Pierre y Marc se iluminaran.

—¡¿Le ha mencionado?! —exclamó Marc dándome un codazo.

—¿Qué te ha dicho de Lucas? —insistió Pierre mirándola con una mezcla de expectación y diversión.

Claire sonrió, pero esta vez no dijo nada. Se limitó a tomar un sorbo de su bebida con una expresión enigmática.

—Vamos, Claire, no puedes soltar eso y luego callarte —protestó Marc.

—Pues sí puedo —respondió ella cruzándose de brazos.

—¿Pero ha dicho algo bueno al menos? —preguntó Pierre inclinándose más hacia ella.

—No pienso decir nada —contestó Claire con una sonrisa misteriosa.

—Esto es demasiado bueno —se burló Marc secándose una lágrima de risa—. Lucas, eres un personaje de tu propia novela y ni lo sabías.

Empezaba a sentirme incómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación. Me removí en mi asiento y traté de desviar la atención.

—Bueno, cambiando de tema… —intenté decir.

—Oye, Lucas, ¿y por qué no intentas conocerla un poco mejor? Digo, ya que vais a vivir juntos, a lo mejor surge algo, quién sabe...

—Marc, ni de coña —respondí, cortante.

El tono fue más seco de lo que pretendía y Marc perdió la sonrisa al instante. Me miró serio, soltó un suspiro y negó despacio con la cabeza.

—Lucas, en algún momento tendrás que superar lo que pasó. Vale, te pusieron los cuernos y lo pasaste fatal. Lo sé, fue una

putada enorme. Pero han pasado cuatro años ya, tío. ¿Hasta cuándo vas a seguir cerrándote así?

La mesa se quedó completamente callada. Pierre empezó a mover su vaso distraídamente, intentando fingir que no estaba oyendo nada, mientras Claire clavaba en Marc una mirada cargada de reproche. Marc enseguida captó que se había pasado.

—Joder, lo siento —dijo rápidamente, pasándose una mano por el pelo—. No quería soltarlo así.

No respondí de inmediato. Había pasado mucho tiempo, no era el tema lo que me dolía, era la forma en la que lo había sacado. Me apoyé en el respaldo de la silla y solté el aire lentamente, sin mirarlo.

—No pasa nada —dije al final.

Claire, viendo la tensión en el aire, intervino con rapidez.

—Bueno, basta de dramas —dijo con una sonrisa forzada—. Vamos a pedir otra ronda… y esta vez, Lucas, pídete otra cosa. Ya basta de parecer el abuelo del grupo.

Marc soltó una risa tensa y Pierre, aliviado por el cambio de tema, levantó la mano para llamar al camarero. Claire me dirigió una mirada rápida, como si intentara medir cuánto me había afectado el comentario de Marc, pero no dijo nada más.

Mientras ellos pedían otra ronda y la conversación se desviaba a anécdotas del pasado, yo me quedé en mi propio pensamiento. Sabía que podía reírme con ellos, que podía hablar de cualquier otra cosa y fingir que lo que había dicho Marc no me afectaba, pero la verdad era que sus palabras seguían resonando en mi cabeza.

11

Sofía

Si había algo peor que aguantar a los típicos niñatos, era tener que escribir un parte disciplinario porque la habían liado gorda. Ni siquiera el hecho de que fuera viernes servía de consuelo.

Como si no tuviera suficiente con esto, mi mañana ya había empezado torcida desde casa. Lucas, con su don natural para fastidiarme en los peores momentos, había decidido que mi desayuno era una basura y que tenía que hacérmelo saber. No es que yo no supiera que mi bollo de crema era bollería industrial, claro que lo sabía. Era exactamente lo que era y me gustaba igual. Pero no, él tenía que mirarlo con desprecio y soltar su comentario innecesario, como si su dieta fuera la cúspide de la sofisticación culinaria. ¿Qué más daba que fuera industrial? Por la mañana no estaba para debates gastronómicos, lo único que quería era azúcar y mi café. Punto. Y desde luego, lo último que necesitaba era empezar el día escuchando a Lucas criticar mi bollo como si fuera una ofensa personal.

Suspiré y me obligué a centrarme en la pantalla. La sala de

profesores estaba tranquila, con el sonido de teclados, hojas pasando y el leve murmullo de algunas conversaciones. Claire estaba sentada un par de mesas más allá, sumergida en su portátil, probablemente preparando algo para sus clases. ¿Habría tenido una mañana tan horrible como la mía?

***

Cuando llegué a casa, aproveché el silencio para corregir algunos ejercicios, poner una lavadora y darme una ducha rápida. Me gustaba esa sensación de control sobre mi tiempo, de tachar cosas de mi lista mental.

Cuando Lucas llegó, yo ya estaba en la cocina, en mi pequeño ritual de la noche: recoger un poco, preparar algo rápido para cenar y, con suerte, tener un rato de paz antes de dormir.

Me incliné para sacar un plato del lavavajillas y fruncí el ceño al ver que los cubiertos seguían sucios. Algunos tenían restos de comida pegados, como si no hubieran pasado por un ciclo de lavado completo.

—Lucas, no los has enjuagado bien antes de meterlos —comenté sosteniendo un tenedor con evidentes rastros de comida seca.

Él, que estaba removiendo algo en la sartén, ni siquiera se giró.

—¿Y?

Rodé los ojos, sintiendo el primer atisbo de irritación.

—¿Cómo que "y"? Está sucio. No tiene sentido meter algo al lavavajillas si sigue con comida pegada.

Lucas suspiró, con ese tono de fastidio que me sacaba de quicio, como si tuviera que explicarme algo obvio.

—Para eso está el lavavajillas, Sofía. Su función es lavar, ¿sabes?

Cerré los ojos por un segundo, respiré hondo y volví a abrirlos.

—Sí, Lucas, gracias por la clase de tecnología básica, pero si los metes así de sucios, no quedan bien.

—Pues pon el programa más fuerte —replicó encogiéndose de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo.

Me quedé mirándolo, incrédula.

—¿En serio prefieres gastar más agua y luz en vez de enjuagar los cubiertos antes?

Lucas finalmente se giró y apoyó la espátula en el borde de la sartén, con esa expresión de "estoy teniendo paciencia contigo" que solo lograba irritarme más.

—En serio prefiero no hacer pasos innecesarios. El lavavajillas está para algo.

Sentí cómo la irritación subía por mi pecho como una ola.

—No es un paso innecesario si te ahorras tener que volver a lavarlos a mano después.

—Ah, claro. Pero fregar los cubiertos antes sí que es eficiente, ¿no? —respondió cruzándose de brazos.

Solté el aire con fuerza.

—¡No es lo mismo, Lucas! —exclamé—. Solo tienes que pasarlos bajo el agua antes de meterlos, no es tan difícil.

Él negó con la cabeza, como si yo estuviera diciendo algo absurdo.

—No voy a hacer doble trabajo solo porque el lavavajillas no te deja los cubiertos con brillo de anuncio. Si tanto te molesta, lávalos tú como quieras y ya.

Abrí la boca, dispuesta a contestar, pero lo cerré de golpe. Me conocía lo suficiente para saber que, si seguía, la discusión se haría más grande de lo necesario. Así que, con los dientes apretados, me limité a soltar los cubiertos en el fregadero con más fuerza de la necesaria.

Lucas se giró sin más y siguió removiendo la cena en la sartén como si nada. Como si yo fuera la que estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua.

Me quedé un momento allí, viendo cómo el vapor subía de la sartén y cómo él seguía cocinando con su expresión de absoluta indiferencia. Me sacaba de quicio cuando hacía eso, cuando se negaba a admitir que, quizá, podía estar equivocado. Y lo peor es que en su cabeza, él realmente creía que tenía razón. No se trataba de la eficiencia del lavavajillas ni del consumo de agua, se trataba de que no podía soportar que le dijeran que había hecho algo mal.

—¿Y qué? ¿No vas a decir nada más? —pregunté finalmente cruzándome de brazos.

Lucas ni siquiera levantó la vista de la sartén.

—No veo qué más hay que decir.

Me mordí la lengua. Si le soltaba todo lo que estaba pensando, acabaríamos gritándonos. Y eso era lo último que quería después de un día tan largo.

—Eres imposible —solté al final dándome la vuelta para salir de la cocina.

—Igual que tú —respondió él con calma, como si estuviera comentando el clima.

Cerré los ojos por un segundo, respiré hondo y salí del salón sin mirar atrás. No quería que esto se convirtiera en una pelea más grande de lo que ya era, pero sabía que la tensión se quedaría flotando en el aire. Como siempre ocurría con Lucas, nada se resolvía de inmediato. Las discusiones no terminaban con un "lo siento", sino con un silencio tenso.

Me encerré en mi habitación y me senté en la cama, sintiendo la rabia hervir en mi pecho. ¿Por qué siempre tenía que ser así? ¿Por qué no podía, por una vez, simplemente decir: *"sí, tienes razón, la*

próxima vez los enjuago"? Pero no, con Lucas nada era tan fácil. Y eso, empezaba a cansarme más de lo que quería admitir.

12

Sofía

Estaba sentada en la mesa del salón, rodeada de hojas escritas con correcciones en rojo. La pila de redacciones que había mandado a mis alumnos se reducía lentamente. Algunas me sorprendían; otras me hacían cuestionar cómo era posible que alguien hubiera llegado hasta este nivel con algunos errores.

Seguí corrigiendo, pero el sonido de la puerta abriéndose con brusquedad me sacó de mi concentración. Levanté la vista justo a tiempo para ver a Lucas cruzar el salón con paso firme y expresión tensa. Sin siquiera mirarme, dejó las llaves sobre la mesa con un golpe mientras parecía que murmuraba algo entre dientes mientras caminaba directamente a su habitación.

Fruncí el ceño. Tenía días en los que era especialmente intratable, pero aquello había sido raro incluso para él, así que me levanté con curiosidad.

No tenía intención de espiarlo, pero su entrada tan repentina y su actitud me dejaron intrigada. Caminé hasta su puerta entreabierta y, sin hacer ruido, asomé la cabeza. Lo vi sentado en la

cama con el portátil sobre las piernas, los dedos tecleando a una velocidad frenética. Su rostro estaba tenso y, de vez en cuando, se llevaba la mano al cuello con gesto frustrado.

—No… eso tampoco tiene sentido —murmuró de pronto borrando algo con furia.

No pude evitar intervenir.

—¿A qué tantas prisas? —pregunté desde la puerta.

Lucas levantó la mirada, su expresión se endureció de inmediato y se levantó de la cama de golpe.

—Voy a ducharme —soltó con aspereza antes de salir de la habitación sin siquiera mirarme.

Me quedé allí, perpleja. Vale, Lucas tenía sus días en los que parecía competir por el premio al ser humano más borde del mundo, pero aquello había sido demasiado. Algo le pasaba.

Iba a volver al salón, pero antes de girarme me di cuenta que se había dejado el portátil encendido, no soportaba ver cómo la gente se dejaba las cosas abiertas y se iba tan tranquilamente, si no lo estas usando, al menos ciérralo para que no pierda batería.

Me acerqué a la cama para cerrarlo, pero antes de hacerlo me fijé sin querer en lo que había en la pantalla, no quería husmear, pero empecé a leer sin pensar.

"El salón del alcalde olía a sudor disfrazado de colonia barata. Las lámparas de queroseno parpadeaban como si también quisieran marcharse, y los músicos intentaban mantener el ritmo entre brindis forzados y risas demasiado altas. Me apoyé en una columna junto a la terraza, con una copa en la mano y el sombrero colgando del brazo. No me gustaba estar allí. Había demasiada gente, demasiados ojos, demasiadas posibilidades de que alguien dijera algo que me obligara a improvisar una respuesta que aún no tenía ensayada.

Y entonces, la vi".

Mi corazón dio un vuelco. Alain. No podía ser. Seguí leyendo, con el pulso acelerado. Mis manos temblaron ligeramente sobre el teclado.

Era imposible. Pero… ¿Y si no lo era?

Reconocí la narración, el estilo. Era exactamente la misma manera en la que estaban escritas las novelas que había leído durante años. Mi estómago se encogió. *No puede ser*, me dije. Pero todo encajaba.

Sentía que el corazón me iba a explotar, mi cabeza no paraba de pensar a toda velocidad, posiblemente el autor que más había leído durante los últimos años, el que me había acompañado en la carrera, ahora vivía conmigo y era un gilipollas.

Me quedé en shock durante un momento, quizás por eso no reaccioné cuando escuché el sonido de la puerta abriéndose.

Lucas estaba en el umbral, con el pelo todavía húmedo y una toalla atada a la cintura. Me miró con incredulidad primero… y poco a poco entendiendo la situación, mirando el portátil abierto, empezó a caminar hacia mí con furia, mientras yo me moría de vergüenza.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

La toalla apenas sostenida en sus caderas dejaba ver la línea de su torso marcándose sutilmente antes de perderse bajo la tela. Su cabello oscuro, aún empapado, caía en mechones desordenados sobre su frente, y por un instante, me quedé hipnotizada por cómo una gota de agua descendía por la curva de su cuello hasta perderse en su clavícula.

Tragué saliva.

Mi mente gritó "*muévete, di algo"*, pero mi cuerpo no reaccionó. Solo lo miré, completamente paralizada.

Lucas no desvió la mirada. Su pecho subía y bajaba con cada respiración, el gesto de su mandíbula tenso, su mirada ardiendo de

rabia contenida. Yo seguía sin decir nada.

—Sofía —gruñó con el tono bajo y grave de alguien que está conteniendo una explosión—. ¿Qué. Estás. Haciendo?

Sacudí la cabeza, como si con eso pudiera recomponerme. Abrí la boca de nuevo, pero lo único que salió fue:

—Tú… tú eres Henri.

Lucas parpadeó una vez. Su expresión cambió apenas un milímetro, pero no respondió. No lo negó. Lo confirmé en el instante en que su cuerpo se tensó todavía más.

—Lucas… —Mi voz fue un susurro. Finalmente, encontré la fuerza para apartar la mirada de su cuerpo y enfocarme en su rostro —. Perdón, yo no…

Él soltó una risa seca, sin humor, se acercó al portátil y lo cerró de golpe con un ruido fuerte dejando su antebrazo delante de mí, con una mirada que me dejó indefensa.

—¿Esto es en serio? —bufó—. Estás sentada, con mi portátil abierto, leyendo mis cosas. ¿Qué te parecería si lo hiciera yo contigo? ¡Joder!

La culpa me golpeó como una piedra. Bajé la mirada y me encontré de golpe con sus abdominales "*¿De verdad tenía que estar tan bueno en ese momento?"*

— Lo siento, te prometo que no es lo que parece, además ahora mismo no sé qué decir, llevo años leyendo tus historias —dije en voz baja—. Tus palabras me ayudaron a mejorar mi francés y…

Lucas no respondió enseguida. Solo me miró, con los labios presionados en una línea dura, como si no supiera qué hacer con lo que acababa de decirle. Durante un instante, pareció debatirse entre mantener su enfado o dejarlo ir. Finalmente, suspiró.

—No me gusta que me lean cuando aún no he terminado — murmuró sin mirarme directamente.

Su expresión cambió sutilmente. La dureza de sus ojos se suavizó, la tensión de sus hombros pareció aflojarse apenas un instante. Algo en su mirada perdió ese filo cortante y se tornó más cálido, más humano. Un golpe de aire caliente recorrió mi cuerpo cuando me di cuenta de que ahora me miraba de una forma diferente.

El calor me subió al rostro de golpe. "*Dios, Sofía, no ahora"*. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, torpe y desesperado por salir de allí antes de hacer el ridículo. Intenté moverme con naturalidad, pero lo único que conseguí fue tropezar ligeramente con la esquina de la cama. Lucas arqueó una ceja, sin apartar la vista de mí.

—Bueno… yo… ya me voy —solté atropelladamente dando un paso hacia la puerta, sin saber bien a dónde dirigir la mirada.

Lucas ladeó un poco la cabeza, observándome en silencio, con esa expresión imposible de descifrar que solo hacía que me pusiera más nerviosa. Sentí que mis propios movimientos eran extraños, como si no supiera cómo funcionaban mis piernas de repente.

—Espera Sofía —murmuró cuando ya casi estaba en el pasillo.

Me detuve, pero no me giré. No confiaba en mi capacidad para reaccionar con normalidad si lo hacía.

—No vuelvas a leer mis cosas sin permiso —dijo, esta vez con un tono más bajo, sin rastros de la furia inicial.

Asentí con rapidez, aunque mi respiración aún estaba alterada.

—No lo haré —murmuré, y salí de la habitación lo más rápido que pude, sintiendo el corazón desbocado en el pecho.

Una vez fuera, apoyé la espalda contra la pared y exhalé lentamente. Cerré los ojos un instante, tratando de controlar la sensación de calor que todavía me recorría. "*¿Qué acaba de pasar?"*

***

La tensión aún flotaba en el ambiente. Después de lo ocurrido en su habitación, Lucas y yo apenas habíamos intercambiado palabras. Él se encerró en su cuarto tras vestirse, y yo me refugié en el sofá fingiendo que estaba ocupada con mi teléfono, cuando en realidad no hacía más que repasar lo sucedido una y otra vez.

Era la hora de cenar y, por inercia, ambos terminamos en la cocina. Lucas abrió la nevera con un gesto distraído, mientras yo me apoyaba contra la encimera, fingiendo interés en la caja de pasta que tenía entre las manos. Cada movimiento entre nosotros parecía demasiado calculado, como si nos midiéramos mutuamente, evitando tropezarnos más de lo necesario.

—Voy a hacer algo rápido —dijo él sin mirarme.

—Bien —respondí con el mismo tono neutro.

Era extraño. Normalmente, aunque Lucas fuera un gruñón de primera, siempre había algún tipo de comentario mordaz, algún roce de nuestra convivencia que lo empujara a refunfuñar. Pero hoy no. Hoy la incomodidad era evidente, y eso solo hacía que mi propia inquietud creciera.

Finalmente, solté un suspiro y me apoyé en la encimera con los brazos cruzados.

—Mira, siento haber revisado tu portátil sin permiso —solté de una vez, mirándolo directamente.

Lucas se quedó quieto un instante antes de cerrar la tapa de la cacerola donde había empezado a calentar la comida. Apoyó ambas manos en el borde del mueble y asintió lentamente.

—Vale —dijo simplemente.

"¿En serio?, ¿eso es todo lo que vas a decir?" pensé.

—Vale —repetí esperando que eso cerrara la conversación, pero había algo en su expresión que me hizo fruncir el ceño.

Él me miró de reojo antes de suspirar y girarse hacia mí.

—¿Cómo lo descubriste tan rápido? —preguntó con genuina curiosidad.

Me encogí de hombros.

—Alain y Laure. En cuanto vi esos nombres, lo supe. He leído todas las historias de Henri, Lucas. Y aunque voy atrasada, la última no es una excepción.

Lucas se pasó una mano por la nuca, desviando la mirada un segundo, antes de asentir.

—Bueno… supongo que no soy tan difícil de identificar.

—Lo eres —dije con una pequeña sonrisa—. Solo que yo llevo demasiado tiempo leyéndote como para no darme cuenta.

Dejó escapar una leve sonrisa por la nariz y, por primera vez en toda la noche, la tensión pareció aflojarse un poco.

—De todas formas, lamento si fui demasiado borde cuando llegué —dijo de repente, con ese tono de voz bajo y seco que usaba cuando le costaba admitir algo—. Creía que había encontrado un hilo por donde tirar, pero al final no salió nada.

—¿Bloqueo de escritor? —pregunté ladeando la cabeza.

—Algo así —murmuró revolviendo distraídamente la cacerola—. Últimamente me está costando seguir la historia.

Lo observé en silencio un momento antes de apoyar los codos en la mesa.

—Si quieres, puedo ayudarte en lo que pueda —ofrecí sin pensarlo demasiado.

Lucas me miró con una ceja levantada, escéptico.

—¿Tú? ¿Ayudarme a escribir?

—Te recuerdo que soy profesora de literatura y una lectora que podría darte una perspectiva diferente—repliqué ofendida de que ni siquiera lo considerara.

—De español —puntualizó con una sonrisa ladina que me dieron

ganas de borrarle de un manotazo.

Rodé los ojos.

—Da igual. Si necesitas ideas o simplemente que alguien lea lo que escribes sin tocar tu portátil a escondidas, estoy aquí.

Lucas pareció pensárselo un segundo, pero finalmente se encogió de hombros.

—No prometo nada.

—Ni yo —respondí con una sonrisa.

El ambiente volvió a sentirse más ligero, como si finalmente hubiéramos cruzado la línea invisible que se había impuesto entre nosotros desde la tarde. Lucas sacó los platos y los colocó en la mesa mientras yo servía la comida. Nos sentamos como siempre, y poco a poco, la conversación volvió a deslizarse como todas las noches con la televisión de fondo.

En un momento, me lanzó una mirada de soslayo mientras jugaba con el tenedor entre los dedos.

—Por cierto… Estabas como un tomate cuando te pillé en mi habitación —comentó con una media sonrisa—. ¿Fue por vergüenza o porque no podías apartar la vista de mí?

Abrí la boca y la cerré, sin poder evitar que me subiera el color de nuevo. Le lancé una mirada asesina antes de responder con toda la dignidad que me quedaba.

—Definitivamente por la vergüenza de que me descubrieran cotilleando tu portátil. No te emociones.

Lucas se rio suavemente mientras tomaba un bocado de comida.

—Si tú lo dices.

—Lo digo —afirmé cruzándome de brazos.

Él soltó una pequeña risa y negó con la cabeza, como si se divirtiera viéndome perder la compostura.

—Entonces no te importará que cene sin camiseta mañana, ¿no?

—provocó dándole un sorbo a su vaso con falsa inocencia.

Lo fulminé con la mirada mientras él la mantenía desafiante.

Nos quedamos un rato más en la mesa después de cenar. Quizá las cosas entre nosotros no eran tan complicadas después de todo.

13

Lucas

Eché un vistazo a los números del libro de cuentas. No era un desastre, pero tampoco un día brillante. Las ventas seguían siendo irregulares, pero gracias a lo que estaba ahorrando compartiendo piso, conseguiría no pedir un préstamo muy grande para llegar a lo que le prometí a Adrien.

Me había acostumbrado al nuevo piso más rápido de lo que pensaba. Ya era noviembre y la convivencia con Sofía había cambiado. Desde que descubrió que escribía, todo se había vuelto extrañamente fácil. Al principio me incomodaba la idea de que pudiera verme escribiendo, pero con el tiempo dejé de preocuparme. Nunca intentó meter las narices donde no debía, y me dejaba mi espacio.

Suspiré y cerré el libro de cuentas, estirando los brazos. Ya casi había terminado cuando el sonido de la campanilla de la puerta me sacó de mi concentración.

—Estamos cerrando —dije sin levantar la vista.

No esperaba respuesta, pero la voz que escuché hizo que todo

mi cuerpo se tensara.

—Sigue igual que siempre, ¿eh?

Levanté la mirada y ahí estaba Adrien, de pie en la entrada, recorriendo la librería con la vista como si estuviera evaluándola.

Sentí un nudo en el estómago; ese mismo que se me hacía cada vez que tenía que hablar con él.

—¿Qué quieres? —solté sin molestarme en ocultar mi hostilidad.

Adrien tardó un par de segundos en mirarme directamente. Cuando lo hizo, llevaba esa expresión neutra que siempre me había sacado de quicio. Vestía con el mismo cuidado de siempre: un abrigo negro caro, zapatos de vestir impecables, todo en su sitio, como si cada detalle hubiera sido cuidadosamente planeado; así era él. Caminó lentamente por la tienda, pasando los dedos por el lomo de algunos libros, como si estuviera recordando algo. No parecía condescendiente, pero tampoco particularmente emocionado.

—Solo quería ver el sitio —respondió encogiéndose de hombros —. Quería recordar cuánto espacio había aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Espacio para qué? —pregunté, aunque una sospecha desagradable ya se había formado en mi cabeza.

Adrien dejó escapar un suspiro y se metió las manos en los bolsillos.

—Ya sabes que estoy considerando qué hacer con el local cuando finalice el contrato —dijo con una calma que solo hizo que me hirviera más la sangre.

Sabía que en algún momento esta conversación iba a llegar, pero no esperaba que fuera así, con la tranquilidad de quien habla sobre el clima. Como si este lugar no significara nada. Adrien nunca ha entendido eso. Para él, todo es cuestión de lógica, de eficiencia. Para mí, esto es mi hogar, y lo defenderé hasta el final.

—Así que has venido a medir lo que vas a destruir —solté.

Adrien me sostuvo la mirada. No parecía sorprendido por mi reacción, pero tampoco intentó suavizar la tensión.

—No lo veas así, Lucas. No es personal.

Me reí, pero sin rastro de humor.

—Para ti nunca lo es.

—No se trata de destruir nada —dijo cruzándose de brazos—. Se trata de hacer algo que funcione.

Chasqueé la lengua, fastidiado.

—¿Funcione para quién? —pregunté con ironía.

Adrien volvió a recorrer la librería con la mirada y negó levemente con la cabeza, como si hablara más para sí mismo que para mí.

—Para todos, Lucas. Para ti, para mí, para la gente que todavía entra aquí. Crees que sostener esto como está es suficiente, pero el mundo ha cambiado.

—No necesito una lección de negocios, Adrien. Sé lo que hago.

Él suspiró, miró su reloj y luego me miró, como si tuviera algo más que decir, pero decidiera guardárselo.

—Desde luego que la necesitas, pero ya es demasiado tarde. Mientras tu estés aquí esto no va a cambiar.

—No necesita cambiar ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Todo cambia, Lucas, que tú sigas viviendo en el pasado no significa que el resto tengamos que hacerlo. —Se llevó la mano a la frente antes de continuar con una mirada pesada—. Por eso serás igual que padre y por eso tengo que encargarme yo de todo.

Preferiría que me hubiera dado un golpe en el estómago, a escuchar esas palabras. No me contuve, me acerqué y le cogí del cuello el abrigo.

—Yo no soy como él —dije con toda la rabia del mundo.

Adrien se revolvió, me pilló desprevenido y se soltó de mi agarre empujándome hacia atrás.

—¿Estás seguro? —preguntó perdiendo los nervios—. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te destruyas como él, hasta que abandones esta librería como lo hizo él cuando murió el abuelo? Quizás no sea por culpa del alcohol, pero te abandonarás a ti mismo y a todo lo que te rodea, no sois capaces de superar el pasado.

La ira me desbordaba.

—Cómo digas una palabra más te juro que te…

La campana de la tienda sonó con la entrada de un repartidor evitando que llegáramos a las manos. Nos quedamos en silencio unos segundos, midiéndonos mutuamente. Finalmente, Adrien dio un paso atrás y se giró hacia la puerta.

—Nos vemos, Lucas.

Y salió sin esperar respuesta.

***

Cuando llegué al piso, me encontré con Sofía en el salón, con su portátil y una pila de papeles a su lado, completamente absorta en su trabajo. Me dejé caer en mi rincón del sofá con el portátil en las piernas, dispuesto a escribir algo, cualquier cosa para distraerme de la rabia que todavía me latía en el pecho.

El sonido de su lápiz deslizándose por el papel y el leve tecleo de su portátil se mezclaban con el murmullo lejano del tráfico nocturno fuera. Normalmente, habría ignorado todo y me habría sumergido en lo mío, pero por alguna razón, mi vista se desvió hacia ella.

Llevaba puestos unos pendientes pequeños, apenas visibles entre los mechones de su pelo suelto, pero cuando giraba ligeramente la cabeza, brillaban ligeramente. Nunca me había fijado

en ellos. Ni en el lunar que tenía justo debajo de la oreja, tan discreto que solo se veía cuando se inclinaba hacia un lado. Mientras leía, jugaba distraídamente con uno de los anillos que llevaba en la mano derecha, girándolo entre sus dedos, deslizándolo hasta la punta y volviéndolo a su sitio sin pensarlo, como si fuera un gesto mecánico.

No sabía cómo explicarlo, pero la encontré… guapa. No de esa manera llamativa y evidente, sino de una forma sutil, como algo que descubres por accidente y de repente no puedes dejar de notar. La luz tenue del salón acentuaba las sombras en su rostro, y por un momento, me pregunté cuántas veces la había mirado, sin realmente verla.

Mis dedos se detuvieron sobre el teclado. No me gustaba esto. No me gustaba la sensación de descubrir algo que no estaba buscando. Intenté apartar la vista, volver a mi historia, pero ya no podía ignorarlo.

Entonces, Sofía se estiró en su silla, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Por fin —dijo cerrando su portátil y girando la cabeza hacia mí.

Sus ojos se encontraron con los míos y tardé un segundo más de lo normal en reaccionar, como si me hubieran atrapado haciendo algo que no debía. Me obligué a apartar la vista, a carraspear y teclear algo, lo que fuera, para disimular, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Terminaste de corregir? —pregunté sin levantar la mirada.

—Sí —respondió, con un tono relajado—. ¿Y tú? ¿Has avanzado en algo o te has dedicado a mirarme como un psicópata?

Solté una risa seca y negué con la cabeza.

—Solo intentaba entender cómo alguien puede hacer tantas muecas mientras lee.

—Es un talento innato —bromeó apoyando el codo en la mesa y sosteniendo la cabeza con la mano—. Además, dudo que mis muecas sean peores que tus caras de frustración.

Rodé los ojos y volví a la pantalla, agradeciendo que la conversación volviera a lo de siempre. A lo cómodo. A lo que no me hacía pensar en lunares escondidos o en cómo se veía cuando estaba concentrada.

—Dios, qué tarde es —murmuró apoyando la espalda en el respaldo del sofá—. Me vendría bien relajarme un rato. Ojalá pudiera vivir como en esas películas donde la gente se mete a una piscina y se olvida del mundo.

—Puedes hacerlo —dije sin pensar y sin apartar la vista de la pantalla.

—Ja. No. No sé nadar —soltó con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

Mi cabeza se levantó de golpe.

—¿Cómo que no sabes nadar?

—Pues eso, que no sé nadar. Nunca aprendí —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo has sobrevivido hasta ahora? —pregunté, con una mezcla de incredulidad y burla.

—Evitando situaciones donde pueda ahogarme, ¿tú qué crees? —contestó con sarcasmo, pero con una sonrisa divertida.

La imagen de Sofía hundiéndose en el agua me pareció tan absurda como inquietante. No la imaginaba fuera de control en ninguna situación.

—Tienes que aprender. Es básico —insistí.

—¿Por qué? ¿Por si algún día me caigo de un barco en alta mar? No te preocupes no va a suceder —ironizó levantando una ceja.

—Por ejemplo, o si una mafia albanokosovar te secuestra y te

tira al mar —contesté sonriendo.

—En ese caso creo que nadar sería el menor de mis problemas. Pero vale…¿Qué harías si te dijera que sí?

Que *no* haría contigo sería la pregunta, pensé para mis adentros mientras sentía la distancia entre el sofá y el sillón.

—Para empezar, habría que enseñarte a flotar.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—Ah, ¿sí?

Respiré hondo.

—Oye que yo fui socorrista en su momento.

Hubo un segundo de silencio, y luego su risa estalló con tanta fuerza que tuve que reírme yo también.

—¿Tú? ¿Socorrista? —preguntó, con la voz entre carcajadas—. ¡No te imagino con silbato y bañador rojo!

—Lo llevaba con mucha dignidad —respondí, con seriedad fingida—. Podría enseñarte fotos, pero no estoy seguro de que estés preparada.

—Seguro que solo te contrataban para espantar palomas de la piscina —dijo encogiéndose de hombros.

—Y para salvar vidas, gracias. No subestimes mi historial.

Ella apoyó un codo en el respaldo del sofá, inclinándose hacia mí, con una media sonrisa que consiguió desarmarme

—A ver, héroe, dime… ¿Alguna vez salvaste a alguien de verdad?

—Un par de veces —contesté levantando la barbilla como si fuera un mérito de guerra—. Pero si fueras tú, me haría el tonto, no te preocupes.

Ella chasqueó la lengua, divertida.

—Mejor. Me imagino la escena: tú intentando cargar conmigo y los dos hundiéndonos como piedras.

—Exagerada. Tengo mucha técnica con las manos.

—Ajá. Técnica —repitió con un brillo pícaro en los ojos—. Entonces, cuando me enseñes, prometo hundirme solo para ver cómo te las apañas.

—No me retes —advertí, aunque con una sonrisa.

—Y te aviso —añadió ella, juguetona—. Si acabamos los dos en el fondo de la piscina, te echaré la culpa.

—Perfecto —respondí—. Así al menos moriremos discutiendo.

Sofía se rió otra vez, pero esta vez bajó la mirada, miró la hora en su móvil y sonrió a la pantalla.

—Voy a mi habitación, he quedado para hablar un rato —anunció mientras recogía sus cosas.

Asentí sin mucho interés y volví a mirar mi portátil, pero mis dedos no se movieron sobre el teclado. No lograba concentrarme. Suspiré con fastidio, necesitaba descansar y pensar para aclarar mis pensamientos.

Cuando iba por el pasillo, escuché su risa desde el otro lado de la puerta, ligera y natural, seguida de unas palabras en español que no llegué a entender. Sonaba relajada, divertida.

Fruncí el ceño. Nunca me había parado a pensar en ello, pero… ¿tendría novio? Tal vez estaba hablando con él. Podría tener a alguien en España. De hecho, era bastante probable. No era que nos hubiéramos contado demasiados detalles personales sobre nuestras vidas. Ella nunca mencionó a nadie, pero tampoco tenía porqué hacerlo.

Me tumbé en la cama y me quedé con los ojos cerrados más de la cuenta, esperando que se fuera esa incomodidad que no había pedido. Al final, sacudí la cabeza, diciéndome que no tenía sentido darle vueltas. Ella podía estar hablando con quien quisiera.

Si no podía concentrarme en escribir, al menos podría aprovechar para pensar en la historia. Alain y Laure… La última

escena que había escrito no me llevaba a ninguna parte. Todo se sentía forzado. Intenté visualizar a Alain en una situación distinta, quizás en un momento de vulnerabilidad que no había explorado antes. Pero la imagen que vino a mi cabeza no fue la de Alain, sino otra vez Sofía.

Chasqueé la lengua, molesto conmigo mismo. ¿En serio? Necesitaba un giro en la historia y mi mente solo sabía desviarse en la dirección equivocada. Mañana, con suerte, mi cabeza volvería a estar en su sitio.

14

Lucas

Tenía un enfado encima que me hervía por dentro. No era algo puntual, era todo. Todo junto. Como si cada pequeña mierda de los últimos días se hubiera puesto de acuerdo para tocarme las narices a la vez.

Para empezar, la novela no avanzaba. Alain, se había quedado congelado en una escena que ya había reescrito tres veces y que, sin embargo, seguía sintiéndose vacía. No tenía alma, no tenía emoción. Como si estuviera escribiendo por inercia, sin saber realmente hacia dónde quería ir.

Luego estaba lo de Sofía. Cada vez que intento quedarme en silencio aparece ella, metiéndose en mis pensamientos como una obsesión que no controlo. Intento escribir y lo único que me viene es su risa, el gesto distraído con el que se recoge el pelo, el roce accidental de su rodilla contra la mía que aún me quema en la piel.

Entré al piso con el ceño fruncido, sintiendo aún el nudo en el pecho. Cerré la puerta con un golpe seco y me quedé un instante en la entrada, resoplando. No vi a Sofía en el salón. La puerta cerrada

indicaba que estaba en su habitación. Mejor. No tenía ganas de hablar. No tenía ganas de nada, salvo desaparecer un rato en la ducha y dejar que el agua caliente se llevara todo el peso que sentía en el pecho.

Me pasé una mano por el cuello y me dirigí al baño. Abrí la puerta sin pensar, con la mente en otra parte. Y entonces la vi.

Sofía.

El vapor del baño la envolvía como un maldito escenario de película. Su pelo rubio, empapado, pegado a su cuello y su frente en mechones desordenados. Algunas hebras caían sobre su cara, adhiriéndose a sus mejillas enrojecidas por el calor. Su piel mojada brillaba con la luz del baño y su respiración era rápida, mientras su pecho subía y bajaba bajo la toalla que sostenía contra su cuerpo, como si en cualquier momento pudiera resbalar.

Su clavícula relucía con las gotas que resbalaban por su piel, perdiéndose en la tela.

Me quedé clavado en el sitio, sin poder apartar la mirada.

"Aparta la vista, Lucas".

Pero era imposible. Mi cuerpo se tensó al instante. El calor que sentí no tenía nada que ver con el baño ni con el vapor. Era uno que no necesitaba ningún detonante más que ella ahí, mojada, mirándome como si estuviera igual de atrapada que yo.

Entonces abrió los ojos de par en par y, en un movimiento rápido, subió la toalla, apretándola contra su pecho con ambas manos, resaltando la forma de sus pechos por encima. Fue peor. Mucho peor.

—¡Lucas! —exclamó con un jadeo de sorpresa.

Su voz me golpeó como una bofetada, despertándome de golpe. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Di un paso atrás como si me hubieran empujado.

—Joder —murmuré con la voz ronca.

Cerré la puerta de golpe, tan fuerte que retumbó en el marco. Me quedé pegado a ella, con la frente apoyada en la madera y el pulso desbocado. Mi cuerpo ardía, mi mente era un caos de imágenes que no debían estar ahí.

"*¿En qué demonios estás pensando, Lucas? Es tu compañera de piso. No puedes hacer esto".*

—Lo siento—logré decir, aunque mi voz salió más áspera de lo que pretendía y caminé hacia mi habitación. Cerré los ojos, pero la imagen seguía ahí, quemándome la memoria.

Esto iba a ser un problema.

***

Para ser honesto, aquella mañana me desperté con la cabeza hecha un desastre. No tenía resaca, pero se sentía parecido. Una especie de resaca mental, el agotamiento de haber intentado no pensar en algo toda la noche sin éxito. Fingir que no había pasado nada la noche anterior había sido nuestra decisión tácita, pero el problema con fingir es que en algún momento deja de funcionar.

El salón estaba en silencio, roto solo por el sonido de mis dedos golpeando el teclado y la ocasional vuelta de página del libro de Sofía. Ella estaba en su rincón de siempre, con las piernas cruzadas y el ceño ligeramente fruncido. Sabía que me observaba de reojo, aunque intentara disimularlo. Yo, por mi parte, llevaba veinte minutos escribiendo y borrando la misma maldita frase.

—Vas a romper el teclado a este ritmo —comentó sin levantar la vista del libro.

Exhalé con frustración y me pasé la mano por el pelo.

—No sé qué hacer con Alain y Laure —admití.

Ella dejó el libro sobre su regazo y me miró con una media sonrisa.

—¿Otra vez con eso?

Asentí y miré la pantalla.

—Todo se siente forzado y no sé cómo seguir

—¿Te ayudaría que te diera mi opinión? —preguntó con interés.

Suspiré y me encogí de hombros.

—Alain es un idiota encantador —dijo Sofía con una sonrisa ladeada—. Y ese es su problema. Se estrella, pierde, arruina todo lo bueno que podría haber tenido. Es su destino, ¿no? Porque no sabe hacer otra cosa más que sabotearse.

Sofía chasqueó la lengua con desaprobación.

—¿Por qué siempre quieres que tus protagonistas terminen destrozados? —preguntó cruzando los brazos—. Alain tiene algo que engancha, es carismático, atractivo a su manera. ¿Sabes qué me gusta de él? Esa seguridad que parece tener, esa forma en la que juega con el control. Es sexy. Pero también se está saboteando todo el tiempo, y llega un punto en el que cansa verlo caer en la misma espiral. Como lectora, me gustaría ver ganar a un protagonista tuyo alguna vez.

Fruncí el ceño. No esperaba eso.

—¿Sexi? —repetí con cierto escepticismo.

—Sí, Lucas. Sexi. No te hagas el sorprendido —dijo rodando los ojos—. Tiene ese aire de hombre inalcanzable, seguro de sí mismo, pero con un montón de problemas debajo. Eso lo hace atractivo, pero también lo hace frustrante. ¿Por qué nunca lo dejas evolucionar?

Me recosté en el sofá, incómodo con la dirección que estaba tomando la conversación.

—Porque no todo el mundo cambia —respondí al final.

—¿Y quién decide eso? ¿Tú o la historia? —replicó ella mientras se inclinaba hacia adelante apoyando los codos en las rodillas, la blusa se tensó levemente, marcando la curva de su cintura. Me aclaré la garganta, incómodo conmigo mismo, y volví la vista al ordenador, como si de repente lo que tenía en la pantalla fuera lo más interesante del mundo.

Hice una pausa antes de contestar.

—No quiero hacerle blando —murmuré.

—No se trata de hacerlo blando, se trata de hacerlo creíble —negó con la cabeza—. Alain tiene que tener algo más que encanto y autodestrucción. Necesita profundidad, algo que lo haga más que un cliché de hombre atormentado con un destino trágico. Laure también. Siento que de momento solo es o un títere de su padre o un obstáculo para Alain, no un personaje entero, entiendo el siglo en el que están, pero hay que darle más importancia, creo que ella tiene mucho potencial.

Suspiré. No quería admitirlo, pero la señora filóloga tenía algo de razón. Algo no terminaba de encajar en la historia, y Sofía estaba poniendo en palabras lo que llevaba días evitando ver.

—Si tú estuvieras en el lugar de Laure, ¿qué harías con Alain? —pregunté.

Ella sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Pues, a ver, teniendo en cuenta lo último que leí, ahora mismo debería de estar en una encrucijada. Por un lado, debería estar empezando a sentir cosas por Alain y por otro necesita reunir información sobre él para cumplir lo que le ha dicho su padre, así que no tiene sentido que sea ella la que se resista a él. Tiene que tomar el control. Alain por otra parte —hizo una pausa—, tiene que sentir el peligro, creo que tiene sentido que él intente resistirse pero acabe enamorándose de ella —concluyó Sofía con una expresión de

satisfacción. Luego, se cruzó de brazos y me miró con expectativa, como si esperara que de pronto todo tuviera sentido.

Pero no lo hacía.

Solté el aire despacio, mirando la pantalla.

—¿Y qué crees que le falta como personaje a Laure? Porque es verdad que no la veo haciendo lo que dices.

—Lo que creo que ocurre es que no la has construido, la has puesto ahí para que funcione como su reflejo negativo, la que le lleva la contraria, la que desafía su ego. Pero, ¿qué más tiene? ¿Qué quiere, qué siente, qué teme? Ahora mismo, Laure no es más que una figura hecha para frustrar a Alain, pero no tiene vida propia.

Rodé los ojos.

—No es cierto —repliqué—. Laure es independiente, es fuerte, no necesita que nadie la salve.

—No es cuestión de salvarla —resopló Sofía—. Es cuestión de que no parezca un robot. ¿Sabes qué me molesta de tus personajes femeninos? Que están definidos en base a los hombres con los que interactúan. Laure existe porque Alain existe. No tiene una historia propia, un propósito más allá de enfrentarlo.

Apreté la mandíbula.

—No es verdad. Laure tiene su propio conflicto interno, su propio mundo.

—¿Sí? ¿Cuál? —me desafió levantando una ceja.

Abrí la boca, pero no dije nada, mejor dicho, no se me ocurría nada. Sofía sonrió con superioridad y cerró su libro, lista para aplastarme.

—Mira, a mí me gusta Laure, tiene potencial. Es inteligente, es profesional, pero… no hay una sola escena en la que no esté definida en relación con Alain. Todo lo que hace es o para enfrentarlo, o para resistirse a él. Y a ver, entiendo que quieres ese

tipo de tensión, pero si ella es tan fría e inalcanzable, ¿por qué debería importarle al lector? ¿Por qué a mí, Sofía, me debería interesar esta mujer?

—Porque es una mujer que ha aprendido a no confiar en nadie. Porque ha crecido en un ambiente donde la vulnerabilidad se paga caro. Porque no se permite flaquear.

Sofía ladeó la cabeza, como si estuviera evaluando mis palabras.

—Eso está bien —admitió—, pero entonces dale una vida fuera de Alain. Algo que la haga sentir real. ¿Un problema que no tenga nada que ver con él? Porque ahora mismo, es como una sombra que solo existe cuando él la ilumina, por eso creo que tiene que tomar el control, haz que ella tenga la clave de la historia.

Me quedé en silencio, no me gustaba admitir que tenía razón. Sofía me miró con una mezcla de paciencia y desafío.

—Y no es solo Laure —continuó—. Pasa con casi todas tus mujeres. Son frías, calculadoras, inalcanzables. Y sí, entiendo que te gusten los personajes así, pero llega un punto en el que todas parecen la misma. Y lo peor, siempre terminan siendo un instrumento para que el protagonista tenga su crisis existencial. ¿Por qué nunca son ellas las que cambian? ¿Las que tienen su propia evolución?

Bufé y crucé los brazos.

—Porque no todas las historias necesitan que el personaje femenino sea el centro —solté, a la defensiva.

—No se trata de que sea el centro, se trata de que sea algo más que un complemento —dijo ella inclinándose hacia mí—. Laure puede ser tan fuerte e independiente como quieras, pero si al final su único rol es estar ahí para hacer que Alain se enfrente a sí mismo, entonces no es un personaje, es un recurso narrativo. ¿Te imaginas leer una historia donde el protagonista masculino solo

existe para empujar el arco de la protagonista femenina? No te gustaría.

Cerré la boca. Como odiaba que siempre supiera dónde golpear.

—No todo el mundo quiere leer historias sobre personajes perfectos —dije.

—No te estoy pidiendo que sean perfectos. Te estoy pidiendo que sean reales —respondió apoyándose en el respaldo del sofá—. Laure puede ser complicada, puede ser contradictoria, pero si todo su desarrollo sigue orbitando alrededor de Alain, nunca va a ser más que un accesorio de su historia.

—Madre mía, profe, ¿es así con todos sus alumnos? —pregunté con malicia.

—Solamente con los que se portan mal. —Sofía sonrió de lado, cruzándose de brazos con autosuficiencia.

No respondí, pero volví a mirar la pantalla. Las palabras que tenía escritas de repente me parecían vacías. Y lo odiaba. Porque Sofía, con su insistencia, y con la paliza que me había pegado, estaba logrando que dudara. Y lo último que necesitaba ahora era dudar.

Apreté los dientes, dejando caer las manos sobre el teclado. Pero, a pesar de mi frustración, mis dedos empezaron a moverse. A pesar de todo me había dado una idea. Tal vez una escena en la que Alain y Laure finalmente se dijeran las cosas sin filtros. Donde por primera vez dejaran de jugar y mostraran quiénes eran realmente. Tal vez esa fuera la clave.

15

Sofía

Me desperté sin prisas, estirándome perezosamente. Anoche me dormí con una noticia agridulce. Mi madre me dijo que en Navidad se iría de vacaciones con mi padre. Me alegraba por ellos, llevaban mucho tiempo queriendo hacer ese viaje y finalmente lo habían conseguido. Se lo merecían. Pero, por otra parte, eso significaba que no tenía a nadie con quien estar en Navidad.

Siempre me había encantado esta época desde pequeña. Me gustaban las luces en las calles, el olor a canela y a chocolate caliente, los villancicos sonando de fondo en cada tienda. Pero lo que más me gustaba era compartirla en familia. Claro que, en mi caso, mi familia solo la componían mis padres y yo. Nunca habíamos sido una gran reunión de primos o tíos alrededor de una mesa interminable, solo nosotros tres y nuestras pequeñas tradiciones. Y ahora, por primera vez, ellos no estarían.

No sabía qué haría. No quería pensarlo demasiado, pero la idea de pasar esas fechas sola me dejaba una sensación extraña en el pecho, como un hueco frío que no sabía bien cómo llenar.

Entré al baño con el móvil en la mano y el recuerdo de aquel día cruzó mi mente fugazmente. Menudo espectáculo habíamos dado los dos. Sentí calor en las mejillas solo de recordarlo. Dios, qué vergüenza. Abrí Spotify y puse mi *playlist* de La Oreja de Van Gogh. Desde que me fui de la casa de mis padres no ponía música para ducharme, pero pensándolo bien era una buena manera de evitar más sustos como el de ayer.

Sonreí al escuchar los primeros acordes de *Rosas*, y dejé el móvil sobre el lavabo mientras tarareaba la letra. Me miré en el espejo y me recogí el pelo en un moño desordenado antes de abrir el agua. El vapor comenzó a subir y por un momento cerré los ojos, dejando que el calor me envolviera. Esto era justo lo que necesitaba: un rato de calma, de normalidad. De olvidar los ojos verdes de Lucas mirándome con sorpresa antes de girarse de golpe.

Al terminar, pasé a la cocina esperando encontrarme con él, pero estaba vacía. La luz de la mañana entraba por la ventana, iluminando la encimera donde había una bolsa de papel marrón. Me acerqué con curiosidad y, al abrirla, un aroma a mantequilla y masa recién horneada me golpeó de lleno. Dentro había cruasanes dorados, *pain au chocolat* y otras piezas que parecían sacadas directamente de una *boulangerie*. No pude evitar sonreír.

—Esto sí que es una sorpresa —murmuré tomando uno de los cruasanes entre mis dedos.

Justo en ese momento, escuché pasos detrás de mí. Me giré y vi a Lucas entrar en la cocina con el pelo revuelto y la sudadera que llevaba cuando iba a la piscina.

—¿Esto es tuyo? —pregunté levantando el dulce antes de darle un pequeño mordisco. Estaba delicioso, casi suspiré de placer.

Lucas se apoyó en el marco de la puerta, cruzándose de brazos con su expresión habitual de indiferencia.

—Sí. Así al menos pruebas algo bueno de verdad —respondió con su tono seco habitual—. Son de una *boulangerie* que me pilla de camino al volver de la piscina.

—Bueno, puede que tengas algo de razón con el tema de los desayunos —comenté con una sonrisa—. ¿Y a qué se debe el detalle? ¿O solo querías impresionarme con la repostería francesa?

Lucas resopló y caminó hasta la cafetera, sirviéndose una taza con la calma de alguien que no tenía intención de explicarse demasiado rápido. Dio un sorbo y luego, como si la respuesta no tuviera importancia, encogió los hombros.

—Digamos que pensé que ya era hora de que probaras algo decente—dijo finalmente, con media sonrisa escondida tras la taza.

Rodé los ojos y tomé otro bocado del cruasán.

—Siempre tan modesto —bromeé—. No sé si agradecerte o asumir que te molestaban tanto mis desayunos que te has obligado a hacer algo.

Lucas bufó con una ligera sonrisa, pero no dijo nada. En su lugar, se apoyó contra la encimera y bebió más café, observándome con esa expresión que nunca lograba descifrar del todo.

—En realidad, es porque hablamos de la novela ayer; creo que me vino bien.

Lo miré con sorpresa, sin poder evitar que la sonrisa en mis labios se ensanchara.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que esto es un gesto bonito? —pregunté disfrutando de la idea de que Lucas Valjean pudiera tener un detalle.

Él bufó y negó con la cabeza, llevándose el café a los labios antes de responder.

—No exageres. Tampoco es que me hayas ayudado demasiado. Pero ya que me diste tu opinión equivocada sobre todo lo que está

mal en mis personajes, lo mínimo que podía hacer era agradecerte con algo decente de comer.

—Pues en ese caso, espero que sigas escribiendo cosas que pueda criticar. Si me vas a pagar con cruasanes, yo feliz —dije tomando otro bocado con satisfacción.

—Por cierto, nunca te había oído poner música por la mañana, la he escuchado cuando he llegado —comentó mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina.

Me tensé un poco.

—Es algo que solía hacer cuando vivía en España. Me relaja —respondí encogiéndome de hombros.

Lucas asintió lentamente, como si procesara la información.

—Te pega. Algo romántico por la mañana, como si estuvieras en una película —soltó con una media sonrisa burlona.

Rodé los ojos, pero sonreí de todos modos.

—No es música romántica, no toda —aclaré apoyándome en la encimera—. Hoy puse La Oreja de Van Gogh, ¿te suena de algo?

Lucas frunció el ceño, como si estuviera intentando recordarla.

—Ni idea, pero la canción parecía que estaba bien, era como de amor o algo así ¿no?

Negué con la cabeza, sorprendida y divertida a partes iguales.

—Eso parece si solo escuchas el estribillo, pero en realidad es de desamor.

Lucas arqueó una ceja, aún escéptico.

—Vaya. Pensaba que iba de un tipo que le regalaba flores y se querían mucho.

—A mí me parece un poco triste pero me gusta igual.

Lucas me dedicó una de sus sonrisas de suficiencia.

—Te pega totalmente. De todas formas, no es mi estilo.

—Por cierto —dije recordando nuestra primera conversación—,

cuando nos conocimos me hablaste en español.

Lucas levantó la vista y me observó un momento antes de asentir lentamente.

—Sé algo más o menos. Lo tengo muy oxidado. Mi padre era español y cuando éramos pequeños nos enseñó algo a mi hermana y a mí. Pero con los años lo he perdido bastante.

Parpadeé, sorprendida.

—No lo habría imaginado.

—Porque apenas lo uso —dijo con simpleza—. Y porque nunca tuve que hablarlo del todo. Solo entendía lo suficiente para que mi padre no nos regañara en francés y español a la vez.

Reí ante su respuesta, imaginándome la escena.

—Bueno, si quieres practicar, ya sabes. Pero ya te advierto que, si me hablas en español, te haré correcciones —le advertí, sonriendo.

Lucas bufó, pero su sonrisa burlona asomó de nuevo.

—Vale, profe, yo si quieres, te puedo devolver las clases enseñándote a nadar —soltó Lucas de repente como si no tuviera ninguna importancia.

—¿Perdón?

—Que si quieres, te enseño a nadar. No es tan difícil —repitió encogiéndose de hombros, dándole un sorbo a su café.

Me removí en mi sitio, recordando cuando fui a recoger a Iris de la piscina y me lo encontré recién salido del agua. Si el solo hecho de verlo sin camiseta ya me hacía atontarme, no quería saber qué pasaría en la situación de sus brazos sujetándome mientras intentaba mantenerme a flote.

—No hace falta —dije rápidamente—. Simplemente nunca aprendí. No es algo que necesite en mi día a día.

Lucas entrecerró los ojos, analizando mi respuesta como si

intentara encontrar las grietas en mis palabras.

—Ajá. O sea, que lo evitas.

—Lo ignoro —corregí dándole otro bocado al cruasán, esperando que el tema muriera ahí.

—¿Pero por qué? No es algo tan raro. A la mayoría de la gente le gusta nadar.

—Bueno, yo no soy la mayoría de la gente.

Lucas me lanzó una mirada inquisitiva y, antes de que pudiera seguir indagando, decidí contraatacar y cambiar de tema para ser yo la que llevará las riendas de la conversación.

—¿Y qué hay de tu cicatriz? Nunca me has contado cómo te la hiciste —dije señalando su muslo con la barbilla.

Lucas se tensó un segundo, lo suficiente como para que lo notara antes de que recuperara su actitud despreocupada. Pasó la mano por su pierna de manera distraída, como si solo entonces recordara que la cicatriz seguía ahí.

—Un accidente. Nada importante.

—Claro —respondí con una sonrisa ladeada, girando mi anillo entre los dedos—. Nada importante, pero te has puesto nervioso.

Lucas soltó una risa seca y apoyó la taza sobre la encimera.

—No, no, para nada.

—Ah, ¿no? —Levanté una ceja—. ¿Y por qué no me lo cuentas?

—Porque tú no me cuentas porque evitas tanto la natación —respondió encogiéndose de hombros.

Resoplé y crucé los brazos.

—Tal vez porque no es tan importante.

—O tal vez porque lo es demasiado. —Lucas me miró con una media sonrisa mientras se llevaba el dedo índice a la frente—. A ver, si tuviera que adivinar... diría que te pasó algo en el agua cuando eras niña.

Hice una mueca y negué.

—Frío.

—¿Te empujaron a una piscina y casi te ahogas?

—Más frío.

Lucas me observó fijamente, calibrando su siguiente conjetura.

—Vale. No fue una piscina, ¿entonces fue en el mar?

Sentí cómo mis hombros se tensaban levemente y desvié la mirada a mi taza de café, girando el anillo con más rapidez. Lucas lo notó al instante y sonrió con autosuficiencia.

—Ah. Ahí está. Algo te pasó en el mar.

Me sorprendió que lo notara.

—Sigue soñando. No pienso contártelo.

Se encogió de hombros, pero parecía satisfecho con haber sacado algo en claro.

—Bien, pero entonces tampoco te molesta si intento adivinar más cosas, ¿no?

Sonreí, sin poder evitarlo.

—Si yo también puedo intentar averiguar lo de tu cicatriz, entonces trato hecho.

Lucas entrecerró los ojos.

—Adelante. Pero dudo que lo adivines.

Le sostuve la mirada un momento.

—Veamos... accidente suena a excusa vaga. Si fuera algo sin importancia, lo habrías contado sin problema. Así que... fue algo más que una simple caída.

Ladeó la cabeza, como si le divirtiera que estuviera jugando a detective.

—Sigue.

—No creo que sea de algo estúpido, porque si lo fuera, ya me habrías hecho una broma sobre ello. Así que tuvo que ser algo

serio... ¿Fue en un deporte? ¿Un accidente haciendo algo arriesgado?

Lucas giró levemente la taza entre sus manos, pero no respondió.

—Oh —exclamé con una risita—. Fue algo arriesgado. Algo que probablemente no deberías haber hecho.

—Eso es una suposición muy general —respondió ocultando una leve sonrisa tras su café.

—¿Un accidente en moto? ¿Saltaste de algún sitio demasiado alto? ¿O fue una pelea? —pregunté entretenida.

Negó con la cabeza ante mis intentos, pero no se molestó en corregirme.

—Bien, bien, ya veo cómo es esto. —Me crucé de brazos—. No vas a confirmarlo, pero tampoco lo vas a negar. Eres un pésimo jugador de póker, Lucas.

—O tal vez solo disfruto viéndote frustrada —dijo con una sonrisa.

—Oh, qué maduro —repliqué con sarcasmo.

Finalmente, Lucas dejó su taza sobre la encimera y me miró con un brillo de desafío en los ojos.

—Vale, hagamos esto interesante. A partir de ahora, cada uno tiene tres intentos para adivinar lo del otro. El que gane podrá pedirle al otro lo que quiera. Aunque, siendo sinceros, creo que esto no va a durar mucho —añadió Lucas cruzándose de brazos.

—Ah, ¿sí? —Arqueé una ceja—. Qué seguridad la tuya.

—Es cuestión de lógica —dijo dándose aires de detective—. Además, te delataste en cuanto mencioné el mar. No es que lo pongas muy difícil, eres un libro abierto para mí, Sofía.

Me crucé de brazos.

—La hostia que te voy a dar sí que va a ser con la mano abierta.

Lucas soltó una carcajada contagiosa y en ese momento ambos sellamos la promesa.

16

Lucas

La tormenta empezó a caer con fuerza poco después de cenar. El primer trueno sacudió la casa y, aunque intenté no darle demasiada importancia, no tardé en notar que Sofía estaba inquieta. Al principio, pensé que solo era la incomodidad del mal tiempo, pero cuando un estruendo más fuerte hizo vibrar las ventanas, se tensó de golpe.

Antes de que pudiera decir algo, la casa quedó sumida en la oscuridad. Chasqueé la lengua y me levanté.

—Voy a ver si puedo subir los plomos —murmuré tanteando en la oscuridad.

Pero antes de que pudiera moverme, Sofía se puso de pie de un salto y prácticamente salió corriendo hacia su habitación sin decir una palabra. Me quedé quieto un segundo, confundido.

Con el móvil como única fuente de luz, llegué al cuadro eléctrico de la entradita y traté de reiniciar el sistema. Nada. La tormenta nos había dejado sin luz y parecía que iba para largo. Resoplé y regresé al pasillo, pero un sonido bajo me hizo detenerme en seco.

Lloriqueos ahogados.

Me acerqué a la puerta de Sofía y dudé un momento antes de tocar con suavidad.

—¿Sofía?

No hubo respuesta, pero tampoco escuché movimiento al otro lado. Apoyé la frente en la puerta intentando oír cualquier indicio de que estaba bien. Un nudo incómodo se formó en mi estómago.

—Si no te gusta estar sola en la oscuridad, puedo quedarme contigo —dije en voz baja tratando de no sonar demasiado ansioso, aunque la preocupación se me escapaba entre las palabras.

Pasaron varios segundos que parecieron eternos, hasta que por fin la puerta se abrió lentamente. La luz tenue de su móvil iluminó su rostro y sentí que algo dentro de mí se encogía al ver sus ojos brillantes, húmedos, mirándome con una vulnerabilidad que ella trataba de esconder sin éxito. No dijo nada, probablemente porque no confiaba en que su voz saliera firme. Observé cómo sus dedos giraban su anillo una y otra vez, nerviosos, dejando claro lo que ella no podía admitir en voz alta.

Entré despacio, cerrando la puerta con cuidado detrás de mí. Sofía volvió a la cama tumbándose despacio con los ojos fijos en el techo, respirando como quien intenta no derrumbarse. Me senté en el borde del colchón, con cautela, intentando no invadir demasiado su espacio, aunque lo único que quería era acercarme más, abrazarla y asegurarle que estaba ahí.

—Nunca te habría imaginado asustándote por los truenos —comenté suavemente, intentando sonar despreocupado.

—No es nada. Se me pasará enseguida —respondió mientras voz se quebraba ligeramente.

Un trueno retumbó con fuerza, haciendo vibrar los cristales, y ella cerró los ojos con fuerza, incorporándose lentamente hasta

sentarse junto a mí, con la mandíbula apretada en un intento de contener su miedo. Algo en mí reaccionó de inmediato, sentí la necesidad urgente de abrazarla.

Sin pensarlo más, deslicé el brazo con suavidad alrededor de sus hombros. Sentí cómo su cuerpo se tensaba primero y luego, lentamente, cedía ante el contacto, dejando que su cabeza reposara sobre mi pecho. Su respiración rápida, casi agitada, contrastaba con la extraña calma que sentía yo al tenerla tan cerca. Era algo sorprendentemente natural. Como si hubiera hecho esto miles de veces.

—Si quieres, podemos hablar de otra cosa —murmuré.

Ella pareció considerarlo por un instante, pero en vez de eso tomó aire profundamente y lo soltó lentamente, como preparándose para enfrentar algo más difícil que la tormenta de fuera.

—Cuando era pequeña, estaba sola en casa durante una tormenta muy fuerte. Se fue la luz y me quedé atrapada en mi habitación sin poder salir, porque la puerta estaba medio rota y a veces se bloqueaba. Fue… horrible. Los truenos sonaban como si fueran a romper la casa, y cada vez que intentaba abrir la puerta, me daba más miedo. Me quedé llorando en un rincón hasta que mis padres llegaron horas después. Desde entonces, las tormentas me ponen… así.

Asentí, dejando que sus palabras se asentaran en mi cabeza sin decir nada.

—No lo sabía —murmuré bajando un poco la voz.

Sofía asintió levemente, sin despegar la cabeza de mi pecho. Su respiración seguía un poco entrecortada, pero poco a poco pareció calmarse.

—Bueno, esperemos que la librería aguante —dije tras un momento intentando aliviar la tensión—. Con la suerte que tengo,

seguro que el agua se mete dentro otra vez.

—¿Eso ha pasado antes? —preguntó en voz baja.

Resoplé.

—Más veces de las que me gustaría admitir. Cuando llueve fuerte, entra agua por la puerta y por una ventana que no cierra bien. Lo he intentado arreglar, pero ya veremos si funciona.

—¿Por? —dijo con la voz aún débil.

Suspiré y apoyé la cabeza en la pared, mirando el techo.

—Porque aún no es mía. Técnicamente, mi hermano es el dueño ahora al llegar a un acuerdo con mi padre que la heredó de mi abuelo. Ya habíamos acordado un precio, pero la verdad es que no sé si podré conseguir el dinero. Estoy intentando pedir un préstamo, pero ni con eso alcanza.

Sofía se quedó en silencio un momento, luego levantó la vista apenas, mirándome de reojo.

—No sabía que estabas en esa situación.

—No me gusta contar ese tipo de cosas —repliqué con una sonrisa amarga—. Pero sí, así es. Mi hermano quiere convertirla en un restaurante o algo así, y mi padre, para variar, no se mete en nada y yo estoy aquí, parchando goteras y esperando que la suerte me sonría por primera vez en mucho tiempo.

—Debe ser horrible…, sentir que puedes perder algo tan importante y no poder hacer nada.

Me reí, pero sin humor.

—Estoy haciendo lo que puedo. Solo que no sé si será suficiente.

Sofía no respondió de inmediato, pero sentí cómo su cuerpo se relajaba un poco más contra mí. Su respiración ya no era tan irregular, aunque todavía podía notar la tensión en sus hombros. Me acostumbré a la sensación de tenerla así, apoyada en mi pecho.

—Al menos tienes algo por lo que luchar —murmuró después de

un rato—. Algo que realmente quieres.

No supe qué decirle a eso. Tenía razón, pero en ese momento, más que un propósito, la librería me parecía una soga al cuello que no podía soltar.

—¿Y tú? —pregunté, más por inercia que por otra cosa—. ¿Tienes algo que esperas con ganas?

Sofía se quedó callada un momento y luego, para mi sorpresa, su tono cambió. Casi pude sentir el leve brillo en su voz cuando respondió.

—Navidad —dijo simplemente.

Fruncí el ceño y bajé la vista para mirarla.

—¿Navidad?

—Sí. Me encanta la Navidad —respondió, y esta vez no había duda de que su ánimo había mejorado. Incluso se incorporó un poco, aunque no se apartó del todo—. Las luces en la calle, el olor a canela, las tiendas llenas de gente comprando regalos, los mercadillos navideños, la música… todo. Me pone de buen humor.

Asentí lentamente, sorprendido por el entusiasmo repentino. Hacía unos minutos estaba al borde de un ataque de pánico y ahora hablaba de la Navidad como si fuera lo mejor del mundo.

—Te pega —dije con una media sonrisa—. Tiene sentido que te gusten esas cosas.

—¿Y a ti? —preguntó ella girando la cabeza para mirarme.

Me encogí de hombros.

—Ni fu ni fa. No la odio, pero tampoco es algo que espere con emoción.

Sofía chasqueó la lengua con fingida decepción.

—Vaya, qué triste —bromeó—. La Navidad no es algo que solo te guste o te dé igual. O la amas o la odias, no hay punto intermedio.

—Bueno, supongo que soy la excepción —respondí con un leve

encogimiento de hombros.

—Eso es porque no la has vivido cómo se debe —insistió, como si estuviera decidida a convencerme.

Solté una risa baja.

—Creo que es al revés y por eso ahora mismo que ya no es como antes me genera una sensación extraña.

—¿Nostalgia? —me preguntó

—No lo creo, digamos que me recuerda a alguien y no sé cómo sentirme muy bien al respecto—¿Y tú qué harás en Navidad, la pasarás en España?

Sofía bufó.

—No, mis padres se irán de vacaciones, así que no tengo a nadie con quien celebrarla, me imagino que mis amigas estarán con su familia.

Una duda surgió en mi cabeza de golpe. *"Como vas a decirle eso"* pensé para mis adentros, pero ya era demasiado tarde.

—¿Y con tu novio?

—Complicado lo veo, no tengo novio —dijo con una pequeña risa. Una pequeña chispa de alegría surgió en mi interior, "*¿porque estaba reaccionando así?"*. — Igual me quedo aquí, así podría avanzar en el proyecto tranquilamente.

—¿Proyecto?

—Sí, lo necesito para poder seguir dando clases aquí en Francia. Si quiero consolidarme como profesora, tengo que presentar un proyecto que destaque. Algo que no solo sea académico, sino que también conecte con los estudiantes y con la comunidad. —Suspiró y jugueteó con su anillo—. Pero la verdad es que tengo muchas dudas sobre ello. No sé si es lo suficientemente bueno o si estoy enfocándolo de la manera correcta.

—¿De qué trata? —pregunté apoyando la cabeza en la pared.

—Literatura. Quiero que los alumnos se sientan involucrados, que no solo lean por obligación, sino que vean la literatura como algo vivo, que puedan conectar con las historias, con los autores. Pero no estoy segura de que sea suficiente, no sé si funcionará o si solo estoy soñando demasiado alto.

—Si no pensaras que vale la pena, ni siquiera estarías intentándolo —murmuré finalmente.

Sofía me miró de reojo y esbozó una sonrisa pequeña.

Afuera, la tormenta parecía amainarse y dentro de la habitación, el ambiente se había vuelto más tranquilo, íntimo incluso. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que hablar con alguien sobre las cosas que realmente importaban no era tan malo.

Seguimos conversando, ya sin prisas, dejando que los temas se mezclaran y se deshicieran entre silencios cómodos. En algún momento Sofía se tumbó adormilada.

—Puedes tumbarte si quieres—dijo somnolienta.

Bostecé antes de hacerle caso y tumbarme a su lado; en cuanto se durmiera me iría a mi cama, con lo mal que lo había pasado quería asegurarme de que se dormía tranquila.

17

Sofía

Desperté con la sensación de que algo no encajaba. El calor. El peso de un brazo sobre mi cintura. El leve roce de una respiración contra mi cuello. Abrí los ojos y tardé unos segundos en darme cuenta: estaba abrazada a Lucas. Los dos tumbados en la cama, pegados, pecho contra pecho, tan cerca que podía sentir nuestros latidos.

Me quedé inmóvil, atrapada entre el deseo de apartarme y el impulso de quedarme ahí un poco más. Su rostro estaba a apenas unos centímetros del mío; podía contar cada pestaña, observar cómo su boca se entreabría al dormir. Fue entonces cuando Noir maulló desde el pie de la cama, desperezándose. El sonido hizo que Lucas se removiera.

—Mmm… ¿Buenos días? —murmuró con voz ronca igual de confuso que yo, estirándose.

Ese simple tono me erizó la piel. Me giré un poco para disimular, pero en ese movimiento noté cómo sus ojos se desviaban hacia abajo. Seguí la dirección de su mirada y lo entendí de inmediato: la

camiseta que llevaba, fina y arrugada por la noche, dejaba marcados mis pezones de forma evidente.

El calor me subió de golpe al rostro.

—¡Dios! —exclamé cruzando los brazos sobre el pecho de la forma más torpe posible.

Lucas, rojo como yo, apartó la vista de inmediato llevándose la mano a la cara.

—Perdón… yo… no estaba… —balbuceó, incapaz de hilar una frase.

Noir volvió a maullar, esta vez con un tono que sonó casi a burla, y saltó al suelo con la cola en alto, como si estuviera disfrutando del espectáculo.

El silencio que siguió fue tan incómodo como ridículo, hasta que nuestras miradas se cruzaron otra vez y, en lugar de hundirnos en la tierra, los dos rompimos en una risa nerviosa que no pudimos contener.

No era la mejor manera de empezar el día...

***

Los lunes me agotan, siempre han sido días eternos. Parecen más largos que el resto de la semana, como si las horas avanzaran a cámara lenta.

Cuando por fin llegué a casa, me descalcé en la entrada y saludé a Noir, que ni se inmutó más allá de un leve parpadeo desde su trono en el sofá. Ese gato y su dueño compartían la misma actitud inexpresiva, pensé con una sonrisa. Caminé hasta la cocina, donde el olor a comida me abrazó como un recordatorio de que por fin había terminado la jornada.

Lucas estaba ahí, con las mangas de la camisa arremangadas,

cocinando con una seriedad casi solemne. Se tomó un segundo para subirse mejor las mangas hasta los codos, dejando al descubierto sus antebrazos cubiertos por un vello fino y oscuro. Me quedé mirándolo más de lo que debería, observando cómo se tensaban con cada movimiento y no pude evitar pensar en lo que había pasado esta mañana. *"Sofía, deja de mirarle los brazos y concéntrate"*, me reprendí mentalmente, sacudiendo la cabeza y volviendo a la realidad, sintiéndome un poco ridícula.

Me senté a la mesa mientras él servía los platos. La comida humeaba, demasiado caliente para probarla inmediatamente, así que soplé despacio antes de atreverme con el primer bocado. Apenas saboreé la comida, lo miré con sorpresa y aprobación.

—Nada mal —dije llevándome otro bocado a la boca—. Si lo de escritor no funciona, quizás puedas ganarte la vida como chef.

Lucas arqueó una ceja con una sonrisa satisfecha mientras cortaba su carne.

—Siempre hay que tener un plan B.

Comimos en silencio un momento, disfrutando de esa comodidad rara y cálida que habíamos encontrado juntos. De pronto sentí su mirada fija en mí, y levanté la cabeza justo cuando él apoyaba un codo sobre la mesa con expresión divertida.

—Ya lo tengo claro. Sé exactamente por qué no sabes nadar.

Fingí interés, aunque ya estaba sonriendo casi sin darme cuenta.

—¿Tan seguro estás? A ver, genio, sorpréndeme.

Él se inclinó ligeramente hacia adelante, bajando la voz a un susurro teatral.

—Estoy casi convencido de que viste *La Sirenita* cuando eras pequeña y decidiste que lo más prudente era quedarte en tierra firme, ya sabes, por si alguna bruja marina te ofrecía un trato dudoso.

Solté una carcajada tan repentina que casi me atraganté con el siguiente bocado.

—Por favor, Lucas. Eso es lo más absurdo que he oído nunca.

—Eh, por lo menos lo intento. —Su sonrisa creció mientras mordía un trozo de pan—. Y aún tengo dos intentos más, así que cuidado con la confianza.

—Seguiré riéndome —le aseguré jugueteando distraídamente con el tenedor. De pronto, una idea cruzó mi mente y mi sonrisa se volvió más traviesa—. Aunque ahora que lo pienso... yo también tengo una teoría sobre ti.

Lucas alzó las cejas con interés, dejando el cuchillo sobre el plato.

—Veremos.

Me incliné sobre la mesa y apunté con el tenedor como si estuviera acusándolo en un juicio.

—Estoy segura de que intentaste impresionar a alguien haciendo una estupidez monumental. ¿Un salto desde algún lugar ridículamente alto, quizás desde un acantilado?

Lucas fingió pensarlo un momento, cruzándose lentamente de brazos mientras contenía la risa.

—Interesante hipótesis, detective…

—Lo sé. De hecho, puedo verte perfectamente diciendo aquello de "mirad esto" y cinco segundos después estar tirado en el suelo, sin dignidad y probablemente sangrando.

Él se echó a reír negando con la cabeza con resignación fingida.

—No confirmo ni niego nada. Pero reconozco que tienes una imaginación preocupante y una percepción de mí muy equivocada.

—Pues yo estoy convencida. —Bebí un sorbo de agua mirándolo con los ojos entrecerrados—. ¿Quizá fue una apuesta? Alguien te desafió y tu versión adolescente llena de orgullo y testosterona no

supo decir que no.

Lucas sonrió de lado, inclinándose también hacia mí, con un brillo travieso en sus ojos.

—Atractiva idea, pero tampoco.

—Estaba convencida. —Chasqueé la lengua con frustración, dejando caer los hombros con dramatismo. En ese preciso instante, mi mano chocó contra mi vaso, volcándolo y derramando el agua sobre la mesa directamente hacia Lucas.

—¡Mierda, perdón! —exclamé incorporándome rápidamente para intentar arreglar el desastre.

Lucas reaccionó casi tan rápido como yo, agarrando un par de servilletas. Ambos intentamos secar la mesa, nuestras manos encontrándose torpemente. Por un instante, sentí sus dedos sobre los míos y levanté la vista, topándome de golpe con sus ojos muy cerca.

"*Respira, Sofía".*

Mi pulso se aceleró y el aire pareció quedarse atrapado en mi garganta. Su piel cálida contra la mía, la intensidad con la que me miraba... Sentí que las mejillas empezaban a arderme.

—Lo siento —repetí en voz más baja—. Soy una torpe.

"*¿Qué haces? ¡Aparta la mano!"*

—No pasa nada —respondió él suavemente, sin apartarse, sin soltarme aún. Mis pensamientos eran un caos absoluto.

Finalmente, él se retiró despacio. Carraspeó ligeramente y recogió las servilletas mojadas, apartándose poco a poco con una sonrisa.

—Bueno, parece que sí sabes cómo hacer que alguien se olvide del tema —bromeó con voz algo nerviosa.

Sonreí con timidez, apartando la vista un momento mientras el corazón latía frenético en mi pecho.

***

Después de comer, caminé a mi habitación y preparé la videollamada con Iris. Tenía ganas de hablar con ella, desde que se había ido apenas habíamos podido intercambiar mensajes, y no tenía ni un hueco para hablar tranquilamente.

La pantalla tardó unos segundos en estabilizarse, y cuando por fin apareció su cara, me recibió con una sonrisa de lo más satisfecha.

—¡Por fin! —exclamó levantando las manos como si estuviera recibiendo la bendición divina—. Pensé que jamás íbamos a tener una conversación decente sin interrupciones.

—Dímelo a mí —respondí estirándome un poco y dejando escapar un suspiro—. Entre el trabajo y la vida en general, siento que apenas tengo tiempo para respirar. ¿Y tú? ¿Qué tal va todo? ¿Ya finiquitaste el proyecto?

Iris soltó un bufido dramático y se pasó una mano por el pelo despeinándolo aún más.

—Por fin. Después de días sin vida, sin sol y sobreviviendo a base de café barato. Lo hemos dejado impecable, los jefes están encantados. Tanto, que ahora parece que quieren que me quede aquí para siempre.

Fruncí el ceño mientras me acomodaba mejor en la cama, apretando un cojín contra mi vientre.

—¿Cómo que para siempre? ¿No se suponía que ibas a volver al teletrabajo?

—Pues sí, pero al parecer les ha gustado demasiado vernos encadenados a los escritorios. Que si el rendimiento, que si la productividad, que si la dinámica de equipo… Blah, blah, blah. Básicamente, me quieren presencial sí o sí.

—Qué putada —dije cruzándome de brazos—. ¿Pero tú qué quieres?

Iris suspiró, pensativa.

—No sé. Me gusta lo que hago, pero no que me quiten la opción de elegir. Además, tú sabes lo que odio madrugar y lidiar con gente antes del primer café.

Solté una carcajada y asentí con la cabeza.

—Uff, te imagino llegando medio zombi a la oficina. Pobre de quien se cruce contigo antes de las nueve.

—Exacto. Si no me ven con un termo de café en la mano, que ni me hablen. —Se echó hacia atrás en su asiento, con una sonrisa burlona—. Pero bueno, basta de mí. Hablemos de lo realmente importante. ¿Cómo va la vida por ahí? Más importante aún, ¿cómo va la vida con el librero buenorro?

Rodé los ojos, sintiendo un calor ridículo subiéndome a la cara.

—Iris, no empieces.

—¡Por favor! No me digas que después de la ducha y lo de la tormenta sigues en modo negación.

Me cubrí la cara con una mano. Sabía que en cuanto le mandé los mensajes contándole lo que pasó, esto iba a pasar.

—A ver, fue un malentendido con la ducha. ¡Y lo otro fue solo un mal momento! No sé por qué haces un drama de todo esto.

Iris se inclinó hacia la cámara con una sonrisa de lo más maliciosa.

—Un malentendido, dice. Sofía, cariño, ¿me explicas cómo es un "malentendido" que involucra salir de la ducha y encontrarte con él mirándote hasta el carnet de identidad?

—Fue incómodo, ya está —dije rápidamente—. Él no tenía que estar ahí, y yo tampoco planeaba encontrarme con nadie así.

—¿Y se quedó mucho tiempo mirándote? ¿Hubo un silencio

incómodo? Vamos, dame detalles.

—¡Iris! —Me tapé la cara con una almohada—. No voy a hablar de eso.

—Está bien, está bien. ¿Y lo de la tormenta? Que no se me olvida, eh. ¿Te abrazó? ¿Te dijo algo bonito?

Me mordí el labio, recordando la sensación de su mano en mi espalda mientras intentaba calmarme.

—Solo me tranquilizó —admití en voz baja—. Fue amable, ya está.

Iris resopló.

—Amable, dice. Amiga, eso fue una escena de película. Llámame loca, pero creo que hay algo ahí.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Eres insoportable, es mi compañero de piso por dios.

—Y el agua moja, sí. Pero no importa, lo descubriré todo. Y bueno, dejando eso de lado ¿Cómo te va en el instituto? ¿Y tu proyecto?

Le conté por encima cómo estaba yendo todo. El plan con los alumnos había avanzado bien y, aunque había sido un reto, ya casi tenía perfilada la presentación final. También le mencioné que había quedado en hablar con Julien algún día para ver cómo podíamos seguir avanzando.

—Vaya, vaya —canturreó Iris entrecerrando los ojos con picardía —. Solicitud de reunión privada con el profesor. Sofía, estás solicitadísima últimamente.

Rodé los ojos y solté un bufido.

—No digas tonterías. Julien es mi colega y me está ayudando con el proyecto, nada más. Además, ni que fuera la gran cosa.

—Claro, claro. A ver, cuéntame entonces, juro que esto se está convirtiendo en un triángulo amoroso.

Me reí, negando con la cabeza.

—Eres lo peor. No hay nada raro con Julien. Es super majo, hemos hablado mucho últimamente sobre el propósito y la verdad es que me ha ayudado un montón a organizar algunas ideas que tenía desordenadas.

—Ajá... —Iris alzó una ceja y se apoyó en su mano fingiendo interés—. Entonces, recapitulemos. Me dices que tu compañero de piso te pilla semidesnuda después de la ducha, te consuela de forma sospechosamente tierna cuando tienes un ataque de pánico y además pasas horas debatiendo con otro profesor majo que te ayuda con tus ideas. Sofía, cariño, creo que quiero tu vida.

Solté una carcajada y me tapé la cara con una almohada.

—Te juro que, si estuvieras aquí, te tiraría esto a la cabeza.

—¡Pero si yo solo analizo los hechos! —protestó Iris con fingida inocencia—. Míralo de esta manera: tienes a dos hombres con los que pasas un montón de tiempo y que parecen encantados de ayudarte. Si esto no es una trama romántica en ciernes, no sé qué es.

Negué con la cabeza, intentando no seguirle el juego, pero era imposible.

—No hay ninguna trama romántica. Solo trabajo, proyectos y mucho café. Eso es todo.

—Parece aburrido cuando lo dices así, pero yo sé la verdad —respondió Iris con una sonrisa de suficiencia—. Te lo advierto, en nuestra próxima llamada quiero actualizaciones. No me dejes sin contenido, ¿vale?

—Eres imposible.

—Y tú no te das cuenta de nada, pero está bien, te daré un respiro. De momento.

Resoplé y miré el reloj. Se estaba haciendo tarde, aunque aún

quedaban algunas horas de luz. Decidí cortar la conversación antes de que Iris encontrara otra forma de insistir en su teoría absurda.

—Bueno, me voy a dar una vuelta antes de que se me haga de noche. Luego te actualizo si pasa algo.

—Eso espero, eh. Nada de esconder información relevante —bromeó con una sonrisa burlona.

—Adiós, Iris —dije riendo antes de colgar.

Apagué la pantalla y me quedé unos segundos en la cama, mirando el techo. Me levanté y abrí el armario en busca de algo cómodo para salir. Todavía quedaba mucho día por delante y necesitaba despejarme un poco.

18

Lucas

Volví de la librería agotado. Dejé caer las llaves sobre la mesa y me deshice del abrigo con un suspiro. Caminé por el pasillo, directo al baño, sin pensar demasiado. Abrí la puerta.

Vapor. Calor húmedo pegándose a mi piel. Y entonces, la vi.

Mi cerebro tardó un segundo en reaccionar, no podía creer que hubiera ocurrido otra vez.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, pero en lugar de apartarse o cubrirse de inmediato, una sonrisa pícara se dibujó en sus labios. Un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí un nudo en el estómago y la garganta seca. Sabía que debía dar media vuelta y cerrar la puerta, pero mis pies parecían anclados al suelo.

—Lucas —su voz sonó suave, provocadora.

Tragué saliva y bajé la mirada a la toalla apenas sostenida sobre su cuerpo, húmeda y pegada a su piel, delineando cada curva con una perfección irritante. Di un paso atrás, dispuesto a cerrar la puerta y largarme de ahí antes de hacer una estupidez.

Pero entonces, su voz me detuvo.

—No hace falta —murmuró.

Y dejó caer la toalla a sus pies.

Mi cerebro se desconectó por completo. La respiración se me quedó atrapada en la garganta al verla completamente desnuda frente a mí, sin un atisbo de vergüenza, con la confianza peligrosa que siempre parecía llevar consigo sin esfuerzo. Mi mirada descendió por su cuello, por la curva de sus clavículas, por el contorno de sus caderas, hasta sus piernas.

No podía apartar la vista. No podía ni siquiera pensar con claridad.

Sofía dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre ambos. Su piel aún brillaba con las gotas de agua resbalando lentamente por su cuerpo. Y cuando su mano se apoyó en mi brazo, sentí una punzada eléctrica recorrerme la piel. Todo mi cuerpo se tensó como si me hubieran golpeado con una descarga. El mundo se descolocó, el aire se volvió denso y mi mente se nubló por completo.

Sofía se pegó aún más, su cuerpo rozando el mío hasta que el calor se hizo insoportable. Mi respiración se aceleró, mi piel ardía y la humedad del baño nos envolvía en un ambiente sofocante. Alcé las manos aferrándome a su cintura sin pensar, acercándola todavía más. En el instante en que nuestros cuerpos se tocaron por completo, ambos soltamos un suspiro, como si lleváramos conteniendo el aire demasiado tiempo.

Sus ojos marrones atraparon los míos, y por un momento, el mundo pareció detenerse. Mi mente me gritaba que esto era una locura, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Entonces, su mirada bajó a mis labios. Joder, si seguía así, no iba a poder contenerme. Pero, llegados a este punto ¿Qué sentido tenía no hacerlo?

La besé.

Fue directo, sin titubeos. Su boca encajó con la mía como si

hubiera estado esperándolo. El primer contacto fue intenso, pero en cuanto Sofía exhaló contra mis labios y abrió un poco más la boca, me dejé llevar. Mi lengua rozó la suya, y el escalofrío que recorrió mi espalda hizo que la estrechara más contra mí.

Mis manos recorrieron su cintura, bajando con lentitud hasta sujetar sus caderas con fuerza. Sofía se aferró a mi nuca, inclinando la cabeza para profundizar el beso, como si la idea de separarnos fuera ridícula. Su piel mojada resbalaba contra mi ropa seca, creando un contraste que me estaba volviendo loco.

Nos separamos apenas unos centímetros, lo justo para recuperar el aliento, me quité la sudadera con toda la rapidez que pude. Su mirada ardía y su pecho subía y bajaba con rapidez. Apenas me dio tiempo a procesarlo antes de volver a besarme, esta vez con más hambre, con más necesidad. Mis dedos se deslizaron por su espalda descubierta, memorizando la suavidad de su piel, la forma en que temblaba bajo mi tacto.

—¿Me vas a dejar respirar? — le dije entre besos con deseo.

—No, ya no puedo aguantarlo más —respondió con una voz que me encendió aún más.

Cambié las tornas sujetándola de las caderas y la apoyé contra la puerta, me restregué contra ella mientras nos seguíamos besando y a ella se le escapó un gemido notando mi erección.

—Quítate la camiseta.

No sabía que una orden podía lanzarse con un tono tan suplicante, pero obedecí y su mano recorrió mi torso hasta meterse debajo de mis pantalones de chándal lo que me hizo soltar un gemido ahogado en su boca mientras movía la mano de arriba a abajo. Estaba perdiendo la cabeza, tenía que volver a tomar el control. Le di la vuelta poniéndola de cara a la puerta y está vez fui yo quien recorrí su cuerpo con la mano hasta llegar entre sus

piernas mientras le besaba el cuello, joder estaba empapada. Cuando mis dedos entraron giró su cabeza hacia mí, quería besarme, pero yo no le daría el gusto tan fácilmente.

—Dios… Lucas…

Al decir mi nombre sentí que mi corazón iba a explotar, así como mis pantalones, ella tomó el momento de debilidad para ponerse al mando, se giró sin darme cuenta y me empujó para alejarse un poco de mí, abrió la puerta y con su mano en mi nuca me condujo a sus labios de nuevo mientras nos arrastramos entre besos a su habitación. Cuando llegamos comenzó a bajarme los pantalones y yo hice al resto hasta quedarnos los dos en igualdad de condiciones, seguimos besándonos mientras tocábamos nuestros cuerpos.

—Lucas… te quiero dentro —comentó como si nada, como si fuera algo normal y no un comentario que me hiciera perder la poca cordura que me quedaba. La empujé contra la cama, su pelo revuelto, sus mejillas coloradas y sus piernas interminables que se abrían ante mí, me dejaron de piedra por un momento. Joder, quería follármela de tantas maneras que no sabía por dónde empezar. Me arrodillé en la cama, justo a sus pies y comencé a besarla desde el ombligo hasta el cuello subiendo poco a poco.

—Lucas, no puedo más…

—Yo tampoco… —murmuré y me deslicé en su interior mientras ambos suspiramos de alivio. Tenía la boca entreabierta y una mirada de deseo que me poseyó para moverme más rápido; me incliné para besarla mientras sus uñas se clavaban en mi espalda y le mordí el labio inferior. Notaba como quería moverse debajo de mí y le correspondí yendo más profundo mientras ambos gemíamos. Estaba loco, desesperado por llevar a aquella chica al orgasmo y comencé a ir más deprisa alentado por sus suspiros, quería oírla gritar mi nombre.

—Me encanta… —soltó de golpe jadeando.

Era sorprendente el poder que podían tener dos palabras, estas en concreto se apoderaron de mi cuerpo convirtiéndolo en su sirviente mientras entraba y salía de ella con fuerza. Le agarré las muñecas y levanté sus brazos con posesividad, ella se mordió el labio inferior; me encantaba cómo respondía a todo lo que hacía.

Ya estaba muy cerca, pero no podía parar, me incliné de nuevo hacia ella justo antes de llegar al clímax y entonces abrí los ojos.

La habitación estaba oscura, silenciosa. Vacía. Jadeé con fuerza, aún atrapado en la confusión del sueño. Mi cuerpo tardó varios segundos en entender lo que acababa de pasar, y cuando finalmente la realidad me golpeó con fuerza, sentí que el aire escapaba de mis pulmones.

Miré hacia abajo. Las sábanas formaban una tienda de campaña evidente, mi piel estaba cubierta por un sudor frío, y el corazón me latía tan fuerte que pensé que iba a salirse del pecho.

Me llevé ambas manos a la cara, sintiendo una mezcla extraña de vergüenza, frustración y algo mucho peor: miedo. Porque esto no era un simple sueño cualquiera.

Cerré los ojos con fuerza, maldiciendo en voz baja.

—Contrólate, joder. Es tu compañera de piso. Solo eso.

Cerré los ojos de nuevo y aunque intenté no pensar en ello, mis párpados aún recordaban su figura, todo me hacía llegar a una sola conclusión: estaba jodido.

***

El domingo por la tarde avanzaba con la calma de siempre. Me había acomodado en el sofá con un libro, intentando leer, aunque la mitad del tiempo solo pasaba las páginas sin procesar demasiado. Escuché

a Sofía moverse por el apartamento, y en algún punto mencionó que traería a una amiga, pero no le di mucha importancia. Hasta que el timbre sonó.

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Sofía acercarse a la puerta, con esa sonrisa relajada que siempre tenía cuando estaba en su elemento. Mi mirada descendió sin querer, recorriendo su cintura, el ligero movimiento de su cadera al caminar. "*Joder Lucas, ya has tenido suficientes fantasías por hoy".*

Sacudí la cabeza y volví al libro, pero apenas alcancé a fingir interés cuando una voz familiar rompió la calma del salón.

—¡Lucas! —exclamó una mujer con entusiasmo.

Fruncí el ceño dejando el libro sobre la mesa antes de ponerme de pie. En cuanto Sofía se hizo a un lado para dejar entrar a su amiga, la reconocí.

—Claire —dije sin poder ocultar mi sorpresa.

Ella giró la cabeza hacia mí con una sonrisa traviesa, cruzándose de brazos con aire divertido.

—Vaya, vaya, ¿así que era aquí donde te escondías? —bromeó—. ¿En serio tenía que ser tu compañera de piso la que me invitara y no tú?

Chasqueé la lengua negando con la cabeza y esbozando una sonrisa.

—No sabía que estabas interesada en pasarte por aquí.

—Pues mira, sorpresa —respondió Claire con una ceja arqueada antes de soltar una risa.

Sofía cerró la puerta y la dirigió al salón. Me dejé caer de nuevo en el sofá mientras ellas se acomodaban. La conversación fluyó fácil, entre bromas y comentarios sobre lo inesperado del reencuentro. Claire seguía teniendo esa facilidad para hablar que siempre la había caracterizado, pero lo que realmente me sorprendió fue el motivo de

su visita.

—Sofía me contó sobre su proyecto y me pareció súper interesante —dijo apoyándose en el respaldo del sofá—. Quería ayudar en lo que pudiera, así que aquí estoy.

Pasamos un rato discutiendo las bases del ejercicio, yo escuchaba en silencio, sin mucho que aportar. No es que no me interesara, pero no tenía ni idea de pedagogía. Aun así, me resultaba curioso ver a Sofía en ese modo tan profesional y sobre todo lo más extraño, estaba como relajada, sonriendo tranquilamente, algo que no le había visto hacer conmigo.

—¿Queréis tomar algo por cierto? —pregunté dispuesto a escapar al menos unos minutos de la conversación.

—Café, por favor —dijo Claire sin dudar.

—Yo también —añadió Sofía.

—Vale, os lo traigo ahora

Me dirigí a la cocina. Busqué las tazas y encendí la cafetera, mientras rebuscaba en los estantes algo para acompañarlo. Encontré una caja con unas galletas y unas pastas que me parecieron buena idea. Si iban a pasarse la tarde hablando de proyectos, al menos que lo hicieran con algo dulce entre manos.

—Aquí tenéis —dije tomando asiento nuevamente—. Café y algo para picar, por si os desmayáis de tanto pensar.

—¡Genial! —exclamó Claire mientras cogía una de las tazas—. ¿Desde cuándo eres un anfitrión ejemplar, Lucas?

— Entonces, como te decía, estamos avanzando bien con el proyecto, pero hay algo que me preocupa: la implicación de los alumnos. No quiero que lo vean como otra tarea más, quiero que realmente participen.

Claire asintió pensativa, soplando su café.

—Sí, tiene que ser algo dinámico, algo que los haga sentirse

parte del aprendizaje. ¿Y si aprovechamos que se acercan las vacaciones de Navidad para hacer algo especial?

—Algo en la librería —añadió Sofía de inmediato, mirando hacia mí.

Parpadeé un par de veces, pillado por sorpresa.

—¿Algo en mi librería? —repetí cruzándome de brazos.

—Claro, piensa en ello —intervino Claire—. Es un espacio perfecto para hacer algo. Además, podríamos organizar alguna actividad que vincule la literatura con la tradición navideña.

Sofía se inclinó hacia adelante, con los ojos brillando de emoción.

—Algo como una especie de evento temático. Los alumnos podrían preparar relatos o pequeñas obras en español, y podríamos hacer una especie de lectura pública allí. Además, podríamos decorar el espacio con elementos navideños de diferentes países hispanohablantes y explicar sus tradiciones.

Negué con la cabeza y solté un suspiro.

—No sé… —dije mirando alrededor—. No quiero que mi librería se convierta en un circo. Tampoco es que vaya a aportar mucho dinero.

—Lucas… —Sofía puso los ojos en blanco—. No es un circo, es un evento cultural que servirá de publicidad. Lo organizaremos bien.

Fruncí el ceño. No quería admitirlo, pero la idea no sonaba tan descabellada.

—También podríamos hacer un rincón especial con cuentos navideños en español para los más pequeños —sugirió Sofía—. Algo que haga que las familias también quieran venir.

—Me gusta la idea —dijo Claire—. Si logramos que los niños se involucren, seguramente los padres se quedarán también y conocerán mejor la librería.

—Genial —intervine con ironía—. Entonces ahora también tendré un grupo de niños correteando entre los estantes. Justo lo que siempre soñé.

Sofía rio, dándome un leve codazo en el brazo.

—Vamos, gruñón, piensa en el lado positivo.

No respondí de inmediato, pero lo cierto es que la idea no sonaba tan mal. Con un buen plan, podría ser algo interesante y, si lograban atraer clientes y dar a conocer el lugar, hasta podría salir ganando. Además, la emoción en los ojos de Sofía alejaban las dudas de que algo pudiera salir mal.

—Está bien, hagámoslo —dije finalmente, con resignación—. Pero si algo se rompe, me pagáis el doble.

Las dos rieron y Claire levantó su taza.

—Trato hecho. Por cierto, Lucas, ¿Puedes mirar el grupo de una vez?

Me llevé la mano al bolsillo para sacar el móvil, tenía mensajes sin leer desde hacía días y entré en el grupo de mis amigos.

—Ochenta mensajes, no pienso leer todo eso —sentencié tajante.

Claire se llevó la mano a la cara y se dirigió a Sofía.

—Siento tanto que tengas que lidiar con esto todos los días. —Tras eso se giró hacía mí—. Estábamos hablando de ir a un *escape room* que han abierto nuevo, me imaginaba que no lo habías leído.

—Ay, siempre he querido ir a uno de esos —respondió Sofía inmediatamente.

—Oye puedes venir también si quieres, estás invitada —le contestó Claire antes de dirigir la mirada hacia mí.

Por una parte podría estar bien pero la pereza me embargaba por momentos al pensar que tendría que cerrar la librería un día para encima gastar dinero. Abrí la boca para decir que no pero

entonces, Sofía me miró con los ojos brillándole de la emoción. Sentí como me desarmaba completamente y mi decisión comenzaba a perder peso hasta el punto que solo logré decir.

—Bueno, ya veremos.

19

Sofía

Miraba la ropa del armario indecisa, como siempre sin saber que ponerme. Me gustaba ir con *outfits* cómodos y prácticos para el instituto, pero hoy quería algo diferente. Algo que me hiciera sentir un poco menos profesora y un poco más… ¿yo?

Después de revolver entre las perchas, mis manos se detuvieron en un vestido largo que casi nunca usaba. Negro, de tela ligera, con una caída suave. No era exagerado, pero definitivamente distinto a lo que solía ponerme.

Cuando terminé de prepararme, agarré mi bolso y salí al salón. Lucas estaba en su rincón habitual, hojeando un libro, pero al escucharme levantar la chaqueta, alzó la vista.

—¿Dónde vas? —preguntó con tono despreocupado, pero su mirada me recorrió de arriba abajo con una lentitud que sentí en la piel. Sentí un pequeño cosquilleo en la nuca. ¿Me veía guapa?

—Voy a encontrarme con un compañero para lo del proyecto —respondí con naturalidad, ajustando el bolso en mi hombro.

Lucas asintió, pero su mirada seguía fija en mí, como si

procesara algo que no había dicho en voz alta.

—Ajá —murmuró finalmente volviendo la vista a su libro.

No quise analizar más de la cuenta su reacción, así que di media vuelta y salí por la puerta.

Bajé las escaleras con calma, había quedado con Julien unas calles más abajo, donde me recogería en coche para ir a una cafetería que me había recomendado.

El aire de la tarde estaba fresco, pero agradable, con el sol ocultándose lentamente en el horizonte. Me ajusté el abrigo mientras esperaba en la esquina, observando la gente pasar a mi alrededor. Pasaron unos minutos antes de que un sedán negro apareciera en la esquina y se detuviera junto a la acera. El coche estaba impecable, con un reflejo pulido que brillaba bajo las luces de la calle. Me acerqué y abrí la puerta del copiloto.

—*Bonsoir*, Sofía —saludó Julien con una sonrisa cuando me acomodé en el asiento.

—*Bonsoir*, Julien —respondí igualmente mientras cerraba la puerta.

Antes de que pudiera decir nada más, él me miró de reojo con una expresión divertida.

—¿Vas siempre así de guapa o es que solo estoy acostumbrado a verte en el instituto?

Reí, sintiendo un leve calor en las mejillas.

—Gracias. Solo quería ponerme algo diferente por una vez.

Julien asintió con aprobación mientras ponía el coche en marcha.

—Buena elección.

Dentro del coche, había un aroma agradable, aunque no sabría describirlo. La radio sonaba a un volumen bajo, pero suficiente como para que reconociera la canción. Sonreí al instante.

—Me encanta esta canción —comenté girándome ligeramente

hacia Julien.

Él sonrió manteniendo la vista fija en la carretera, aunque me pareció notar cómo sus hombros se relajaban un poco al escucharme.

—¿De verdad? No sabía que te gustaba Ben Mazué. Últimamente lo escucho casi todos los días.

—La verdad es que no soy muy fan —admití con una sonrisa algo tímida—, solo me suena haber oído sus canciones en la radio. Pero no sé, me gusta.

Julien ladeó ligeramente la cabeza, mirándome fugazmente antes de volver a concentrarse en conducir.

—¿Sabes qué tiene de especial? Sus letras. Siempre he pensado que son más historias que canciones.

Me quedé pensativa un instante, escuchando la letra con atención. Tenía razón. Era algo más profundo, más íntimo de lo que esperaba.

—Es verdad —dije finalmente—. Es como si contara algo que le ha pasado a todo el mundo, pero que pocas veces nos atrevemos a reconocer. Y lo hace con tanta naturalidad que duele un poco.

Él soltó una pequeña risa, más relajado ahora.

—Exactamente. A mí me conquistó justo por eso. A veces parece que canta justo lo que llevo días pensando. Como si me leyera la mente o algo así.

Me apoyé en el respaldo, dejando que el sonido de la música llenara cómodamente el silencio entre nosotros por unos segundos. Luego le lancé una mirada curiosa de reojo, sonriendo con suavidad.

—No imaginaba que fueras tan sensible, Julien.

Él fingió ofenderse mientras me miraba de reojo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno, supongo. Significa que no te importa que alguien te

conozca de verdad, con todos esos pensamientos profundos incluidos.

Julien se quedó callado un instante, como si estuviera considerando mis palabras con más seriedad. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más suave, casi cómplice.

—Entonces deberías escuchar más de él. Creo que algunas letras podrían sorprenderte —dijo, ahora mirándome fijamente al detenerse en un semáforo en rojo.

Aparte la mirada antes de que cambiara de color, algo en la manera en que había dicho aquello me dejó claro que ya no estábamos hablando únicamente de música.

Julien aparcó en una calle tranquila a unas pocas manzanas de la cafetería. Apagó el motor y se giró hacia mí con una media sonrisa.

—Está a solo unos minutos caminando. Te dije que era un sitio especial.

Asentí y me desabroché el cinturón antes de salir del coche. Mientras él rodeaba el vehículo para alcanzarme en la acera. Me fijé en que llevaba un abrigo gris oscuro bien ajustado, con un jersey burdeos debajo y unos pantalones de tela que no eran ni demasiado formales ni demasiado informales.

—Me lo dices a mí, pero tú también te has puesto bastante guapo ¿No?

—Simplemente es lo que me pongo cuando estoy fuera del trabajo, o… quien sabe, igual me he puesto guapo para tí —contestó guiñándome un ojo mientras se reía.

No estaba muy segura de cómo tomármelo, pero decidí devolverle una sonrisa cómplice.

—Bueno ¿vamos? —preguntó metiendo las manos en los bolsillos.

Cuando doblamos la esquina, la cafetería apareció ante nosotros.

Era de esas que parecían sacadas de una postal, con una fachada de madera pintada en tonos cálidos, grandes ventanales y una puerta con un letrero de bienvenida escrito a mano. Una pizarra junto a la entrada anunciaba el menú del día con tiza blanca: *"Chocolat chaud maison, tarte aux pommes et café fraîchement moulu".*

—Tienes razón, tiene encanto —comenté mientras nos acercábamos a la entrada.

Julien sonrió satisfecho y me sostuvo la puerta para que pasara primero. En cuanto entramos, el aroma a café recién hecho y a pan dulce nos envolvió. El interior tenía una iluminación suave, con muebles de madera rústicos y estanterías llenas de libros y pequeñas decoraciones navideñas. Me quité el abrigo y me acomodé en una silla al lado de la ventana.

Cuando él también se acomodó, no tardé en empezar a explicarle lo que había hablado con Claire la tarde anterior.

—Eso suena bastante bien. Me gusta la idea de que los alumnos no solo escriban, sino que también se involucren en la cultura detrás de la historia.

—Sí, creo que puede salir algo bonito —respondí.

Un camarero se acercó en ese momento para tomar nuestro pedido. Cuando nos trajeron las bebidas, tomé la taza con ambas manos, disfrutando del aroma.

—¿Qué tal está? —preguntó Julien observándome mientras soplaba suavemente sobre su café.

—Increíble —admití tras el primer sorbo—. Tenías razón con esta cafetería. Creo que este es el mejor chocolate caliente que he probado en mi vida.

—¿Lo ves? —respondió con una sonrisa confiada—. Yo nunca recomiendo algo que no valga la pena.

La conversación sobre el proyecto continuó unos minutos más.

—Se nota que esto te apasiona —comentó removiendo su café con aire relajado—. No todo el mundo tiene tan claro lo que quiere hacer con su vida.

—Bueno, es lo que siempre quise —respondí con naturalidad.

—¿Y siempre has sido así de organizada? ¿De las que llevan listas y planes para todo? —preguntó con un tono divertido.

Solté una pequeña risa.

—No exactamente, pero me gusta tener claro lo que hago. Supongo que me da seguridad.

Julien asintió llevándose la taza a los labios antes de mirarme de nuevo.

—¿Y qué pasa cuando las cosas no salen como las planeas?

Me encogí de hombros.

—Intento adaptarme. No soy de las que se frustran demasiado… o al menos eso creo.

Él apoyó un codo sobre la mesa y me miró con una expresión que no supe leer del todo.

—No pareces una persona que deje mucho margen para la improvisación.

Sentí una pequeña punzada de incomodidad. ¿Eso era un cumplido o una crítica disimulada?

—Depende de la situación —respondí con una sonrisa ligera, intentando quitarle importancia—. Pero, ¿a qué viene el interrogatorio? ¿Estás tratando de psicoanalizarme?

Julien soltó una carcajada baja.

—No, nada de eso. Solo me da curiosidad. Me gusta conocer mejor a la gente con la que paso tiempo.

Desvié la mirada un segundo. La conversación era agradable, pero no sabía muy bien hacia dónde estaba intentando llevarla.

—Y dime, Sofía, ¿qué haces cuando no estás en el instituto o

planeando eventos para los alumnos?

Parpadeé, tomada por sorpresa. ¿Por qué me costaba tanto responder una pregunta tan sencilla?

—Pues… no mucho, la verdad. Leo, salgo a pasear cuando tengo tiempo… —Me interrumpí, consciente de lo aburrida que sonaba mi vida ahora mismo—. Ahora que lo pienso, debería tener más aficiones.

Julien sonrió apoyando la barbilla en una mano.

—Siempre hay tiempo para eso. A lo mejor solo necesitas alguien que te saque un poco de la rutina.

Arqueé ligeramente una ceja, sintiendo que esa frase había sonado demasiado intencionada. ¿Me estaba lanzando alguna indirecta?

—Yo, por ejemplo, cuando no estoy en el instituto, intento perderme por la ciudad. Me gusta encontrar sitios nuevos. Y cuando me canso de ella me gusta hacer algún deporte fuera, me encanta escalar y algunas veces con un grupo de amigos que hice hace unos años hacemos piragüismo. Deberías probarlo.

—Eso suena bien. Supongo que nunca me he tomado el tiempo de explorar tanto —admití con una pequeña sonrisa.

—Pues ya sabes —dijo con una sonrisa ladeada—. Algún día podríamos hacer una expedición.

Una leve alarma se encendió en mi cabeza. ¿Acababa de invitarme a salir de manera encubierta?

—¿Una expedición? No sabía que ahora también organizabas tours personalizados —bromeé intentando quitarle importancia.

—Solo para gente que vale la pena —respondió él con un guiño antes de volver a beber su café.

Sentí cómo mi cuerpo se tensaba ligeramente.

"*Vale, sí, definitivamente esto parecía una indirecta".*

Bajé la mirada removiendo distraídamente mi bebida, tenía ganas de cambiar de tema hacia algo menos comprometido y comenzamos a hablar de detalles triviales del instituto y anécdotas de nuestros alumnos que nos hicieron reír un poco. Con cada sorbo el ambiente recuperaba la comodidad habitual entre compañeros de trabajo, y sentí cómo el peso de la conversación anterior se iba disolviendo lentamente.

Para cuando terminé mi bebida, habíamos recuperado nuestra dinámica habitual, relajada y fácil. Fuera, el cielo empezaba a cubrirse con nubes grises que anunciaban lluvia, y Julien revisó discretamente la hora en su reloj. Comprendí de inmediato que era el momento de marcharnos, así que me apresuré a ponerme la bufanda y recoger mis cosas.

Mientras él se ponía el abrigo, recogió su móvil y las llaves del coche de la mesa, echando un vistazo al cielo antes de girarse hacia mí.

—¿Te dejo en el mismo sitio donde te recogí? —preguntó mientras se ponía el abrigo.

—Sí, por favor —respondí ajustando mi bufanda antes de levantarme.

Nos dirigimos a la salida, y mientras caminábamos hacia el coche, no pude evitar preguntarme si yo estaba interpretando de más sus palabras o si realmente estaba insinuando algo más de lo que decía. Me había hecho sentir rara, pero, por otro lado, ¿A qué le tenía miedo? Era guapo, serio y muy majo. Acaparaba muchas razones por las que seguir conociéndole no podía ser una mala idea. Quizá debería invitarle a quedar algún día, aunque sea para devolverle el favor de haberme ayudado con el proyecto.

Subí las escaleras del piso con paso tranquilo, al abrir la puerta del apartamento, me encontré con Lucas en el salón, recostado en el

sofá con un libro en la mano. El televisor estaba encendido con el volumen bajo, pero parecía más entretenido con el libro. Cuando levantó la vista y me vio entrar, su mirada me recorrió un segundo antes de volver a su lectura.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó con un tono que no supe descifrar del todo.

—Sí, hace un rato que me dejó Julien —respondí quitándome el abrigo y colgándolo con calma.

Lucas pasó una página, sin demasiado interés.

—¿Qué tal la cita?

Fruncí el ceño soltando una risa breve.

—No ha sido una cita —aclaré—. Hemos hablado del proyecto, eso es todo.

Lucas cerró el libro con calma y lo dejó sobre la mesa. Su expresión era neutra, pero había una especie de tensión en su mandíbula, como si estuviera midiendo sus palabras antes de hablar.

—Claro, si tú lo dices.

Rodé los ojos, dejando mi bolso sobre una silla.

—¿Desde cuándo te molesta con quién tenga mis reuniones? ¿O es que ahora tengo que consultarte para irme a algún sitio?

Lucas abrió mucho los ojos, como si le divirtiera mi reacción.

—No me molesta —dijo con calma, apoyando un brazo en el respaldo del sofá—. Solo me parece curioso. Parece que a todo el mundo le encanta ayudarte.

Me crucé de brazos.

—Sí, Lucas, porque mis compañeros de trabajo tienen interés en el proyecto. Es lo normal. No todo el mundo ve segundas intenciones en cada cosa.

Lucas soltó una leve risa, sin apartar la mirada de mí.

—Por dios Sofía, seguro que habéis ido a la cafetería que está al

principio de la avenida, es el típico sitio de primera cita.

Parpadeé sorprendida de que lo hubiera adivinado tan rápido.

—¿Eso qué tiene que ver con nada?

—Nada, solo que me hace gracia —dijo inclinándose hacia adelante con los codos sobre las rodillas—. Pero oye, si tú dices que todo ha sido estrictamente profesional, te creo.

El sarcasmo en su voz era evidente. Me tensé, sintiendo una punzada de frustración.

—No tengo porqué darte explicaciones, Lucas. Fui a hablar del proyecto, me ayudó y ya está. Además, si fuera por lo otro, no entiendo por qué te importa tanto.

Lucas sostuvo mi mirada por un momento antes de soltar un suspiro y apoyarse de nuevo en el respaldo del sofá, recogiendo su libro sin abrirlo.

—No me importa —murmuró—. Solo me resulta… interesante.

Lo miré con incredulidad.

—Si no te importa, entonces, ¿por qué seguimos hablando de esto?

Lucas hizo una pausa, como si estuviera considerando su respuesta. Luego sonrió de lado.

—Supongo que me resulta entretenido ver cómo te pones a la defensiva.

Exhalé con impaciencia y me giré hacia la cocina, sin ganas de seguir con la conversación. Saqué un vaso y lo llené de agua, tratando de ignorar la sensación de incomodidad que me había dejado nuestro intercambio.

Lucas apareció en la puerta, apoyándose en el marco con los brazos cruzados. Esta vez no habló de inmediato, solo me observó.

—¿Y qué? ¿Te cayó bien? —preguntó al cabo de unos segundos.

Me giré lentamente, apoyándome en la encimera.

—Julien es mi compañero, Lucas. Claro que me cae bien.

—No sé, y, ¿cómo ha ido entonces? —soltó, como si hablara para sí mismo.

Lo observé con atención. Había algo en su expresión, en la forma en que desviaba ligeramente la mirada antes de volver a fijarse en mí, que me hizo detenerme un segundo.

"¿Estaba celoso? No… no podía ser eso, ¿no?"

Sacudí la cabeza, optando por no seguirle el juego.

—No sé por qué te molesta tanto esto —dije con calma, dando un sorbo a mi agua—. Pero si de verdad solo te da curiosidad, te recomendaría que trabajaras en tu tono.

Lucas ladeó la cabeza con una media sonrisa.

—¿Mi tono? ¿Y qué tiene de malo mi tono?

—Que suenas como un imbécil —solté sin más.

Lucas soltó una leve carcajada, pero había algo en su expresión que delataba que mis palabras no le habían hecho gracia.

—Siempre con ese encanto tuyo —murmuró.

Dejé el vaso en la encimera con un poco más de fuerza de la necesaria y me giré hacia él.

—Lucas, estoy cansada. No quiero discutir contigo por esto.

Me giré para abrir la nevera, sacando los ingredientes para preparar algo de cenar. Lo último que me apetecía era que él se sintiera con derecho a hacerme la cena después de lo gilipollas que había sido. Saqué un par de huevos, algo de pan y queso, decidiendo que lo más rápido era hacerme una tortilla. Sentía la mirada de Lucas sobre mí, aunque él seguía en el umbral de la puerta, aparentemente entretenido con su libro.

El silencio entre nosotros no era cómodo. Era denso, cargado de algo que no terminaba de entender. Encendí el fuego y rompí los huevos en un bol, tratando de concentrarme en la tarea, pero mis

manos se movían con más brusquedad de la que pretendía. La conversación de antes seguía en mi cabeza, repitiéndose en bucle.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche? —solté sin mirarlo, vertiendo la mezcla en la sartén.

—No sé, es entretenido verte cocinar de mal humor —respondió.

Bufé y removí la tortilla con el tenedor, ignorándolo. Pero cuando intenté girarla en la sartén, el movimiento torpe hizo que salpicara un poco de aceite caliente y un pinchazo agudo me recorrió la mano.

—¡Mierda! —me quejé sacudiendo los dedos por reflejo.

Antes de que pudiera reaccionar, Lucas ya estaba a mi lado.

—Déjame ver —dijo con voz firme, sin dejar espacio a discusión.

—No es nada, solo…

Pero ya tenía mi muñeca sujeta con una mano y con la otra me guiaba hacia el fregadero.

—Agua fría —indicó abriendo el grifo y metiendo mi mano bajo el chorro.

El alivio fue inmediato, pero la cercanía de Lucas hizo que me pusiera más nerviosa de lo que quería admitir. Su mano era cálida y fuerte contra mi piel, sujetándome con cuidado pero con firmeza. Su rostro estaba lo suficientemente cerca como para notar la sombra de su barba sin afeitar y el leve fruncimiento de su ceño mientras examinaba la quemadura.

—No es grave —murmuró sin soltarme—. ¿Ha sido por mi culpa?

Asentí en silencio, concentrándome más en la forma en la que su pulgar rozaba distraídamente mi muñeca que en el frescor del agua fría.

Cuando el escozor comenzó a calmarse, intenté retirar la mano, pero Lucas no la soltó de inmediato. Su agarre se aflojó apenas, pero no se apartó. Sentí su respiración pausada, la calidez de su presencia invadiendo el pequeño espacio entre nosotros. Por un

instante, me atreví a levantar la vista. Sus ojos estaban fijos en los míos, verdes y serenos, pero con una intensidad que me dejó sin palabras.

—No quiero que vuelvas a hacerte daño por mi culpa —dijo así, directo.

"¿Que se supone que tengo que pensar ahora con esa frase Lucas?" Pensé para mí misma mientras el tiempo parecía ralentizarse.

Su pulgar rozó mi muñeca una última vez antes de soltarme con suavidad.

—Voy a buscar algo para ponerte —dijo en voz baja, apartándose solo lo justo para romper el momento.

Lo observé salir de la cocina, aún con la mano bajo el agua, intentando controlar el revoltijo de emociones que la escena había dejado tras de sí. No era solo la quemadura lo que había hecho que mi piel hormigueara. Era él.

Y eso sí que no me lo esperaba.

20

Sofía

El sonido del cuchillo golpeando la tabla de madera marcaba un ritmo constante en la cocina. Desde mi sitio en la mesa, lo observaba de reojo mientras removía la cuchara en mi taza de té. Lucas picaba la cebolla con una precisión casi insultante, como si le hubiera dedicado media vida a perfeccionar la técnica. Yo, en cambio, me limitaba a dejar que el vapor del jazmín me envolviera mientras mi cabeza divagaba por cualquier otra parte.

A Noir no parecía importarle nada de esto. Seguía roncando plácidamente en el respaldo del sofá, sin el menor interés por la existencia de los demás. Vida perfecta la suya.

—Estás en otro planeta.

Me sacudí un poco y levanté la vista.

—¿Eh?

—Que no has dicho ni una palabra desde que empecé a cocinar —replicó sin apartar la vista de su tarea—. Eso en ti es preocupante.

Entrecerré los ojos.

—Estaba pensando.

—Eso es nuevo.

Puse los ojos en blanco, pero no le di el gusto de responder. En su lugar, mi mente retomó el pensamiento que me había traído hasta aquí en primer lugar.

—Llevas semanas sin subir nada nuevo.

Lucas se detuvo.

—Lo sé.

—¿No has avanzado nada?

—Algo, pero no lo suficiente.

Observé su perfil, el ceño fruncido y los labios ligeramente apretados. Lucas era bueno con las palabras, podía manipularlas con facilidad, pero cuando se trataba de hablar de sí mismo, de sus miedos y bloqueos, se convertía en un muro de piedra.

—De hecho… —retomó soltando un suspiro antes de seguir picando—. Pensé que, cuando tenga algo decente, te lo enseñaré a ti antes de publicarlo.

Parpadeé.

—¿A mí?

—No, a Noir —respondió con ironía, alzando una ceja antes de volver a concentrarse en la comida—. Claro que a ti.

Me quedé en silencio, asimilando el comentario. No sé por qué, pero eso me pareció ridículamente tierno.

—Eso es… —empecé, pero me interrumpí porque ni siquiera sabía qué decir.

Lucas arqueó una ceja, desconfiado.

—¿Qué?

Sonreí un poco, encogiéndome de hombros.

—Nada, simplemente me parece mono.

—No soy "mono" —soltó arrugando el entrecejo como si acabara de insultarlo.

—A veces un poco.

Bufó y terminó de apagar el fuego.

—¿Y esta tarde cómo vamos a ir?

Me estiré en la silla y solté un suspiro.

—¿Por?

Lucas me miró como si la respuesta fuera obvia.

—¿Cómo qué por qué? Tenemos plan.

Fruncí el ceño.

—¿Tenemos?

—*Escape Room.*

Lo miré en blanco.

—Pensaba que al final no vendrías.

—Nunca dije que no.

—Tampoco dijiste que sí.

—Pensé que era evidente.

—Para nada.

Lucas sonrió con suficiencia y empezó a servir la comida.

—Entonces, ¿qué dices?

Me crucé de brazos, fingiendo pensarlo. Pero la verdad es que me había hecho más ilusión de lo que quería admitir.

—Digo que ya era hora de que me avisaras.

Lucas se encogió de hombros, como si todo esto fuera lo más normal del mundo.

—Dramática.

—Despreocupado.

Nos sentamos a la mesa y, mientras él empezaba a comer, yo sonreí para mí misma, sabiendo que la tarde iba a ser más interesante de lo que había imaginado.

El aire fresco me dio en la cara cuando bajé del coche. No podía evitar sonreír, tenía ganas de esto. Me encantaban los *escape room*

y tenía curiosidad de ver cómo era uno en Francia.

Por otro lado, no sabía cómo se lo iba a tomar Lucas, pero algo me decía que su actitud de "esto es una pérdida de tiempo" iba a estar presente en cada minuto.

Al acercarnos a la entrada del local, vi a Claire y a un hombre que debía ser Pierre esperándonos. Claire me saludó con una gran sonrisa.

—¡Sofía! Me alegra verte —dijo con su energía habitual. Luego señaló a Pierre—. Él es Pierre, mi novio. Pierre, ella es Sofía, de quien te he hablado.

Pierre sonrió y me tendió la mano.

—Encantado, Sofía. Claire habla mucho de ti.

—Espero que bien —bromeé mientras estrechaba su mano.

Lucas llegó en ese momento, metiendo las manos en los bolsillos como si preferiría estar en cualquier otro sitio. Apenas saludó con un gesto de cabeza y miró directamente a Claire con el ceño fruncido.

—¿Y Marc? —preguntó, directo al grano.

Claire bufó y lo miró con una mezcla de paciencia y exasperación.

—Si miraras el grupo, lo sabrías. Cuando lo propusimos, dijo que hoy no podía. Así que somos nosotros cuatro.

Lucas sacó el móvil con cara de pocos amigos, claramente comprobando si le estaban diciendo la verdad.

—Bueno, él se lo pierde —dije para cambiar de tema, porque este plan me ilusionaba demasiado como para dejar que la actitud de Lucas lo arruinara—. ¿De qué va este *escape room*? ¿Es de terror, de misterio…?

Pierre sonrió relajándose un poco con mi entusiasmo.

—Es de misterio con un toque policial. Tenemos que resolver un asesinato antes de que se acabe el tiempo.

—¡Eso suena increíble! —exclamé. No pude evitarlo, estas cosas me encantaban. Aunque no podía dejar de preguntarme si Lucas iba a tomárselo en serio o si se pasaría la hora criticando cada pista.

—A ver si no acabamos matándonos entre nosotros antes de resolverlo —murmuró Lucas con su tono de sarcasmo habitual.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Tienes que aprender a disfrutar las cosas, ¿sabes?

—Lo intentaré —respondió sin mucho ánimo, pero con una pequeña chispa en la mirada que me hizo preguntarme si en realidad sí lo estaba disfrutando un poco.

Claire intervino antes de que la conversación se desviara.

—Bueno, ¿vamos entrando?

—Vamos —asintió Pierre. Luego nos miró a Lucas y a mí con una sonrisa traviesa—. Y por cierto, el juego es en equipos. Claire y yo vamos juntos, así que ustedes dos serán un equipo.

Sentí una mezcla de emoción y nervios. Me giré hacia Lucas esperando alguna objeción, pero solo arqueó una ceja.

—Vaya, qué sorpresa… —dijo con burla—. Veamos qué tan buena detective eres, profe.

—Mejor que tú, seguro —repliqué con una sonrisa desafiante.

Lucas resopló con diversión y abrió la puerta del *escape room*.

—Ya lo veremos.

Nos hicieron pasar a una pequeña sala con fotos en blanco y negro de mansiones antiguas y detectives con lupa. Un hombre con gafas gruesas y una camisa oscura sonrió antes de empezar a hablar.

—Bienvenidos a "La Estrella de Medianoche". Tienen sesenta minutos para resolver el robo del diamante antes de que el ladrón escape. Y solo un equipo puede llevarse el crédito. ¿Listos?

Mi emoción subió como espuma y asentí rápido.

—Cada equipo empieza en una sala distinta. Ustedes en la biblioteca, sus compañeros en el estudio del dueño. Tienen *walkie-talkies* para comunicarse. Pero cuidado… solo uno puede ganar.

Nos guiaron hasta la biblioteca, llena de estanterías antiguas y un escritorio imponente. La puerta se cerró con un clic metálico. Juego en marcha.

—Empieza el tiempo. Buena suerte.

Me lancé a revisar los estantes, escaneando los lomos de los libros en busca de algo que resaltara. Justo encima de mí, en un altillo polvoriento, un pequeño cajón sobresalía entre los estantes. Me puse de puntillas, pero mis dedos apenas lo rozaban. Me mordí el labio, calculando si dar un pequeño salto serviría de algo.

—¿Necesitas ayuda? —Lucas ya estaba detrás de mí antes de que pudiera responder. Su tono divertido no ocultaba del todo su satisfacción ante mi dificultad.

—Lo tengo —murmuré, aunque claramente no lo tenía.

Antes de que pudiera insistir, sentí su presencia pegándose más a mi espalda. Sus manos pasaron por encima de las mías y, en un solo movimiento, abrió el cajón. Su aliento caliente me rozó el cuello y un escalofrío me recorrió la piel. Estaba demasiado cerca. Demasiado.

—Mejor no te distraigas, profe. No queremos perder por tu culpa —susurró junto a mi oído, con ese tono cargado de burla y algo más.

El aire pareció espesarse. Mi respiración se hizo más lenta, como si mi cuerpo tratara de procesar lo que acababa de pasar.

Durante un segundo, olvidé por completo que estábamos en un juego. Lo único que existía era su cuerpo pegado al mío, su voz tan cerca que sentía la vibración en mi piel. ¿Había sido intencional? ¿O estaba jugando conmigo, simplemente disfrutando de mi reacción?

Tragué saliva y me aparté lo justo para crear algo de espacio entre nosotros. Lo suficiente para poder girarme y mirarlo de frente sin perder la compostura. Pero cuando lo hice, su expresión no tenía rastro de inocencia. Sonreía de lado, su mirada brillaba con algo indescifrable.

—No me distraigo. Concéntrate en resolver esto y deja de hacerte el interesante —dije con más firmeza de la que sentía realmente. Mi voz sonó estable, aunque mi pulso estaba desbocado.

Lucas no apartó la mirada. Sostuvo el contacto visual con un descaro que hizo que mi estómago diera un pequeño vuelco. Luego, con una lentitud exasperante, dio un paso atrás y dejó caer su mirada al papel que ahora sostenía en mis manos.

—Como digas —musitó, como si supiera exactamente el efecto que había causado en mí.

El tiempo corría y cada segundo en el *escape room* hacía que nuestra dinámica cambiara. Al principio, Lucas y yo habíamos trabajado en paralelo, cada uno revisando por su cuenta, pero poco a poco, sin darnos cuenta, comenzamos a entendernos.

—Mira esto —dije señalando un poema enmarcado en la pared —. Podría ser una clave para algo.

Lucas se acercó y lo leyó en voz baja. Luego me miró de reojo, pensativo.

—La última línea tiene menos sílabas que el resto… Quizás sea un código de números.

—O la clave de un candado —aventuré.

Nos giramos al mismo tiempo, y él sonrió con esa expresión satisfecha que le salía cuando resolvía algo antes que los demás. Caminó hasta un pequeño escritorio y tiró del primer cajón, que estaba asegurado con un candado de combinación. Se agachó para observarlo mejor, y yo me incliné a su lado, tratando de mantenerme

enfocada en la prueba y no en el leve roce de su brazo contra el mío.

—Dímelo en voz alta —me pidió.

Le dicté los números según el patrón del poema y él giró el dial con precisión. El clic que sonó cuando el candado se abrió me hizo dar un pequeño salto de emoción.

—¡Bien hecho! —exclamé sonriendo ampliamente. Sin pensar, le di una palmadita en el brazo.

Lucas arqueó una ceja, divertido.

—¿Me estás felicitando como si fuera un perro bien entrenado?

Rodé los ojos, pero no pude evitar reírme.

Dentro del cajón encontramos un mapa de la mansión con algunas marcas en tinta roja. Lo extendimos sobre la mesa y, sin darnos cuenta, nos inclinamos al mismo tiempo, quedando casi codo con codo.

—Aquí hay algo raro —señaló trazando una línea con el dedo—. Esta habitación no aparece en el resto de los planos.

—Debe ser la habitación secreta —susurré.

Lucas giró la cabeza hacia mí en el mismo instante, y por un momento, nos quedamos así, con los rostros demasiado cerca. Su mirada bajó a mis labios de manera fugaz, y yo sentí que mi respiración se detenía un instante.

—Será mejor que encontremos la entrada antes que los otros —dijo finalmente, volviendo a enfocarse en el mapa.

Asentí con rapidez, tratando de ignorar el calor que se me había instalado en la cara y nos pusimos en marcha otra vez. En el interior de la sala secreta había un viejo escritorio con papeles desperdigados y, en la pared, un cuadro con una inscripción apenas visible. Me acerqué para leerlo cuando una voz resonó por los altavoces.

—¡Detectives! ¡El ladrón ha vuelto! Si los descubre, la misión fracasará. ¡Escóndanse rápido!

Antes de que pudiera reaccionar, Lucas me tomó del brazo y miró alrededor. No había muchas opciones. Sin pensarlo dos veces, abrió un pequeño armario empotrado y me hizo entrar con él justo cuando el sonido de pasos resonó en la sala.

El espacio era diminuto. Apenas podía moverme sin que mi cuerpo rozara el suyo. Mi espalda chocó contra la madera y, sin querer, nuestras respiraciones quedaron sincronizadas. Su calor era sofocante en la cercanía del escondite, y la oscuridad solo hacía todo más intenso.

—¿Siempre tienes que reaccionar tan rápido? —susurré intentando ignorar el leve cosquilleo de su respiración en mi mejilla.

—Si prefieres que nos descubran, adelante —replicó con voz baja, pero con ese tono divertido que me sacaba de quicio.

Tragué saliva. Sentía cada pequeño movimiento, cada roce accidental amplificado por la falta de espacio. En un intento de acomodarnos, su mano se deslizó sin querer sobre mi cintura, y mi piel reaccionó al instante.

Él se quedó quieto. Yo también. Nos miramos en la penumbra, apenas distinguiendo nuestras caras, pero sintiéndonos demasiado cerca. Sus ojos bajaron un segundo a mis labios, y yo hice lo mismo sin pensarlo. Era solo un instante, pero la tensión subió como una chispa en el aire. Como si en ese momento, algo estuviera a punto de pasar y ninguno de los dos supiera qué hacer al respecto.

Y entonces, el *walkie-talkie* en el bolsillo de Lucas se encendió de golpe con la voz clara de Claire.

—¡Chicos! ¿Cómo van? Ya estamos en la sala final, pero necesitamos ayuda para resolver la última parte del acertijo. Parece que hay que hacerlo juntos.

Lucas y yo nos miramos, todavía pegados el uno al otro en el reducido espacio. Su expresión pasó de la sorpresa a una leve sonrisa torcida.

—Supongo que el escondite se acabó —murmuró antes de empujar la puerta para salir.

Nos sacudimos el polvo rápidamente y cruzamos la pequeña habitación secreta para alcanzar la puerta que llevaba a la última sala.

Cuando entramos en la sala final, Claire y Pierre estaban ya frente a un pedestal de cristal con una caja cerrada y un extraño mecanismo de combinación.

—¡Por fin! —exclamó Claire—. Nos faltan las últimas piezas del código y creemos que están en la inscripción de la sala secreta en la que estabais.

Miré a Lucas y asentimos al unísono. Nos acercamos al pedestal y, con el papel que habíamos encontrado en la habitación secreta, logramos descifrar los últimos números del código. Lucas giró el dial con precisión y, tras un momento de suspenso, la caja se abrió con un chasquido.

Dentro, descansaba una réplica del diamante robado: "La Estrella de Medianoche".

—¡Lo logramos! —dije sintiendo una oleada de euforia.

Claire y Pierre también celebraron, pero enseguida el altavoz volvió a sonar con la voz del organizador.

—¡Felicidades, detectives! Han encontrado el diamante, pero aún queda una última decisión. Solo un equipo puede llevarse el crédito. ¿Qué harán?

Nos miramos entre nosotros. Nadie quería ceder… pero entonces Lucas habló.

—Yo digo que lo entreguemos juntos. Después de todo, sin

nosotros esto no se habría resuelto.

Claire suspiró, pero asintió con una sonrisa.

—Está bien. ¿Qué opinas, Sofía?

—Es lo justo —respondí, sintiendo que, de alguna manera, eso también describía todo lo que había ocurrido entre Lucas y yo durante el juego.

Pulsamos el botón que indicaba "cooperación" y la luz en la sala se encendió, indicando el final del juego. La puerta se abrió y el organizador entró a recibirnos con una sonrisa.

—¡Gran trabajo, equipo! Han resuelto el caso en un tiempo récord y con una decisión muy equilibrada. ¡Son ganadores!

Nos aplaudieron mientras salíamos de la sala. En el pasillo, Claire estiró los brazos y dejó escapar un suspiro aliviado.

—Creo que después de esto nos merecemos una cena —dijo con una sonrisa—. ¿Vamos?

—Definitivamente —asentí, todavía con la adrenalina corriendo por mi cuerpo.

—Mejor que no sea comida rápida —comentó Pierre estirando el cuello—. Después de tanto esfuerzo, quiero algo decente.

Lucas miró su reloj y luego me lanzó una mirada fugaz, casi como si estuviera comprobando mi reacción antes de hablar.

—Conozco un sitio no muy lejos de aquí.

Claire y Pierre aceptaron de inmediato, y yo, sin saber muy bien por qué, sentí un cosquilleo de anticipación.

—Pues vamos —dije tratando de sonar casual.

Salimos del local y la noche nos recibió con un aire fresco que se sentía diferente. Como si, después de ese juego, algo hubiera cambiado sin que ninguno de los dos quisiera admitirlo todavía.

El camino hacia el restaurante no estaba lejos. La caminata era relajada, con la emoción de la actividad aún latente en el aire. Claire

y Pierre hablaban animadamente sobre los momentos más tensos de la partida, mientras Lucas y yo caminábamos en paralelo, un poco rezagados del grupo.

—Eres bastante buena en esto —dijo Lucas de repente.

Le lancé una mirada de soslayo, sin poder evitar sonreír.

—¿Eso es un cumplido? Viniendo de ti, no estoy segura.

—Tal vez —respondió con su tono enigmático de siempre—. No acostumbro a trabajar en equipo, pero contigo ha sido… interesante.

Noté que había querido decir otra palabra, pero decidió dejarlo en "interesante". Preferí no insistir. La sensación de complicidad aún flotaba en el aire.

21

Sofía

Coloqué la última guirnalda sobre el mostrador y di un paso atrás para observar el resultado. No estaba nada mal. Nunca habría imaginado que pasaría una tarde decorando la librería con Lucas, pero aquí estaba. Y lo peor de todo es que me estaba gustando. De hecho, en mi cabeza, ya estaba pensando en cómo se podría reorganizar el espacio, darle más vida, hacer que fuera un lugar donde la gente realmente quisiera quedarse más tiempo. Había algo en este sitio que me hacía querer mejorarlo, como si tuviera un encanto escondido bajo su caos.

Era mediados de diciembre y el ambiente ya estaba completamente impregnado de la llegada de las fiestas. En el instituto, los alumnos contaban los días para las vacaciones, y yo aún tenía la mente puesta en el evento. Faltaban apenas dos días y todo estaba prácticamente listo: había conseguido los permisos necesarios, tenía los materiales preparados y la librería estaba tomando la forma perfecta para la actividad.

Ajusté las luces pequeñas alrededor de la entrada,

asegurándome de que todo quedara bien colocado.

—Si sigues poniendo cosas por todas partes, vas a convertir esto en una tienda de decoración —comentó Lucas desde el otro lado de la sala, apoyado en una estantería con los brazos cruzados.

Rodé los ojos y cogí una caja con más luces pequeñas.

—No exageres. Solo intento darle un poco de ambiente. Además, esto no es solo decoración, es parte de la actividad.

Lucas suspiró, pero sin la dureza de otras veces. Se acercó y tomó un adorno de la caja fingiendo examinarlo con interés.

—Bueno, mientras no me hagas disfrazarme de Papá Noel, supongo que podré soportarlo.

—Si necesitas un disfraz, me avisas —bromeé al imaginarlo vestido con un gorro rojo.

Solté una risa y volví a centrarme en lo que hacía. Sentí que Lucas se movía cerca y cuando me giré para coger una cinta de la caja, su brazo rozó el mío. Levanté la vista y él también me miraba.

—Tienes purpurina en la cara —dijo con una sonrisa ladeada.

Fruncí el ceño y me pasé la mano por la mejilla, pero al parecer no acerté.

—Aquí —susurró él, levantando la mano. Sus dedos rozaron mi piel con suavidad, limpiando el rastro brillante.

Tragué saliva, sintiendo cómo el calor se instalaba en mis mejillas. No debería afectarme tanto, pero ahí estaba, paralizada bajo su mirada. Sus ojos verdes me examinaban con una mezcla de diversión y algo más, algo que no lograba descifrar del todo. Su mano se demoró un segundo más de lo necesario antes de apartarse, y yo sentí la ausencia de su contacto de inmediato.

El silencio que siguió se sintió demasiado largo, demasiado denso. Mi corazón latía más rápido de lo que me gustaría admitir, y no tenía ni idea de cómo romper la tensión sin parecer ridícula.

Carraspeó y volvió a la caja de adornos, sacando una estrella dorada que miró sin demasiado interés.

—¿Dónde va esto? —preguntó sin mirarme esta vez.

Me tomó un segundo reaccionar.

—En la estantería del fondo, justo en la parte superior —dije señalando con la mano.

Lucas asintió y caminó hacia allí.

La tarde avanzaba y seguíamos ultimando detalles para el evento. Antes de nada, tuvimos que reorganizar las mesas para asegurarnos de que habría suficiente espacio para todos los alumnos.

Lucas, aunque al principio parecía más bien un espectador resignado, poco a poco había comenzado a involucrarse más. Empezaba a colocar adornos en las estanterías, aunque sin mucho entusiasmo. Justo cuando se estiró para colgar una cinta decorativa sobre una de las estanterías, su codo golpeó uno de los estantes. Solté un respingo al ver que un par de libros cayeron al suelo.

—Muy bien, chico —bromeé mientras me inclinaba para recogerlos.

Lucas bajó con un bufido y sacudió la cabeza.

—Estoy bien, no me he hecho daño, que te veo preocupadísima por mi integridad física—dijo con ironía frotándose el codo con una mueca.

Lo miré con atención y, de repente, mi cerebro conectó las piezas. Abrí los ojos con emoción.

—¡Así es como te hiciste la cicatriz en el muslo! —exclamé señalándolo—. Te diste un golpe contra algo en la librería de pequeño, como ahora, con algún hierro o algo.

Lucas arqueó una ceja, claramente entretenido.

—¿Esa es tu teoría?

—Tiene sentido —insistí cruzándome de brazos— ¿Es cierto o no?

Lucas negó con la cabeza.

—Incorrecto. Pero me gusta tu intento.

Resoplé.

—Genial, otro fallo. Vamos empate. Nos queda una oportunidad para decidir quién gana.

Lucas me miró con un destello de diversión en los ojos.

—¿Quieres hacerlo ahora?

—Obviamente —asentí inclinándome sobre la mesa para apoyarme en los codos—. Voy yo primero…

Pensé por un momento. Ya había descartado lo del golpe y lo de una caída, así que debía ser algo más elaborado. Pensé en sus hobbies, en lo que hace en el día a día. Entonces, una imagen me vino a la mente.

—Intentaste salvar a un crío que se estaba ahogando. Y mientras lo sacabas del agua, te golpeaste con algo o te hiciste la herida de alguna forma —dije observando su reacción.

Lucas se quedó callado un momento, entrecerrando los ojos. Luego inclinó ligeramente la cabeza.

—Casi —respondió. Su tono tenía un matiz que me hizo darme cuenta de que, efectivamente, me había acercado mucho más esta vez.

—¡¿En serio?! —dije sorprendida—. Vale, ahora tengo que saber qué pasó de verdad, eso casi cuenta como un acierto.

—Ya veremos, lista, no te vengas arriba primero me toca a mí.

—Vaaaale.

Lucas apoyó las manos en la mesa y me miró con intensidad, como si estuviera analizando cada rasgo de mi cara en busca de la respuesta. Tragué saliva y desvié la mirada un segundo. Aún no me

acostumbraba a cuando hacía eso.

—No sabes nadar pero tampoco tienes ninguna marca ni herida —murmuró pensativo antes de recorrerme con la mirada un segundo y guiñarme un ojo—. Al menos que yo haya visto, claro.

Su sonrisa no le salvó del golpe en el brazo que le dí.

—A lo que voy es que eso significa que no es algo físico, no es que te hicieras daño y por eso dejaste de hacerlo. Es mental.

Me quedé quieta. No quería ayudarlo, pero lo que estaba diciendo tenía sentido. Mantuve la expresión neutral mientras él seguía.

—Te obligaron a hacer algo en el agua que no querías. Algo que te hizo cogerle miedo.

El aire pareció volverse más pesado a mi alrededor. De repente, volví a estar en aquella piscina, con el cloro impregnando mi nariz, el eco de las voces resonando en las paredes. Recordé la sensación del agua envolviéndome, la opresión en mi pecho al ver que la profundidad era mayor de lo que podía manejar. Y sobre todo, el momento en el que intenté salir a la superficie y sentí que no podía. El pánico absoluto. El terror irracional que se quedó conmigo desde aquel día.

No respondí y Lucas frunció el ceño.

—En clases de natación. Te hicieron bucear muy profundo y te agobiaste —concluyó con seguridad.

Sentí una punzada en el estómago. ¿Cómo demonios había podido adivinarlo con tanta exactitud? Lo miré, incrédula.

—¿Cómo…? —empecé, pero no terminé la pregunta. Lucas esbozó una media sonrisa.

—Pasa más a menudo de lo que piensas en ese tipo de clases.

Sacudí la cabeza, todavía sorprendida. Lo peor de todo es que, por más que quisiera, no podía negar que había ganado.

—Vale, me rindo —admití suspirando.

Lucas se encogió de hombros, satisfecho, y se inclinó un poco más hacia mí sobre la mesa.

—Cómo, ¿cómo? ¿Me estás diciendo que he ganado?

—Eres insoportable —sentencié apartándolo con un toque en el hombro.

—Dilo —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Has ganaaaaaado.

Un brillo en sus ojos apareció, me sorprendía lo mono que podía llegar a ser a veces.

—Bueno, quizás lo dejaremos en empate, si te portas bien y haces lo que yo diga, claro.

Le lancé una mirada asesina seguida de una peineta en respuesta.

—¡Yo quiero que me digas lo que te pasó en verdad!

—No, no, no. Primero te toca cumplir a ti y después...—Hizo una breve pausa llevándose la mano al cuello—, si quieres te lo contaré.

—¡Bieeeeen! Pero no te pases conmigo que yo solo te he pedido que lo cuentes.

—No te va a hacer mucha gracia eso desde luego —respondió con una sonrisa de malicia—. Tienes que venir un día conmigo a la piscina, quiero ayudarte a quitarte ese miedo.

La sensación de ansiedad aún reciente por el recuerdo que acababa de tener se hizo más grande.

—No, Lucas por favor, lo pasé muy mal.

—Conozco a gente que ha pasado por algo similar, déjame ayudarte —dijo en un tono más sereno.

Sus ojos verdes me miraban expectantes y me quedé sin armas ante ellos, *"Joder Sofía le has llevado la contraria miles de veces no me digas que porque te ponga ojitos vas a bajar los brazos".*

—Está bien, pero iremos a mi ritmo —respondí mientras una parte de mí se revelaba dentro de mi cabeza.

Él asintió con una sonrisa.

El resto de la tarde transcurrió entre bromas, trabajo y esa sensación latente en el aire que ninguno de los dos parecía querer nombrar. Cuando terminamos, nos detuvimos un momento a observar el resultado. La librería estaba lista para el evento.

Lucas cruzó los brazos, analizando el lugar, y luego me miró de reojo.

—No está tan mal, señorita filóloga. Tal vez hasta me acostumbre a la idea de ver mi librería así.

Sonreí, sintiéndome extrañamente satisfecha.

—Sabía que te gustaría.

Lucas bufó, pero no discutió. Y por alguna razón, eso me hizo sentir que, tal vez, estábamos empezando a entendernos de verdad.

22

Sofía

Aquella mañana me maldije a mi misma por aceptar aquella apuesta. Pero ahí estaba, con el bañador puesto debajo de la ropa, los nervios enredados en el estómago y la sensación de estar a punto de enfrentar una especie de juicio.

El simple olor a cloro, ese eco húmedo de la piscina cubierta, ya me hacía sentir fuera de lugar. No me gustaba el agua, nunca me había gustado. Y encima aquel sitio me recordaba a cuando Iris me tendió una emboscada para ver a Lucas sin camiseta. Pensaba que después de convivir con él ya estaría acostumbrada pero cuando le vi quitársela , buf, no lo tenía superado.

"Céntrate, Sofía", me repetí. Pero era inútil. Cada paso hacia la orilla me pesaba, como si estuviera caminando directa a la trampa de mis propios pensamientos.

El agua estaba fría al principio, y un estremecimiento me recorrió las piernas. Lucas ya me esperaba dentro, con el agua rozándole la cintura, moviéndose con esa naturalidad que me provocaba envidia y, al mismo tiempo, otra cosa que no quería reconocer.

—Ven —dijo tendiéndome la mano.

La tomé, y esa primera descarga de piel mojada contra piel seca fue suficiente para que mi corazón diera un salto. Me atrajo suavemente hacia él y cuando nuestros torsos chocaron sentí una descarga mientras trataba de controlar la respiración

—Lo primero es dejarse flotar —me explicó acercándose más de lo que creía necesario—. Confía.

"Confía". Esa palabra en su boca se convirtió en un susurro que parecía tener más significados de los que decía.

Cuando colocó sus manos bajo mi espalda, me sentí expuesta, vulnerable, pero al mismo tiempo protegida. El agua me cubría los oídos, aislando el ruido del mundo, y lo único que quedaba era él: sus ojos atentos, su respiración tan cerca que casi podía sentir el roce en mis labios, su calor bajo la frialdad del agua.

Intenté pensar en los movimientos, en la técnica, pero era imposible. Lo único que podía registrar era la presión de sus manos, la firmeza de su agarre, el contraste entre el agua helada y la calidez de su piel. Mis pensamientos se deslizaban peligrosamente hacia otro terreno: qué pasaría si en lugar de sostenerme para nadar me sujetara de esa manera en otra situación, en otro lugar.

Me estremecí, y él lo notó.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz grave que no hizo más que aumentar mi nerviosismo.

—S-sí —mentí girando un poco la cabeza.

No lo estaba. O al menos, no en el sentido convencional. Estaba demasiado consciente de cada músculo de su cuerpo, de la gota de agua que le resbalaba por el cuello, del modo en que su torso rozaba apenas mi brazo cuando me corregía la postura.

Intenté moverme para disimular mi nerviosismo, pero el gesto fue torpe y, de repente, perdí el equilibrio. Un segundo después

estaba aferrándome con todas mis fuerzas al cuerpo de Lucas, las uñas casi hundidas en su espalda, el corazón desbocado.

—¡Lucas! —grité medio tragando agua.

Él reaccionó al instante, sujetándome con firmeza por la cintura, estabilizándonos mientras yo me apretaba contra él como si mi vida dependiera de ello. Y quizá, en ese momento, así lo sentía.

Cuando el agua dejó de agitarse y recuperamos algo de calma, me di cuenta de lo que había pasado: mi pecho estaba pegado al suyo. Su respiración era rápida, como la mía, y durante un instante sus ojos se quedaron fijos en los míos.

Me siguió una punzada de calor en el rostro al darme cuenta de lo pegados que estábamos sin prácticamente nada entre medias.

Lucas aprovechó el momento para recomponer la clase. Me pidió que me relajara, que estirara los brazos y cerrara los ojos. Su voz sonaba tranquila, paciente, y aunque el agua seguía rodeándome con esa sensación de amenaza, me dejé guiar. Sentí sus manos firmes bajo mi espalda, luego apartarse poco a poco.

Por primera vez no me hundí de inmediato. Floté. Apenas unos segundos, pero lo suficiente para que el miedo cediera a una chispa de orgullo.

Abrí los ojos y lo vi sonriéndome desde cerca, sin tocarme ya, como si me dijera en silencio que confiara en mí misma.

Duró poco, claro: en cuanto quise moverme, el agua volvió a ganarme la batalla. Pero aquel instante bastó. Había conseguido flotar sin entrar en pánico, y aunque fuera un logro mínimo, lo sentí como una victoria.

Salí de la piscina agotada, envuelta en la toalla, con el cuerpo temblando y el corazón latiendo fuerte por razones que no tenían nada que ver con el cloro.

Quizás no había aprendido a nadar. Pero había aprendido algo

mucho más difícil: soltarme, aunque solo fuera un instante, y dejarme sostener.

23

Lucas

Había pasado toda la noche diciéndome que esto no era gran cosa. Que solo era un rato, un grupo de alumnos escuchando, Sofía me había asegurado que no tenía que hacer nada complicado. Pero cada vez que cerraba los ojos, me imaginaba a todos mirándome, esperando que dijera algo inteligente, algo que no los aburriera hasta la muerte. Y cuanto más pensaba en ello, más grande se hacía el nudo en mi estómago.

Todo esto había empezado cuando, la noche anterior, Sofía recibió una llamada que lo arruinó todo. La autora que tenía preparada para hablar con los alumnos sobre escritura creativa canceló en el último momento.

La vi quedarse en blanco un instante, con el móvil aún en la oreja y la frustración pintada en la cara. Después empezó a caminar de un lado a otro en la librería, hablando en voz baja consigo misma, intentando buscar una solución. Yo solo observé desde mi sitio, esperando a que diera con algo, porque en ningún momento pensé que esto fuera a terminar involucrándome.

Hasta que se detuvo de golpe y me miró.

—Podrías hacerlo tú.

Y así, con solo tres palabras, me condenó.

Desde el momento en que Sofía me lo propuso, supe que estaba perdido. Porque decirle que no en ese estado, con esa desesperación en los ojos y las manos inquietas buscando una solución, era prácticamente imposible.

Me lo pidió como si fuera algo obvio, como si fuera lógico que yo, el tipo que prefería el silencio de los libros a las conversaciones en grupo, fuera a dar una charla sobre escritura creativa. Me reí otra vez. Pensé que estaba bromeando. Pero su expresión me dijo que no.

—No tienes que hacer nada complicado —dijo con esa determinación que no aceptaba negativas—. Solo hablarles un poco sobre cómo escribes, sobre cómo se te ocurren las ideas. No tienen que salir siendo escritores profesionales, solo quiero que escuchen a alguien que escribe de verdad.

Intenté negarme. Le dije que no era un profesor, que no tenía experiencia hablando delante de gente. Pero ella siempre tenía una respuesta para todo. Se cruzó de brazos, me miró con los ojos entrecerrados y me dijo:

—Lucas, ¿cuántas veces hemos hablado de libros? ¿Cuántas veces te he oído despotricar sobre finales mal cerrados, sobre personajes planos? Hablas de esto constantemente. Solo tienes que hacerlo con ellos.

Yo no estaba tan seguro de que fuera lo mismo, pero al final cedí. ¿Por qué me convenció con sus argumentos? No. Cedí porque la veía tan frustrada que no pude decirle que no.

Y ahora estaba aquí, en mi librería, con los brazos cruzados sobre el mostrador y sintiendo cómo me temblaban las manos de los

nervios. La librería estaba llena de ruido. Sofía se movía de un lado a otro, hablando con los alumnos, asegurándose de que todo estuviera en su sitio. Para ella, esto era natural. Se notaba en la energía con la que hablaba, en la facilidad con la que sonreía y daba indicaciones. Y mientras tanto, yo me sentía como un fraude.

Miré la libreta que tenía sobre el mostrador. Había intentado anotar algunas ideas la noche anterior, pero al final terminé tachando todo lo que escribí. No sonaba bien. No sonaba como algo que pudiera decir sin parecer un pretencioso o un idiota. Porque, ¿quién era yo para hablar sobre escribir? No tenía libros publicados, no era ningún autor famoso. Era solo un tipo que intentaba, con más frustraciones que éxitos, plasmar en palabras lo que tenía en la cabeza.

Inspiré hondo y miré el reloj. Faltaban veinte minutos. Sentí cómo el estómago se me encogía aún más.

—¿Estás bien? —La voz de Sofía me sacó de mis pensamientos. Me giré para encontrarme con su mirada inquisitiva.

Llevaba un vestido burdeos de lana, ajustado en la cintura de una forma que resaltaba su figura con una facilidad casi injusta. No necesitaba detalles para darme cuenta de lo bien que le quedaba, de cómo le realzaba la silueta sin esfuerzo, de lo natural que parecía en ella. Aparté la mirada antes de que mis pensamientos tomaran un rumbo más peligroso, pero el calor subió por mi cuello de todas formas. No necesitaba esto ahora. No cuando ya tenía suficiente con intentar no colapsar antes de la charla. Pero la imagen se quedó grabada en mi cabeza. Estaba preciosa. Y eso solo lo hacía todo más complicado.

Tragué saliva e intenté responderle rápidamente.

—Sí —mentí sintiendo cómo la mentira se quedaba pegada en mi garganta.

Sofía no parecía convencida. Entrecerró los ojos, como si estuviera evaluándome, pero en lugar de insistir, dejó escapar un leve suspiro y se cruzó de brazos.

—Va a salir bien —dijo en un tono más suave, como si estuviera leyéndome la mente—. No tienes que impresionarlos, solo hablarles de lo que sabes.

Solté una risa seca, sin humor.

—¿Y si lo que sé no es suficiente? —murmuré.

Sofía negó con la cabeza y, sin previo aviso, apoyó una mano en mi brazo, dándome un apretón ligero pero firme. El contacto me sobresaltó más de lo que debería. Su mano estaba cálida contra mi piel, y durante un segundo, una corriente extraña me recorrió, un chispazo eléctrico en mi sistema nervioso. Mi primer instinto fue apartarme, pero no lo hice. Me quedé ahí, sintiendo el peso de su mano, la presión de sus dedos, la cercanía de su cuerpo mientras me miraba con determinación.

—Eso no es cierto. Eres mejor de lo que crees. —Su tono era seguro, como si fuera una verdad absoluta.

—¿Y si me trabo? —solté antes de poder detenerme.

Sofía sonrió, y en lugar de soltarme, deslizó la mano por mi antebrazo en un gesto tranquilizador. Mi piel se estremeció, un reflejo estúpido e incontrolable que no quería analizar demasiado.

—Si te trabas, respira y haz una pausa. No tienes que soltar un discurso perfecto, solo hablar con ellos. A veces, lo que más ayuda a conectar con la gente es la sinceridad. No pasa nada si dudas, lo importante es que hables desde lo que sientes sobre la escritura. —Dio un paso más cerca, como si quisiera asegurarse de que realmente la escuchaba—. Piensa en cuando hablas conmigo sobre los libros que te gustan o los que odias. ¿No te das cuenta de lo apasionado que suenas cuando lo haces?

No respondí. Porque sí, lo sabía. Pero una cosa era hablar con ella, y otra hacerlo con un grupo de adolescentes que probablemente solo estuvieran allí porque era parte del programa.

—Si me hacen preguntas que no sé responder…

—Diles la verdad —respondió con naturalidad—. No hay nada peor que alguien fingiendo que sabe más de lo que realmente sabe. Si no tienes una respuesta, puedes decir algo como "no lo había pensado así antes" o "es una buena pregunta, me haces reflexionar sobre ello". Eso hará que parezcas aún más auténtico.

Quería discutir, quería decirle que no era tan fácil, pero la forma en que me miraba me hacía sentir como un completo imbécil si lo hacía. Porque ella realmente creía en lo que decía. Creía en mí.

Sofía me dio un último apretón en el brazo antes de soltarme. De inmediato, eché en falta el contacto.

Algo dentro de mí se reafirmó en ese instante. Tal vez, por primera vez en todo el día, pensé que podría hacerlo sin que fuera un desastre.

—Confía en mí —dijo con una sonrisa.

***

El evento había terminado y, contra todo pronóstico, no fue un desastre. De hecho, fue mejor de lo que había imaginado. Al principio, sentí cada segundo como un peso insoportable sobre mis hombros, cada mirada fija en mí como un juicio silencioso. Pero, de algún modo, las palabras empezaron a salir, y poco a poco, la tensión en mi pecho se aflojó.

Cuando todo acabó, Sofía tenía esa expresión de orgullo en la cara que solo hizo que el nudo en mi pecho se apretara aún más. No sabía si se debía a la satisfacción de ver el evento salir bien o

porque, en el fondo, le gustaba tener razón.

Los alumnos se fueron poco a poco, igual que Claire, que no dejó de lanzarle miradas significativas a Sofía antes de despedirse con una sonrisa de satisfacción. Yo aproveché para guardar algunas cosas y ordenar un poco, tratando de no pensar demasiado en lo que había pasado.

Cuando cerré la puerta de la librería y me giré, me encontré con Sofía aún de pie en el centro del local, observándome con los brazos cruzados y una pequeña sonrisa en los labios.

—Te dije que lo harías bien —murmuró apoyándose contra una de las mesas.

Rodé los ojos y solté un suspiro.

—No empieces.

—Voy a empezar —respondió divertida—. Has estado genial. Y sé que no lo vas a admitir, pero te ha gustado más de lo que pensabas.

Me quedé callado. No iba a darle la razón. Pero ella no necesitaba que lo hiciera para saberlo.

—No ha sido horrible —concedí finalmente, sin mirarla directamente.

Sofía rio, y cuando volvió a hablar, su voz sonaba más suave.

—Te he visto disfrutar en algunos momentos. No intentes negarlo.

Me pasé una mano por la nuca, incómodo mientras se hacía el silencio. Un silencio distinto, más denso. Nos habíamos quedado solos, y la sensación en la librería cambió. Ya no era un lugar lleno de alumnos, ruido y preguntas. Ahora solo quedábamos nosotros dos, bajo la luz cálida que iluminaba las estanterías llenas de libros.

Sofía dio un par de pasos hacia mí, y por un segundo, sentí que mi cuerpo se tensaba sin motivo. No era la primera vez que nos quedábamos a solas, pero había algo distinto en el aire. Algo que no

estaba seguro de querer nombrar todavía.

—Gracias por hacer esto —dijo en voz baja.

Asentí. Tragué saliva. Me pasé una mano por la nuca, buscando algo que decir, pero nada sonaba lo suficientemente bien.

—Bueno… supongo que tenía que devolver el favor. Todo esto es por tu proyecto, ¿no? —intenté sonar despreocupado, pero mi voz sonó más áspera de lo que pretendía.

Sofía inclinó ligeramente la cabeza y me miró fijamente.

—No era solo por el proyecto. Quería que lo hicieras porque sabía que podías hacerlo bien. Y tenía razón.

Algo en su tono, en la manera en la que me miraba, me hizo sentir como el mejor del mundo. Se acercó un poco más, lo justo para que su perfume, dulce pero sutil, se mezclara con el olor a libros y madera de la librería.

—Sofía… —Mi voz salió más baja de lo esperado. Ella no se movió. Seguía mirándome, expectante, como si esperara algo de mí.

Y entonces, el recuerdo me golpeó de lleno.

—Lo que pasó en el *escape room*, yo…

—¿Quieres que continuemos donde lo dejamos?

Le miré los labios y dejé de pensar mientras me inclinaba hacia ellos.

Y, como si el universo quisiera reírse en mi cara, la puerta se abrió de golpe y una voz nos interrumpió.

—¡Ah, lo siento! —Un alumno apareció en la entrada, visiblemente avergonzado—. Me dejé mi cuaderno en una de las mesas.

Sofía se separó en un instante, cruzándose de brazos con rapidez. Yo, por mi parte, me giré bruscamente y me aclaré la garganta, tratando de recomponerme.

—No pasa nada —dijo Sofía con una sonrisa forzada—. Ven,

vamos a buscarlo.

Mientras ella guiaba al alumno hacia el fondo de la librería, yo solté un suspiro y apoyé una mano en el mostrador. Otra vez. Otra maldita vez.

Aún sentía su cercanía en mi piel, y lo peor de todo era que no sabía si quería que la sensación desapareciera o que se quedara un poco más.

Definitivamente, esto se estaba complicando.

24

Sofía

El cursor parpadeaba en la pantalla, una burla silenciosa a mi falta de concentración. Tenía que escribir el informe de la práctica en la librería, detallar cada aspecto del evento.

Suspiré y me pasé una mano por la frente. La mañana estaba siendo un desastre. No solo porque me sentía dispersa y poco productiva, sino porque además tenía la regla desde el día anterior. Me dolía la espalda y la sensación de cansancio generalizado me hacía aún más difícil concentrarme.

Pero lo peor no era eso. Lo peor era que cada vez que intentaba escribir, mi mente volvía a la librería. A Lucas. A la forma en que nos habíamos quedado solos después del evento.

Lo que le dije… Dios, eso no podía ocurrir de ninguna manera y menos con un compañero de piso.

Frustrada, volví a leer lo que había escrito en el informe. Dos párrafos mediocres y sin sentido. Tecleé una frase más y la borré inmediatamente. Así no iba a conseguir nada.

Apoyé los codos en la mesa y me froté los ojos. Necesitaba

despejarme. O mejor aún, necesitaba dejar de pensar en Lucas como algo más que un compañero de piso.

—Concéntrate, Sofía —murmuré para mí misma, enderezándome en la silla.

Salí del instituto con el bolso al hombro. Mientras caminaba hacia casa, saqué el móvil y vi la pantalla llena de notificaciones. Entre ellas, varios mensajes de Iris sin contestar desde el día anterior.

Desde que me había mudado, nuestra relación se había vuelto un ir y venir de mensajes que tardaban horas en responderse. No porque no quisiéramos hablar, sino porque ambas teníamos demasiado trabajo y los horarios no ayudaban. A veces, cuando me detenía a pensarlo, me daba cuenta de lo mucho que extrañaba hablar con ella como antes. Pero esa tarde, por fin, habíamos conseguido cuadrar para hacer una videollamada. Me sentía aliviada de que al menos no pasaría otro día sin ponernos al día.

Suspiré, metiendo el móvil en el bolsillo mientras mis pasos resonaban en la calle. No solo era Iris. Últimamente, me costaba responder mensajes en general. Mi cabeza estaba en demasiadas cosas a la vez.

Cuando llegué al piso, Lucas estaba en la cocina preparando algo en una sartén honda, con un delantal mal puesto y el ceño fruncido en una concentración absoluta. Echó un poco más de aceite en la sartén y una salpicadura fue directa a su sudadera.

—Joder —murmuró apartándose instintivamente.

Apenas tuve tiempo de soltar el bolso antes de verlo agarrar el borde de la sudadera y quitársela con una facilidad pasmosa, dejándola caer sobre el respaldo de una silla.

Y ahí estaba yo, de pie en la entrada, con la puerta aún entreabierta, viendo cómo Lucas se quedaba solo con una camiseta ajustada de manga corta que se pegaba un poco a su piel. Sentí

cómo se me secaba la boca.

—Eh… ¿te has quemado? —logré preguntar intentando mantener la compostura.

Lucas me miró por encima del hombro mientras seguía removiendo lo que fuera que estaba cocinando.

—No, solo ha sido la salpicadura, pero era un asco quedarme con esto puesto. —Señaló la sudadera, donde la mancha oscura seguía expandiéndose en la tela.

Asentí, más para mí misma que para él, porque mi cerebro no estaba funcionando bien. Atribuí el calor repentino en mi cara a las hormonas, al malestar general que ya traía de antes, pero lo cierto es que esa imagen de Lucas sin la sudadera no estaba ayudando en absoluto a mi equilibrio mental.

Me aclaré la garganta y fui a la cocina como si nada, fingiendo que el hecho de que me hubieran atacado imágenes completamente inapropiadas en cuestión de segundos no era un problema real.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté intentando sonar normal.

Lucas alzó una ceja, como si notara mi repentina necesidad de distraerme.

—Salsa de tomate casera para la pasta. Pero creo que me estoy cargando la receta —admitió con un gesto de duda.

Intenté centrarme en la conversación y no en el hecho de que su camiseta era más fina de lo que recordaba, y que, con cada movimiento de su brazo, la tela se estiraba sobre su espalda, marcando la forma de sus músculos. Tragué saliva, obligándome a no seguir esa línea de pensamiento. No estaba pasando nada. Era solo mi cerebro jugándome malas pasadas.

Pero entonces Lucas hizo algo que terminó de destrozar mi poca concentración.

Se pasó una mano por la frente, como si sintiera calor, y sin

pensarlo demasiado, agarró el dobladillo de su camiseta y la levantó para secarse el cuello con ella, dejando su abdomen expuesto durante un segundo que se sintió eterno.

Un chispazo me recorrió el cuerpo entero. Me quedé completamente inmóvil, sintiendo cómo el calor me subía a la cara y se extendía por el resto de mi cuerpo.

"No. No, Sofía. No es por él. Es la regla. Son las hormonas. Nada más".

Pero mi cerebro tenía otros planes y, sin permiso, evocó una imagen demasiado gráfica de mis manos recorriendo esa piel caliente.

Lucas, ajeno a mi crisis interna, dejó caer la camiseta con total normalidad y me miró de reojo.

—¿Tienes hambre? —preguntó, como si nada.

"Sí. Pero no de comida".

—Eh… sí, claro —me obligué a contestar, con la voz más firme de lo que esperaba.

Lucas asintió y volvió a su sartén, mientras yo hacía lo imposible por recomponerme. Me obligué a abrir la nevera, a sacar una botella de agua, a hacer cualquier cosa que no fuera mirarlo.

Respiré hondo, tomando un sorbo de agua como si eso fuera a enfriar algo en mi sistema. No funcionó. Podía notar mi pulso acelerado en los dedos.

"No significa nada. No significa nada".

Pero la sensación persistente en mi pecho decía lo contrario. Porque no era solo un momento aislado. Era la segunda vez en pocos días que me quedaba atrapada en algo parecido. "*Sofía no puede ser, solo vas a estar aquí unos meses, no quieres esto".*

***

Después de comer, me encerré en mi habitación y me dejé caer sobre la cama con el móvil en la mano. Tomé aire antes de pulsar el botón de video llamada. No tardó en contestar.

—¡Por fin, Sofía! Pensé que me habías abandonado para siempre —bromeó Iris al aparecer en pantalla. Su sonrisa cansada pero cálida me hizo relajarme un poco.

—Lo sé, perdón. He tenido unos días... intensos —dije dejándome caer de espaldas en la cama.

Nos pusimos un poco al día, comentamos algunas cosas de las que ya habíamos hablado por *WhatsApp,* me reí cuando me contó que su compañera de oficina seguía enamorada de su jefe y yo le expliqué como iba con mi proyecto.

—¡Qué bien! ¿Y qué más? —Iris entrecerró los ojos con picardía —. Venga, dame más detalles, te conozco perfectamente y algo más te preocupa.

Dudé un segundo, antes de contestar. Abrí la boca para responder varias veces antes de volver a cerrarla, como si estuviera debatiéndome entre decirlo o no. A veces, decir las cosas en voz alta era peligroso.

—Es que… —empecé, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. ¿Cómo se suponía que le contaría todo sin sonar ridícula?

—A ver, Sofía, escúpelo. Te conozco demasiado bien como para no darme cuenta de que estás ocultando algo. —Iris ladeó la cabeza, impaciente.

Suspiré, sabiendo que no tenía sentido seguir retrasándolo. Si había alguien a quien podía contarle esto, era ella.

—Hubo un momento con Lucas que... no sé cómo explicarlo. —Las palabras salieron con más cautela de la que esperaba, como si todavía estuviera midiendo su peso en voz alta.

Iris parpadeó, su expresión pasó de la sorpresa a la emoción en cuestión de segundos.

—¡¿Qué?! ¡Necesito más contexto ya! —exclamó acercándose más a la pantalla—. ¿Me dices que llevamos meses de sequía conversacional y te estabas guardando esto?

Me reí con nerviosismo y me removí en la cama, sintiendo cómo la confesión hacía que todo pareciera más real.

—A ver... no pasó nada. Pero casi nos besamos. —Hice una pausa intentando ordenar mis pensamientos—. Fue después del evento en la librería, nos quedamos solos, el ambiente estaba raro, y por un momento pensé que... bueno, que iba a pasar algo. Pero nos interrumpieron.

—¡¿Cómo que os interrumpieron?! —Iris casi gritó—. ¿Pero qué es esto? ¿Una serie de Netflix cancelada justo cuando se pone interesante?

—Eso mismo pensé yo —murmuré rodando los ojos—. Pero no fue la primera vez.

Iris abrió mucho los ojos.

—Espera, espera... ¿Me estás diciendo que hay más?

—Sí. Fuimos a un *escape room*. Pasó lo mismo. Nos quedamos atrapados juntos en un espacio muy reducido, la tensión estaba ahí... Y otra vez, justo antes de que pasara algo, nos volvieron a interrumpir. —Solté un suspiro, sintiéndome ridícula al decirlo en voz alta.

—Madre mía, Sofía. —Iris se llevó una mano a la frente—. Esto no es normal. Os están saboteando. A lo mejor hay un ente cósmico que ha jurado que no os dejará besaros nunca.

—No sé ni qué quiero que pase —confesé sintiendo un nudo en el estómago—. O sea, sí, me atrae. Pero... vivimos juntos, y si esto se estropea, ¿qué? ¿Cómo sigues compartiendo piso con alguien con

quien has cruzado esa línea? No quiero arriesgar lo que ya tenemos por algo que puede no significar nada, además apenas voy a estar unos meses aquí, no sé, es muy complicado.

Iris ladeó la cabeza, su expresión suavizándose.

—Sofi, nadie dice que tenga que ser una historia de amor perfecta. Tal vez sea algo pasajero, una fase, un desliz. Y eso también está bien. No todo tiene que tener un final perfecto o una relación a largo plazo.

—¿Y si lo complico todo? —pregunté en voz baja.

—¿Y si no? —Iris contraatacó sin dudar—. ¿Y si simplemente disfrutas del momento sin analizarlo demasiado?

Permanecí en silencio, dejando que sus palabras se asentaran en mi cabeza. Tal vez tenía razón. Tal vez estaba buscando razones para frenarme en lugar de simplemente ver qué pasaba. Pero una parte de mí seguía con miedo.

—Solo piénsalo —dijo Iris con una sonrisa pequeña—. No te cierres a algo solo porque da miedo. A veces, lo que más nos asusta es justo lo que más necesitamos. Y si sale mal, tranquila, ya te buscaré otro piso donde puedas esconderte de la vergüenza.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír. Me acomodé mejor en la cama y suspiré, sintiéndome un poco más ligera después de la conversación.

—Gracias, Iris. De verdad.

—Para eso estamos. Ahora descansa, y si mañana sigues dudando, repite después de mí: "me voy a tirar al librero buenorro y ya está".

—No puedo contigo —dije riendo.

Nos despedimos y, cuando la llamada terminó, me quedé mirando el techo, sintiendo un revoltijo de emociones que no sabía muy bien cómo manejar.

25

Sofía

Colmar en Navidad parecía un decorado imposible. Cada balcón tenía luces, las ventanas estaban adornadas con ramas de abeto y estrellas, y las calles olían a canela, vino caliente y mantequilla. Caminé despacio por la *Rue des Têtes*, como si quisiera grabarlo todo en la memoria: las casetas de madera del mercadillo, la risa de los niños corriendo detrás de la nieve artificial que caía de una máquina oculta en alguna esquina.

Siempre me había encantado la Navidad. Era mi época favorita desde pequeña: los adornos, el frío, los dulces, las luces que lo hacían todo parecer distinto. Este año era diferente, un poco más triste por no poder celebrarlo con mis padres, pero al menos no estaba sola. Me consolaba la idea de que Iris había vuelto de París para pasar unos días con un grupo de amigos. Cuando me abrazó en la estación y me dijo *"¿de verdad pensabas que te iba a dejar sola en Nochebuena?",* me entraron ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

Como no teníamos nada planeado, nos acoplamos a un plan que

se montó Claire para convencer a Lucas de hacer algo especial, iríamos a un restaurante precioso en el centro a cenar con ellos y el resto de su grupo. Me parecía increíble tan solo la idea de que Lucas hubiera aceptado ir a un sitio tan caro.

***

Por la noche llegamos Iris y yo, la puerta del restaurante estaba abierta y el calor nos envolvió enseguida: olor a sopa de calabaza, pan recién hecho y el murmullo de voces. Claire nos esperaba en una mesa junto a la ventana que daba al canal, su rostro iluminado por la luz cálida de las lámparas.

—¡Feliz Navidad! —gritó Claire al vernos entrar, con las mejillas sonrojadas—. ¡Qué bien que estéis todos aquí!

El lugar era un encanto: grandes ventanales dejaban ver el agua tranquila del canal, reflejando la luz de dentro. El árbol de Navidad, un poco torcido, estaba decorado con guirnaldas de color rojo y dorado, y la mesa principal lucía platos desiguales, copas de formas diferentes y una fuente de panes con semillas.

Iris me apretó la mano y murmuró:

—Este sitio es monísimo.

Entonces vi a Lucas aparecer desde el otro lado de la mesa. Estaba guapísimo, arreglado con una camisa azul y unos pantalones de vestir que me hicieron efecto inmediato, no podía dejar de mirarlo. Cuando me vio, sonrió y empezó a acercarse mientras yo sentía cómo se me aceleraba el corazón.

—¿Sorprendida? —dijo en voz baja, con tono grave—. El sitio lo he elegido yo.

—Sí, claro —le respondí sonriendo—. Si por ti fuera, hubiéramos cenado solos en la librería.

No me dí cuenta hasta que lo dije en voz alta, pero aquello había sonado más a una cita romántica de lo que había planeado y la mirada que echó, confirmó que él también lo había notado.

—No me quejaría la verdad —contestó mientras bajaba la vista, y yo sentía un calor extraño recorrerme las mejillas.

Cuando volvió a su sitio nos sentamos: Iris a mi lado, Claire frente a nosotras, Pierre y Marc a cada lado, y Lucas en la cabecera. La cena fue un caos entrañable: platos demasiado grandes, risas, los comentarios sarcásticos de Lucas que me hacían contener la risa, e Iris sacando fotos de cada brindis. Estábamos esperando el postre cuando Iris y Claire aprovecharon para ir al baño. En ese momento Lucas se levantó y se puso a mi lado pasando un brazo por mi hombro, apoyándolo en el respaldo de mi silla. No sabía si era por culpa de las copas de vino de la cena o por el olor que me llegaba de su perfume, pero de verdad que hoy estaba increíblemente guapo.

—Se lo está pasando bien la señorita filóloga —dijo con una sonrisa.

—¿Desde cuándo te he permitido que me llames así? Si se puede saber —contesté con retintín.

—¿Tenía que pedírtelo? —respondió llevándose la mano al pecho fingiendo preocupación—. Perdóneme su excelencia, no sé cómo he podido cometer este error.

—Así está mucho mejor, ya sabes cómo dirigirte hacia mí.

—No, pero en serio, ¿estás cómoda? Como me dijiste que ibas a estar sola en Navidad y te gustaban estas cosas pensé en hacer algo todos juntos, pero no sabía si ibas a estar bien con mis amigos, aunque ya conocieras a Claire.

Me quedé flipando, no podía ser más mono.

—¿Esta fue tu idea?

—Sí, claro —dijo sin vacilar

"Me equivocaba, sí puede estar más guapo todavía".

De repente escuchamos el sonido de una foto y un flashazo. Iris que había vuelto, estaba sentada en el sitio de Lucas con el móvil en la mano y con un gesto triunfal en la cara.

—Si sacas otra foto con flash, Iris, te voy a cobrar derechos —dijo Lucas, mientras ella le sacaba otra, justo en ese momento.

—Relájate, librero gruñón, que te estoy dejando un recuerdo precioso —contestó ella, riendo.

—Pero tú desde cuando tienes tantas confianzas conmigo —respondió Lucas vacilando.

El postre llegó poco después: yo elegí una pequeña tarta de manzana y él pidió un mousse de chocolate.

No podía evitar mirar a Lucas mientras probaba un bocado, y él, con esa media sonrisa que parecía saber exactamente lo que estaba pensando, me ofreció la suya.

—Pruébalo —dijo, acercando la cuchara hacia mí.

Me reí y acepté, mientras Iris y Claire comentaban entre risas algo que no escuchaba del todo. La cena siguió entre bromas, risas y más brindis. Poco a poco, los platos se vaciaron, las copas también, y cuando Pierre y Marc se despidieron con abrazos y buenos deseos, el restaurante empezó a quedarse más silencioso. Claire se despidió con un gesto cariñoso y al salir del restaurante, Iris también se despidió de nosotros, había quedado con sus amigas de la piscina para seguir de fiesta y Lucas y yo, nos fuimos hacia el piso.

Caminábamos despacio, con la nieve cayendo en copos finos que se quedaban pegados a los abrigos y se derretían enseguida. El canal estaba iluminado por las luces que colgaban de los balcones y faroles antiguos que reflejaban su brillo en el agua oscura y

tranquila.

Al llegar al pequeño puente de piedra que lo cruzaba, Lucas se detuvo. Me apoyé un instante en la barandilla, observando cómo las luces temblaban sobre el agua. Tenía un regalo escondido en el bolsillo de mi abrigo y no hacía más que darle vueltas a cómo sacarlo sin parecer ridícula.

Buscaba el momento perfecto. Abría la boca para hablar y luego me arrepentía. No quería que pareciera forzado, quería que fuera… natural. Justo cuando por fin reuní valor y metí la mano en el bolsillo para sacarlo, él se me adelantó.

—Espera —dijo mirándome con esa expresión seria, pero a la vez cálida—. Antes de que digas nada, quiero darte esto.

Sacó un pequeño paquete cuidadosamente envuelto y me lo tendió. Lo abrí con emoción y encontré dentro un cuaderno con una cubierta ilustrada de gatos que jugaban entre pilas de libros. Al verlo, no pude evitar soltar una risa nerviosa.

—¿Una libretita de gatos? —pregunté levantando la vista hacia él.

—Sí —contestó encogiéndose de hombros con media sonrisa—. Es una tontería, no sabía cuándo dártelo, no sé, me daba un poco de vergüenza que sea tan poca cosa.

—Noooo —repliqué—. Me encanta y mira… —Señalé con el dedo uno de los gatos negros jugando con un libro morado—. Este es Noir.

Lucas se rio, parecía feliz por mi reacción.

—Yo también tengo algo que darte, lo mío es aún más tonto — dije mientras le entregaba el pequeño paquete.

Él lo cogió sorprendido, tampoco se esperaba que yo le hubiera comprado nada, y al abrirlo se le iluminaron los ojos.

—¡Un marca páginas!

—Es muy típico, pero como siempre lees en papel, he pensado que podría estar bien.

Contaba los segundos sin poder mirarle a la cara, me daba mucha vergüenza y no sabía por qué.

—Te puedes creer que desde que se me rompió el que tenía el año pasado no he vuelto a comprar otro. Me viene increíble —dijo con una sonrisa radiante.

Sentí un nudo en la garganta. Era tan sencillo y, al mismo tiempo, tan perfecto, que las palabras me faltaban. Nos abrazamos contra el pecho, como si pudiera guardarme ese gesto dentro para siempre, hasta el punto que al separarnos noté el frío de la noche como un triste recordatorio.

Al mirarle, noté como su cara volvía a estar seria, mirando hacia las luces del canal hasta que abrió la boca.

—También quiero decirte otra cosa. —Se llevó la mano al cuello antes de continuar y me miró a los ojos—. Me da un poco de miedo porque, al final somos compañeros de piso y no quiero que esto sea un problema, pero…—El corazón me dio un vuelco, no podía ser lo que estaba pensando ¿Verdad? —. No sé, simplemente no puedo aguantarlo más y simplemente quiero decirte que…

Todo estaba siendo tan bonito que no lo pensé, le cogí el cuello del abrigo, me puse de puntillas y nuestros labios se encontraron. Fue un primer beso extraño, demasiado familiar, un poco torpe, como si hiciera mucho tiempo que no lo hiciéramos, pero al mismo tiempo fuera muy natural.

Cuando nos separamos me puse roja como un tomate, pero al ver la cara de pasmado de Lucas no pude contener la risa.

—No estoy del todo seguro si esa risa es algo bueno o malo —dijo confuso.

—Algo bueno, tonto —respondí con lágrimas saltándome de los

ojos de la risa—. Es que vaya cara has puesto.

—Ah, ¿Sí? —dijo justo antes de dar un paseo hacia delante, agarrarme de la cintura con su brazo para acercarme hacia él y besarme de nuevo, fue tan repentino que apenas me dio tiempo a tocarle la mejilla con la palma de la mano—. Ahora quien se queda pasmada —dijo cuando nos separamos mientras sentía como me devoraban esos ojos verdes.

—Cállate. —Fui capaz de responder.

***

El paseo de vuelta no tardó en pasar de ser bonito a algo más. Algo que quemaba.

Al llegar al portal, cada escalón que subíamos, cada segundo en el que nuestras bocas se separaban aumentaba la sensación de urgencia que se expandía dentro de mi pecho. Lucas no me soltaba, y yo tampoco quería que lo hiciera. Sus manos se aferraban a mi cintura, a mi espalda, a mi piel como si no pudiera permitirse la distancia, como si el control se le escapara de las manos con cada nuevo beso. Y yo… yo me sentía igual.

Cuando la puerta del piso se cerró tras nosotros, supe que no había vuelta atrás. Ni siquiera nos dimos tiempo a respirar. Todo mi cuerpo estaba concentrado en otra cosa. En sus labios devorándome con hambre, en su lengua deslizándose entre la mía con un ritmo lento, como si disfrutara torturándome. En la forma en que sus manos cálidas, recorrían mi cintura, mi espalda, deslizándose con una posesividad que me dejó sin aliento.

Cerré los ojos y me aferré a su cuello, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, enredando mis manos en su cabello despeinado, sintiendo cómo su respiración se volvía cada vez más

irregular.

Me aparté apenas un instante, lo suficiente como para ver su rostro. Estaba desarmado. Su mandíbula tensa, sus pupilas dilatadas, su pecho subiendo y bajando con rapidez mientras me miraba.

—Sofía… —Su voz sonó rota, baja, como una súplica y una advertencia al mismo tiempo.

Me mordí el labio con la sensación de su mirada recorriéndome.

—No pienses —susurré rozando su boca con la mía.

Y él obedeció.

Caminamos torpemente entre besos hasta mi habitación, lo deseaba. Lo deseaba con cada fibra de mi ser, con una desesperación que no había sentido nunca antes.

Me separé apenas para tomar aire, me ardían las mejillas y Lucas apoyó su frente contra la mía.

—Joder, eres preciosa —susurró en mi oído.

El escalofrío que me recorrió fue tan intenso que mis manos se movieron solas hacia su cuerpo quitándole la sudadera del tirón. Coloqué las palmas contra su pecho y noté como se estremecía ligeramente antes de quitarme el jersey y la camiseta de debajo. Impaciente me atrajo contra su pecho y me besó el cuello con deseo. No pude evitar gemir al notar su erección a través de los pantalones, bajé las manos recorriendo su torso y le acaricié por encima, él suspiró profundo y me apretó el culo en respuesta.

Nos besamos de nuevo mientras subió sus brazos por mi espalda y me soltó el cierre del sujetador, me bajé los tirantes con rapidez y noté como bajó la mirada hacia mi pecho con tanto deseo que sentí una punzada entre las piernas. No podía dejar de tocarlo, necesitaba sentirlo más cerca. Volví a gemir cuando pasó su mano por encima del pezón y me apresuré a bajarle los pantalones y la ropa interior

mientras seguíamos besándonos, él terminó el trabajo desabrochando el botón del pantalón bajándome la cremallera para meterme la mano dentro de las bragas, mis latidos aumentaron cuando vi como me miraba con una sonrisa de suficiencia y me temblaron las piernas cuando introdujo un dedo en mi interior.

—Lucas, ven —dije separándome un poco en dirección a la cama.

Me guio con las caderas y me tumbó sobre el colchón, colocándose encima.

El calor que sentía en mi piel me hacía perder la cabeza mientras me besaba el cuerpo de arriba abajo. Le clavé las uñas en los hombros cuando comenzó a lamerme un pezón mientras me agarraba el otro pecho con la mano.

Había perdido totalmente la razón y tras bajarme los pantalones y las bragas separé las piernas con un gesto de invitación.

—Me vas a volver loco. —Noté como su mirada se convertía en fuego por un momento antes de apartarse para sacar la cartera de su pantalón en el suelo y sacar a toda prisa un preservativo. Cuando volvió a inclinarse para besarme noté su erección restregándose contra mí.

—Te necesito ya —gemí levantando la cadera.

Lucas apoyó un brazo encima del colchón y bajé la vista por todo su cuerpo justo antes de que empujara dentro de mí, al sentirlo introducirse en mi interior soltamos un jadeo ahogado de placer y necesidad. Me penetró un poco más profundo mientras agarraba mis manos para ponerlas por encima de mi cabeza justo antes de llegar hasta el fondo.

—Dios —dijo en medio de un suspiro

El sonido de nuestros cuerpos nos acompañó mientras él volvía a entrar lentamente una y otra vez, necesitaba perder el control y yo

necesitaba que lo perdiese.

—El día de la piscina…—dijo con voz de esfuerzo—, no podía evitar imaginarme esto, estabas increíble.

Una punzada de placer me recorrió de arriba a abajo, le rodeé las piernas por detrás y alcé la cadera un poco más lo que le hizo llegar más profundo mientras gemimos al unísono, dando rienda suelta al deseo aumentando la velocidad.

Estaba totalmente entregada y durante un rato, ninguno fue capaz de decir nada coherente, solo se escuchaban nuestros latidos y jadeos en la boca del otro. No tardé en clavarle las uñas en su espalda mientras nos fundimos en un orgasmo intenso.

Me recosté en su pecho mientras me envolvía en un abrazo y antes de que me diese cuenta, comenzamos a respirar al mismo tiempo.

26

Lucas

—La primera vez que entraste en la librería —dije mirándola de reojo mientras mi mano trazaba círculos lentos en su espalda desnuda—, ¿pensaste que era un gilipollas?

Sofía soltó una risa baja y se giró sobre la almohada para mirarme.

—Sí —admitió sin dudar—. Pero parece que me gustan los gilipollas con librerías.

Quise hacerme el ofendido, pero no pude evitar sonreír. Ella también lo hizo y dejó que sus dedos recorrieran distraídamente mi brazo, como si estuviera descubriendo mi piel por primera vez.

—Me impresionaste, ¿sabes? —continuó, su voz bajando un poco —. Eras un borde, pero conforme te iba conociendo, se notaba que te importaba la librería. No sé… había algo en la forma en que la mirabas, como si fuera parte de ti.

Me quedé en silencio unos segundos, asimilando sus palabras.

—Tú también me impresionaste —confesé finalmente—. No sé, no me esperaba que me plantases tanta cara nada más conocernos.

Demasiada energía.

—¿Demasiada energía? —repitió fingiendo estar ofendida.

—Sí. Pensaba que eras la típica pesada metiéndose donde no le llaman, pero luego sacaste el carácter y ¡Joder! Parecía que me querías comer.

—Perdona —dijo rodando sobre su espalda y cruzando los brazos con dramatismo—. Me alegra ver la gran impresión que tenías de mí.

Sonreí y me incliné para besar su mejilla. Ella no se apartó. Me quedé ahí, sintiendo su respiración acompasada, su piel cálida bajo mis labios.

—Mirándolo por el lado positivo —murmuré—, al final comerme me has comido.

Sofía volvió a girarse hacia mí, su mirada encontrando la mía con esa intensidad que me desarmaba cada vez más. No dijo nada, pero su mano se deslizó por mi pecho.

—¿Me vas a mirar así cada vez que nos acostemos? —preguntó alzando una ceja.

—Solo cuando estés jodidamente guapa —respondí sin dudar.

Sofía sonrió, mordiéndose el labio de esa manera que me hacía perder la cabeza. Se inclinó apenas y rozó su boca con la mía, pero no me besó del todo. Me estaba tentando, probando mis límites, y lo sabía.

—Dime, Lucas —susurró contra mis labios—. ¿Me mirabas así también cuando pensabas que era una pesada entrometida?

Solté una risa baja y deslicé mi mano por su cintura, atrayéndola más cerca. Su pierna se deslizó entre las mías con naturalidad, y por un momento, solo me concentré en la calidez de su cuerpo contra el mío.

—A ti no sé, pero a tu culo… —respondí finalmente.

Ella abrió la boca ahogando la risa, pero no insistió. Solo apoyó

su cabeza contra mi pecho y dejó escapar un suspiro relajado. El silencio se instaló entre nosotros, pero era un silencio cómodo, lleno de significados que ninguno de los dos necesitaba poner en palabras.

Después de un rato, sentí sus dedos trazar líneas suaves sobre mi muslo. Su roce era distraído, pero yo sabía a dónde iba. Pronto, su dedo delineó la cicatriz que rompía la piel en ese punto, una marca que ya había notado antes, pero sobre la que hasta ahora no había preguntado.

—¿Al final no me dijiste cómo te hiciste esto? —susurró finalmente.

Le lancé una mirada de advertencia, fingiendo molestia.

—Sofía, ya jugamos a esto y fallaste —dije con una sonrisa de suficiencia.

Ella puso los ojos en blanco y me dio un leve golpe en el costado.

—Dijiste que me lo dirías.

Suspiré, haciéndome el interesante, pero cuando vi su expresión de verdadera curiosidad, me rendí.

—Está bien.

Sofía se acomodó mejor contra mi pecho feliz, esperando.

—Fue hace años, cuando aún creía que la biología era mi futuro —empecé—. Durante mi primer año de carrera, trabajaba los veranos como socorrista en *Soulac-sur-Mer*. No es una playa enorme, pero lo bastante concurrida como para que hubiera incidentes.

Sofía asintió, animándome a seguir, sus dedos aun dibujando círculos suaves sobre mi piel.

—Un día, casi al final de mi turno, vi a una chica que se estaba ahogando. La corriente la había llevado demasiado lejos, y entró en

pánico. Fui tras ella y la alcancé, pero al regresar, pisé un socavón y perdí el equilibrio. Había una piedra afilada justo donde caí. Se me clavó en la pierna. Perdí mucha sangre, pero aun así logré llevarla a la orilla.

Sofía levantó la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te llevaron al hospital?

—Sí. Me desmayé en el camino. Cuando desperté, tenía la pierna vendada y la cabeza dando vueltas.

Ella frunció el ceño, pasando los dedos con más suavidad sobre la cicatriz.

—¿Y la chica? ¿Al menos fue a darte las gracias?

Dejé escapar una risa baja.

—Sí. Fue a verme al hospital. Charlamos. Nos hicimos amigos. Y luego, bueno… Es mi ex.

Sofía parpadeó, pero no dijo nada de inmediato. La vi procesarlo, sopesarlo, preguntándose si quería seguir indagando. Finalmente, solo dejó escapar una leve sonrisa.

—Interesante —dijo, sin más.

—¿No vas a preguntar más?

—No hoy. —Sus labios rozaron mi clavícula, y su voz bajó apenas a un murmullo—. No es el momento.

Solté un suspiro de alivio.

Se inclinó y dejó un beso suave sobre mi cicatriz. Un escalofrío me recorrió.

—Me gusta saberlo —susurró.

Pasé mis dedos por su cabello y la atraje más cerca, hasta que su cabeza quedó apoyada en mi pecho, y de esa manera, tan natural como si lo hubiéramos hecho siempre, nos quedamos dormidos en minutos.

***

Nunca había pensado que unas navidades pudieran sentirse así.

Los días siguientes fueron un torbellino. Despertarnos juntos, desayunar sin prisas, salir a pasear por la ciudad cubierta de luces y nieve… todo parecía nuevo, incluso lo más cotidiano. Nunca había disfrutado tanto de las cosas pequeñas: verla enredarse en mi bufanda al salir de casa, discutir quién preparaba el café, escucharla reírse de mis comentarios sarcásticos como si fueran la mejor broma del mundo.

Lo que más me sorprendía era lo feliz que se veía. Había una luz en ella, algo que hacía que cada rincón pareciera más cálido cuando estaba cerca. Se emocionaba con cualquier detalle: con los escaparates iluminados, con el olor a castañas asadas en la calle, con la nieve acumulándose en los alféizares. Me fascinaba esa manera que tenía de disfrutar de todo, como si cada día fuera un regalo.

La Nochevieja la pasamos también con el mismo grupo. Sofía brillaba, hablando con los demás, y yo no podía apartar los ojos de ella y del vestido negro que se había puesto. A medianoche, cuando los fuegos artificiales pintaron de colores el cielo, la abracé fuerte y sentí que no necesitaba nada más. No recuerdo haber pedido ningún deseo; tenía la sensación de que ya se me había cumplido.

Los primeros días de enero fueron una especie de luna de miel silenciosa. Nos refugiábamos en casa, viendo películas con mantas y chocolate, o salíamos a caminar junto al canal, hablando de todo y de nada. Sofía llenaba el piso con su presencia: con sus libros desperdigados, con sus notas pegadas en la nevera, con sus risas en mitad de la tarde. Y yo, empecé a sentir que la rutina que tenía antes no era más que una vida vacía.

La felicidad de Sofía me atrapaba. Me sorprendía mirarla en silencio, preguntándome cómo era posible que alguien pudiera transmitir tanta vida con un gesto, con una sonrisa, con una mirada. Me encontraba deseando hacer cualquier cosa que la hiciera reír, solo para escucharla, solo para ver ese brillo en sus ojos. Y lo más extraño era que, cuanto más feliz la veía, más feliz me sentía yo. Nunca había sido tan fácil estar con alguien.

Eran días perfectos, casi irreales. Y quizás por eso, porque parecían demasiado buenos para ser verdad, no vi venir lo que estaba a punto de venirme encima.

27

Lucas

Esa noche, la tormenta golpeaba las ventanas con una furia que no tenía intención de ceder. La lluvia repiqueteaba como si quisiera taladrar el cristal, el viento sacudía los marcos con cada ráfaga, y yo... yo solo estaba ahí, sentado, mirando sin ver. Llevaba horas repasando las mismas oraciones, los mismos capítulos que no me convencían. No quería molestar a Sofía porque había empezado la vuelta al curso, pero estaba bloqueado.

Suspiré, cerré el portátil y me pasé una mano por la cara. La luz del salón parpadeó un poco. Afuera, la ciudad se desdibujaba bajo una cortina de agua. Me levanté, caminé hasta la ventana y me quedé ahí, con los brazos cruzados, observando cómo el agua corría por las calles.

La librería me vino a la cabeza sin que pudiera evitarlo. Un mal presentimiento me recorrió el cuerpo, como una advertencia. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Correr hasta allí bajo la lluvia para ver cómo el agua hacía su trabajo? ¿Sentarme en el suelo y llorar mientras los libros flotaban como barquitos de papel? No tenía sentido. Sólo

quedaba confiar.

—Lucas… ¿Por qué te has ido de la cama?

Me giré de golpe. Sofía estaba apoyada en el marco de la puerta, con los ojos entrecerrados y el cabello despeinado. No del todo despierta, pero lo suficiente para darse cuenta de que yo estaba ahí, plantado en la ventana como un idiota.

—No es nada —murmuré volviendo la vista a la calle.

Escuché sus pasos descalzos acercándose, pero no me giré. Sentí su reflejo en el cristal, los brazos cruzados, su expresión de *"sé que me estás mintiendo, pero te voy a dejar decidir si hablas o no"*.

—Llevas toda la noche así —dijo en voz baja—. ¿No puedes dormir?

Negué con la cabeza. ¿Para qué mentir?

—No.

—¿Es por la librería? —preguntó al final.

Tragué saliva, sin apartar la vista de la calle. No quería hablar de eso. No quería decirlo en voz alta.

—No lo sé —mentí.

—Lucas…

—Solo vuelve a dormir, Sofía —corté, más seco de lo que pretendía.

Ella suspiró. No dijo nada más. Se quedó unos segundos ahí, pero al final solo dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Me quedé en la ventana, igual que antes, igual que toda la noche. Pero ahora, el peso en el pecho era peor.

No dormí. Ni un minuto. Cada vez que cerraba los ojos, veía la librería sumergida, los libros empapados, las estanterías cayendo, el suelo cubierto de lodo. El olor a papel mojado se me metía en la nariz. aunque estuviera a kilómetros de distancia. Me dije que estaba exagerando, que la tormenta no podía ser tan grave, que

todo estaría bien.

Mentira.

Cuando la lluvia finalmente cedió, la opresión en el pecho no se fue. Se hizo más densa. Como si mi cuerpo supiera algo que yo aún no había querido admitir.

Me puse la chaqueta y salí sin hacer ruido. La calle estaba hecha un desastre. Bolsas de basura acumuladas en los desagües, ramas quebradas en la acera, escaparates cubiertos de humedad. Caminé rápido, sin detenerme, sin dejarme pensar demasiado. Solo tenía una meta: llegar. Ver con mis propios ojos lo que ya sabía que había pasado.

Doblé la esquina y el aire se me quedó atrapado en la garganta.

El agua ya no estaba, pero lo que había dejado atrás era peor. La puerta de la librería colgaba de una bisagra, a medio abrir. Había lodo en el umbral. Y adentro… adentro todo se había ido a la mierda. Libros hinchados por la humedad, papeles destrozados en charcos oscuros, estantes inclinados, el mostrador cubierto de barro. La caja registradora volcada en una esquina.

Tardé en entrar. No podía. Porque en el momento en que diera un paso adentro, todo se volvería real. No solo una posibilidad, no solo una pesadilla que podía esquivar si no la miraba de frente. Real.

Me pasé una mano por la cara. Los dedos me temblaban. Todo esto… todo lo que había defendido, todo lo que había peleado con Adrien, todo lo que había creído que podía salvar… se había esfumado en una sola noche. Quizás él ya había visto lo que yo me había negado a aceptar, que esto no era más que un sueño condenado a ahogarse.

No me moví de la librería en toda la noche. Ni siquiera sé qué intentaba hacer. Salvar lo que quedaba. Organizar los libros empapados. Poner en pie las estanterías que aún servían.

No lo había perdido todo. Pero así se sentía.

A las cinco de la mañana, cuando el frío me calaba hasta los huesos y el cansancio empezaba a pesar más que la rabia, finalmente cedí. Cerré la librería como pude y caminé de vuelta al piso, con las manos metidas en los bolsillos, los pies arrastrándose en cada paso. Cuando llegué, Sofía dormía en el sofá, envuelta en una manta, con la respiración tranquila pero el ceño ligeramente fruncido, como si incluso dormida estuviera preocupada.

Me quedé de pie unos segundos, mirándola. No tenía sentido que durmiera ahí. Bastante mal había ido la noche ya. Suspiré, pasándome una mano por la cara, y luego me acerqué. Con cuidado, me agaché y deslicé un brazo bajo sus rodillas y el otro alrededor de su espalda. No pesaba mucho, pero mi cuerpo estaba agotado, y el esfuerzo hizo que soltara un suspiro bajo. Sofía se removió apenas, murmurando algo ininteligible, pero no despertó.

La llevé hasta la cama con pasos lentos, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, un contraste ridículo con mi ropa aún húmeda. Cuando la recosté en la cama, su cabeza cayó suavemente sobre la almohada, y le di un beso en la frente. No sabía que hacer, pero no quería darle más preocupaciones.

Me enderecé y me quité la ropa antes de desplomarme a su lado.

No dormí demasiado. Dos, tres horas como mucho. Estaba hecho mierda. Me dolía el cuerpo, tenía la garganta seca y el olor a humedad impregnado.

Arrastré los pies hasta la cocina y me apoyé en el marco de la puerta. Sofía estaba ahí, con el pelo aún algo revuelto y un café entre las manos. Me miró en cuanto me vio.

—Joder, Lucas… —murmuró dejando la taza sobre la mesa—. ¿Dónde has estado?

No contesté de inmediato. Caminé hasta la cafetera, serví una taza y me la llevé a los labios. Me quemé, pero no me importó.

—En la librería —dije al final, con la voz rasposa.

Sofía parpadeó y se enderezó un poco en la silla.

—¿Desde anoche?

Asentí. Ella frunció el ceño y, sin decir nada, se levantó y se acercó. Noté cómo me escaneaba con la mirada: la ropa sucia, el cabello despeinado, las ojeras marcadas como sombras en mi rostro.

—Lucas, ¿qué ha pasado?

Solté una risa amarga y negué con la cabeza. Dejé la taza sobre la encimera y me froté los ojos con ambas manos.

—¿Qué crees que pasó? —murmuré—. Se ha inundado. Todo se ha terminado. Fin de la historia.

Sentí cómo el aire a mi alrededor se volvía más denso. Sofía tardó unos segundos en responder.

—¿Se… se puede salvar algo?

—Algunas cosas. No todo. He perdido muchos libros, muchas estanterías. Pero la estructura sigue en pie, así que supongo que eso es una maldita victoria, ¿no?

No sabía por qué estaba tan cabreado. No era su culpa. Pero la frustración me hervía por dentro, y ahora que estaba frente a ella, con su mirada preocupada, con sus labios entreabiertos como si buscara las palabras correctas, todo me parecía aún más jodido.

—Lucas…

No la dejé hablar.

—¿Sabes qué es lo peor? —interrumpí clavando los ojos en los suyos—. Que una parte de mí ya lo sabía. Sabía que tarde o temprano algo así iba a pasar. Sabía que no podía aguantar para siempre. Pero, aun así, aun así… —Apreté la mandíbula, sintiendo el calor subirme al rostro—. Me aferré. Me aferré como un puto idiota a

algo que siempre estuvo condenado a desaparecer.

Sofía suspiró y dio un paso más hacia mí. No me moví.

—No eres un idiota —dijo en voz baja.

Solté una risa seca y me pasé una mano por la nuca.

—Claro que lo soy. Lo he sido toda mi vida. Y lo peor es que te he arrastrado a esto.

El silencio entre nosotros se alargó unos segundos. Entonces, Sofía alzó la mano y la apoyó en mi antebrazo y me dio un beso. Su tacto era cálido. El contacto con ella me golpeó como una descarga eléctrica, como solía hacerlo.

—Lucas… —Su voz fue más suave esta vez.

No la aparté. No dije nada. Mi garganta se cerró, mi cuerpo pareció hundirse un poco más en su presencia. Su pulgar se movió en círculos lentos sobre mi piel, y por primera vez en muchas horas, sentí que algo dentro de mí se aflojaba.

—No lo has perdido todo —susurró—. Y tampoco tienes que enfrentarlo solo.

Tragué saliva y miré a otro lado. No quería que me viera así. No quería que me viera roto.

—Lucas, esto es una oportunidad —continuó—. La librería sigue en pie. Quizá no como antes, pero puedes hacer algo con ella. Puedes renovarla, reconstruirla, convertirla en algo aún mejor. Algo que funcione mejor.

Negué con la cabeza, soltando una risa amarga.

—¿Para qué? ¿Para que la próxima tormenta lo tire todo de nuevo?

—Para que esta vez estés preparado. Para que no sea solo un negocio que sobrevive, sino un lugar que prospere. Piensa en lo que podrías hacer. Una librería con algo más. Tienes también la planta de arriba quizás se podría aprovechar.

Mi respiración se ralentizó. Me di cuenta de que no había estado respirando bien en todo el tiempo que habíamos estado hablando.

Volví a mirarla. Ella seguía ahí, sin moverse, sin apartar la mano. Mientras me perdía de nuevo en sus ojos marrones encontré algo más, una convicción.

—Yo te ayudaré —susurró—. No tienes que hacerlo solo.

Mi orgullo me decía que dijera que no. Que no aceptara su ayuda. Que cargara con esto como había hecho siempre, ella tenía su trabajo, su objetivo, no podía arrastrarla al mío.

Pero mi cuerpo, mi mente, mi corazón, todo en mí no podía decirle que no.

28

Sofía

El aula estaba en silencio, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Mi mente seguía atrapada en los últimos días, en la imagen de Lucas entre las estanterías mojadas, con las manos cubiertas de polvo y la mirada perdida. Lo había visto destrozado, como si el suelo bajo sus pies hubiera desaparecido de repente, y eso... me partía por dentro, sobre todo después de lo bien que habíamos estado en Navidad, no me gustaba verlo así, tan vulnerable.

El timbre sonó, sacándome de golpe de mis pensamientos. Me pasé una mano por la cara y suspiré. Recogí mis cosas con rapidez y salí del aula. No tenía sentido seguir dándole vueltas desde lejos. Necesitaba verlo, asegurarme de que no había pasado el día entero castigándose con trabajo.

Al llegar a la librería, me sorprendió verlo más animado de lo que esperaba. No mucho, pero lo suficiente como para notar la diferencia. Había cambiado su sudadera empapada por otra limpia, su cabello seguía revuelto, pero ya no caía en mechones húmedos sobre su frente. No estaba deambulando como un alma en pena,

sino moviendo cajas con libros que había logrado salvar. Su expresión seguía seria, pero al menos no se veía tan derrotado como antes.

—¿Cómo vas? —pregunté acercándome hacia él, dándole un beso.

—De momento solo estoy organizando para hacerme una idea de lo que queda.

Suspiré y dejé mi bolso sobre el mostrador. Me arrodillé a su lado y lo observé en silencio. A pesar de que intentaba aparentar normalidad, las ojeras seguían marcadas en su rostro y sus manos estaban negras.

—Al menos dime que has comido algo —dije.

Lucas soltó un resoplido.

—Define *"algo"*.

Rodé los ojos y sin pensarlo demasiado, le di un golpe en el brazo.

—Lucas. —Suavicé mi voz—. No puedes hacer esto solo.

Su mandíbula se apretó.

—¿Y qué se supone que haga, Sofía? ¿Qué me siente a llorar en un rincón mientras todo se cae a pedazos?

—No —respondí con calma—. Deberías aceptar mi ayuda. Que dejes que esto no sea solo tu carga.

Nos miramos en silencio. Su respiración era lenta, controlada, pero en sus ojos verdes había una tormenta que aún no se había apagado del todo.

—Ya te dije que te ayudaré con la librería —continué—. Pero hay que hacer las cosas bien. No se trata de solo arreglar lo que está roto, sino de hacerlo mejor. Ahora se lleva mucho las librerías-cafeterías, podrías hacer algo así utilizando la planta de arriba. Creo que tiene mucho potencial.

Lucas bajó la mirada, pasó la mano por su nuca y suspiró.

—Arriba hay un montón de cosas —dijo con voz más firme—. Viejas estanterías, cajas con piezas de madera que pueden servir. Si reutilizamos lo que tenemos, podemos reducir gastos, pero aun así es caro…

Levanté las cejas, sorprendida de que lo estuviera considerando.

—Pero eso es un comienzo, yo creo que con poca cosa ya es suficiente, muchas veces la gente solo quiere un sitio donde estar un rato para leer o trabajar.

Lucas se encogió de hombros, pero algo en su postura ya no parecía tan derrotado.

—Si nos falta algo, podríamos usar palés. Los he visto en cafeterías, quedan bien con un toque rústico y son baratos. Solo necesitamos lijarlos y barnizarlos.

Parecía que por primera vez desde que todo se había venido abajo, creyera que podía salir bien.

—Me gusta la idea —dije con sinceridad—. Es más, me encanta.

***

Las tardes en la librería se habían vuelto una costumbre. Después de salir del instituto, iba directamente allí, siempre había algo esperándome: un pincel, una caja por revisar, un montón de libros que necesitaban ser clasificados. Era la manera de Lucas de aceptar mi ayuda sin pedirla.

Los avances eran cada vez más evidentes. La librería ya no era el caos de agua y lodo que había sido después de la tormenta. La parte superior había sido despejada, y ahora las viejas vigas de madera le daban un aire acogedor. Lucas había conseguido restaurar algunas estanterías con lo que tenía, y los palés que habíamos encontrado se

habían convertido en mesas improvisadas. En la esquina, una cafetera antigua que había pertenecido a su abuelo estaba en proceso de ser reparada. Unas luces colgantes daban un ambiente más cálido y, poco a poco, el espacio estaba dejando de parecer un sitio en ruinas para convertirse en algo que transmitía calma.

—¿Te das cuenta de que esto ya parece un sitio decente? —dije apoyándome contra la escalera mientras lo veía pintar una de las paredes con brocha gruesa.

Lucas giró la cabeza y me miró con una ceja levantada.

—¿Decente? ¿Ese es el mejor cumplido que puedes hacerme después de todo el trabajo que llevo encima?

Solté una risa y me acerqué a él, tomando uno de los rodillos.

—Bien, te lo pondré mejor. No está tan mal.

—Gracias, Sofía. Tu apoyo es abrumador.

Le di un leve codazo en el brazo y él, sin previo aviso, mojó la brocha en pintura y trazó una línea azul en el dorso de mi mano. Me quedé mirándolo, incrédula.

—No acabas de hacer eso.

Lucas me sostuvo la mirada, su boca curvándose en una media sonrisa, desafiante.

—¿Quieres otra?

No necesitó decir más. En menos de un segundo, mojé mis dedos en la pintura y le dejé una marca en la mejilla. Lucas parpadeó, sorprendido, y luego su expresión cambió por completo. Antes de que pudiera reaccionar, ya tenía una línea azul en la nariz y otra en la frente.

—¡Lucas! —exclamé soltando una carcajada.

—Tú empezaste —respondió, con esa sonrisa de siempre que hacía días que no veía.

En cuestión de segundos, la guerra estaba desatada. Me moví

hacia atrás, intentando escapar, pero él fue más rápido, atrapando mi muñeca antes de que pudiera mancharle más la cara. El contacto de su piel contra la mía me hizo contener la respiración por un segundo. Nos quedamos así, congelados, con la risa todavía atrapada en el aire, pero sin llegar a soltarla del todo. Sus dedos estaban calientes, firmes sobre mi piel, y cuando levanté la mirada, me encontré con sus ojos verdes fijos en los míos.

Mi estómago se encogió cuando nuestros labios se encontraron, apasionadamente, quizá fuera la demostración de que habíamos superado un bache.

29

Lucas

La renovación ya no era solo un proyecto, era algo tangible, algo que estaba cobrando vida. Y joder, estaba quedando bien. La iluminación cálida, las estanterías restauradas repletas de libros, la pequeña cafetería tomando forma en la planta superior… cada detalle encajaba como si siempre hubiera tenido que ser así.

—Cada día se parece más a la imagen que tenía en mi cabeza —dije, más para mí que para Sofía.

—Yo diría que incluso mejor —respondió ella con una sonrisa, sin dejar de colocar libros en las estanterías—. Es un sitio donde apetece quedarse.

Me apoyé en la estantería y la observé. Su pelo recogido de cualquier manera, dejando mechones sueltos que caían sobre su cuello. Su camiseta, ligeramente pegada a su cuerpo, marcando cada curva sin esfuerzo. Estaba preciosa. No, más que preciosa. Sofía tenía una forma de estar que lo envolvía todo, que hacía que la habitación entera girara en torno a ella sin que se diera cuenta.

Me acerqué con calma, fingiendo que no estaba completamente

hipnotizado.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije con la voz más baja de lo necesario.

Ella se giró y me miró, con ese brillo en los ojos que hacía que mi estómago se tensara.

—Claro. ¿Qué pasa?

No respondí de inmediato. Solo pasé la yema de mis dedos por su antebrazo, un roce breve, pero suficiente para ver cómo su piel reaccionaba con un leve escalofrío. Me encantaba cuando hacía eso, cuando su cuerpo delataba más de lo que lo hacían sus palabras.

—¿Por qué viniste a Francia? ¿Por qué querías ser profesora? —pregunté finalmente.

Sofía parpadeó, como si la pregunta la hubiera tomado desprevenida. Bajó la mirada, jugueteando con el lomo de un libro entre sus manos. Algo en su postura cambió, como si estuviera debatiéndose entre contarme algo o guardárselo para sí misma.

—Fue… algo que siempre quise hacer —dijo al fin—. En parte, por mi madre. Ella también era profesora de secundaria. Crecí viéndola dedicarse a sus alumnos, intentando hacer algo más que solo enseñarles una materia. Quería ser como ella.

Esperé, sabiendo que había algo más. Lo sentía en la forma en que su voz bajó un poco, en la manera en que sus dedos se apretaron sutilmente contra la portada del libro.

—Pero no fue solo por eso, ¿verdad? —pregunté en voz baja.

Ella dejó escapar un suspiro y apoyó la espalda en la estantería, cruzando los brazos.

—No… —dijo tras un momento de silencio—. Fui adoptada cuando tenía cuatro años. Crecí en una familia maravillosa, nunca me faltó nada… pero hay cosas que no puedes evitar sentir. Ese vacío, esa sensación de que, de alguna manera, no encajas del todo.

—Creo que puedo entender una parte, al final nunca he podido contar con el gilipollas de mi hermano.

—Yo… —Noté como se le cortaba ligeramente la voz y le rodeé con el brazo casi inconscientemente— Cuando estaba en el instituto, tuve mi primera relación. En ese momento fue como un salvavidas. Me estaba hundiendo. Algunos compañeros se encargaban de recordarme que era diferente y me acosaban por ser adoptada y por que no encajaba. Él apareció justo en ese momento y me hizo sentir protegida. Creí que tenía a alguien de mi lado. Pero después de cinco meses, descubrí que él había sido quien extendió el rumor desde el principio. Cuando se lo dije, me confesó que él había provocado el acoso solo para hacerme más vulnerable, y poder acercarse a mí.

Un nudo se formó en mi estómago. Noté cómo mis dedos se cerraban con fuerza. Un impulso primitivo de rabia me recorrió el cuerpo. No podía ni imaginar cómo podían existir personas tan crueles.

—Sofía… —murmuré, pero ella negó con la cabeza y sonrió levemente, como si quisiera restarle importancia.

—Eso ya pasó. No fue fácil, pero aprendí a vivir con ello. Y fue una de las razones por las que quise ser profesora. Sabía lo que era sentirse sola, sentirse desprotegida. No quería que más chicos pasaran por lo mismo sin alguien que estuviera ahí para ellos. La enseñanza era una forma de hacer algo por los demás...

Pasé una mano por su mejilla, rozándola con el pulgar, sintiendo la suavidad de su piel. Sofía parpadeó, sus labios entreabiertos, su mirada fija en la mía.

Dios, la quería besar todos los días de mi vida.

—Eres increíble —murmuré, sin pensar.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro.

—Tenemos trabajo —susurró.

Cerré los ojos un segundo y dejé escapar una risa suave. Claro, trabajo. Pero, ¿cómo se suponía que debía concentrarme cuando cada vez que la miraba me daban ganas de quitarle la ropa?

—Sí, tenemos trabajo —repetí resignado.

30

Sofía

Habían pasado dos semanas y la rutina con Lucas empezaba a volverse cómoda, casi adictiva. La librería estaba prácticamente terminada; los estantes restaurados brillaban llenos de libros nuevos y antiguos, las luces colgantes daban un ambiente cálido, y la zona de lectura que había sugerido en el piso de arriba, con sillones rescatados y restaurados, parecía sacada directamente de un refugio acogedor.

Verle emocionado con algo que le había propuesto era contagioso y, sinceramente, muy sugerente, no fueron pocas las veces que dejaba de montar muebles para bajarme las bragas.

Esa librería empezaba a tener unos recuerdos que jamás pensé que tendría en ella.

Cada mañana, Lucas se empeñaba en preparar el desayuno, aunque era un desastre con las tostadas, solo para que yo terminara haciéndolo entre risas. Nos despertábamos enredados, con la alarma sonando de fondo mientras él insistía en no dejarme levantarme tan rápido. En vez de refugiarse en el silencio de sus pensamientos

como solía, ahora hablaba conmigo, me abrazaba en la cocina mientras intentábamos no quemar los huevos, o me robaba besos entre una caja de libros y otra.

Había algo increíblemente íntimo en ver a Lucas relajado, sonriente incluso. En las noches, cenábamos juntos sin grandes planes, a veces en la librería, otras en casa, y siempre acabábamos abrazados en el sofá, compartiendo silencios que no pesaban.

Al terminar el día, de camino a la librería, pasé por una pequeña tienda de comida para llevar algo que compartir con Lucas, como iba siendo costumbre, desde que se propuso terminar la renovación cuanto antes.

Cuando abrí la puerta, Lucas estaba completamente concentrado, subido en una escalera, ajustando una lámpara que aún colgaba ligeramente torcida del techo. Me quedé apoyada en la entrada, observándolo en silencio. La luz que entraba por la ventana destacaba la tensión de sus músculos mientras trabajaba cuidadosamente, resaltando la concentración en su rostro de una manera que resultaba irresistiblemente atractiva.

—¿Vas a quedarte ahí mirando mucho más o piensas ayudarme? —preguntó Lucas sin volverse, notando claramente mi presencia.

—Disfrutaba de las vistas —respondí con picardía, acercándome lentamente mientras trataba de controlar la sonrisa que se extendía por mis labios.

Lucas bajó la escalera con una sonrisa burlona y se acercó lentamente a mí, quitándome la bolsa con la comida. Sus dedos rozaron suavemente los míos, provocando un pequeño escalofrío que intenté disimular.

—La librería está quedando genial.

Él asintió ligeramente, apartando un mechón rebelde de su frente con un gesto que me pareció terriblemente tentador.

—Ya casi está lista —dijo con satisfacción, mirando alrededor—. Solo falta colocar bien esta lámpara, ajustar algunas estanterías y terminar de lijar las mesas del café... de tu café.

Sonreí al escucharle referirse así a la cafetería. Nos sentamos en una improvisada mesa hecha de palés sin terminar.

—¿Crees que podremos inaugurar la próxima semana? —pregunté mientras sacaba la comida de la bolsa, intentando concentrarme en algo que no fuera la cercanía de su cuerpo.

—Si dejas de distraerme tanto, quizás —contestó con una sonrisa traviesa, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Te distraes tú solo conmigo dirás —repuse mordiéndome suavemente el labio para no reír abiertamente.

Lucas soltó una carcajada suave, extendiendo la mano para robar descaradamente una patata frita de mi caja.

—¿Vas a seguir robando de mi comida toda la tarde? —pregunté.

—Puede ser. Todo sabe mejor cuando es tuyo —respondió con una tranquilidad que hizo que mi pulso se acelerara inevitablemente.

Al terminar, Lucas permaneció callado un momento, como dudando sobre si decir algo más. Finalmente, levantó la mirada hacia mí con un gesto tímido.

—Había pensado que, si acabamos pronto hoy, podríamos ir a un sitio que conozco —dijo lentamente, observándome con atención.

La invitación me tomó por sorpresa, pero no pude ocultar el entusiasmo que sentía.

—Sí, claro, me parece bien —respondí con curiosidad, notando cómo su sonrisa se ampliaba con evidente satisfacción.

Lucas me guio lentamente a través de callejuelas estrechas y empedradas, algunas adornadas con enredaderas y flores coloridas que brotaban de viejas macetas, otras ligeramente oscuras, como guardando secretos que solo la ciudad conocía. El camino era

ascendente, y poco a poco, el ruido de la ciudad quedó atrás, dando paso a una quietud que resultaba extrañamente reconfortante.

Finalmente, después de unos minutos en silencio, llegamos a un pequeño mirador escondido entre frondosos árboles y antiguas casas de piedra desgastadas por el tiempo. Era uno de esos rincones mágicos que parecían haber sido diseñados exclusivamente para esconderse del mundo.

Me acerqué lentamente al borde del mirador, dejando que mis manos se posaran sobre la fría barandilla de hierro forjado. Frente a mí se desplegaba la ciudad entera, bañada por la luz dorada y cálida del sol que se despedía lentamente, convirtiendo los tejados, calles y canales en un cuadro.

Lucas se acercó lentamente hasta quedar junto a mí. Su brazo rozó ligeramente el mío y sentí que mi piel reaccionaba inmediatamente, consciente de cada mínimo contacto. Permanecimos así un rato en silencio, observando cómo el cielo se transformaba lentamente, adquiriendo tonos rojizos y violetas que anunciaban la llegada inminente de la noche.

—¿Qué te parece el sitio? —me preguntó Lucas en voz baja, sus ojos clavados en el horizonte.

—Es increíble, Lucas —respondí sinceramente.

Al pasar un rato, me descubrí hablándole de cosas que nunca había contado: de los inviernos en Madrid, de cómo siempre me quedaba despierta en Nochebuena solo para escuchar a mis padres discutir qué villancico poner en la radio. Él me respondió con historias de su abuelo y la librería, de cómo de niño se escondía entre los estantes creyendo que ahí el tiempo no pasaba.

Reímos de tonterías, de lo absurdo que era mi miedo a las polillas, de su manía de corregir en voz alta frases de libros mal traducidos. Cada confesión parecía acercarnos un poco más, como si

fuéramos juntando piezas de un puzzle que no sabíamos que compartíamos.

Por un momento, sentí que estábamos a salvo. Que el mundo se quedaba abajo, reducido a luces pequeñas en la distancia, y que arriba, en aquel mirador, solo existíamos él y yo.

Sin embargo, Lucas guardó silencio durante un momento. Noté cómo una leve tensión se había instalado en su rostro y cómo sus dedos jugueteaban inquietos con la barandilla.

—Antes venía mucho aquí —dijo finalmente, rompiendo el silencio con un tono más profundo y melancólico—. Sobre todo, cuando necesitaba estar solo, pensar, intentar aclararme las ideas. Especialmente después de mi última relación.

Giré lentamente la cabeza para mirarlo, observando la forma en que su mandíbula se tensaba ligeramente. Parecía estar tomando valor para decirme algo importante. Lucas desvió sus ojos del horizonte y los fijó en mí, cargados de sinceridad.

—Supongo que siento que debería contártelo, como hiciste tú conmigo el otro día —explicó con calma, aunque con cierta dificultad —. Con la chica de la playa, ya sabes. Después del accidente, empezamos a salir. Fueron dos años juntos. Al principio todo parecía perfecto, pero con el tiempo algo cambió. Ella empezó a decir que ya no era lo mismo, que la relación se había enfriado. Que ya no sentía lo mismo por mí.

Las palabras de Lucas golpearon mi pecho con una fuerza inesperada, quitándome el aire.

Sin que él lo supiera, acababa de describir con exactitud una situación que conocía demasiado bien. Mi última relación había terminado exactamente igual, aunque fui yo quien decidió alejarse. Revivirlo así, escuchando su voz, era como enfrentar un espejo doloroso que reflejaba toda mi culpabilidad y remordimiento. Un

escalofrío recorrió mi espalda y sentí cómo mis ojos comenzaban a arder con lágrimas que luché desesperadamente por controlar.

Lucas siguió hablando, ignorante del torbellino que había provocado dentro de mí.

—Cuando ella me dejó, me destrozó por completo. Fue muy duro seguir adelante, volver a confiar en alguien. Recuperar quién era antes me llevó mucho tiempo, y durante años me cerré completamente a la idea de dejar entrar a alguien más en mi vida. Hasta ahora.

Su última frase se clavó profundamente en mi corazón, intensificando la sensación de culpabilidad. ¿Y si yo acababa haciendo lo mismo con él? ¿Y si le hacía sentir de nuevo ese dolor que tanto le había costado superar? La ansiedad comenzó a apoderarse de mí, envolviéndome en un nudo incómodo y doloroso.

—Lo siento mucho, Lucas —dije finalmente tratando de ocultar el temblor en mi voz—. No tenía idea de que hubieras pasado por algo así.

Él encogió suavemente los hombros y trató de sonreír, aunque pude ver claramente la tristeza que aún asomaba en él.

—Ya pasó. Intento no mirar atrás demasiado, pero pensé que debías saberlo.

¿Debía decirle algo? ¿Pero cómo reaccionaría? No quería perder lo que teníamos ¿Y si se alejaba de mí? ¿Y si a él también le invadía el mismo miedo que tenía dentro de mí?

—Ojalá pudiéramos estar así siempre.

Una duda sembró con esa frase un vacío dentro de mí. ¿Qué pasaría en el futuro?

—Lucas… A mí me encantaría, pero, ya sabes que no sé si me voy a quedar aquí. Quizás tenga que irme a otra ciudad, no lo sé.

Un atisbo de preocupación se asomó en su mirada, antes de

negar con la cabeza y decir:

—Yo creo que lo podremos solucionar. Sofía yo… —El corazón me dio un vuelco anticipando lo que iba a seguir—, no sé, me haces sentir cosas, algo que no se explicar, quiero que estés a mi lado.

¿Cosas? ¿Cómo que *"cosas"*? ¿Todo lo que hemos pasado estas navidades se resume en eso? Esas palabras no fueron más que gasolina para el torbellino de pensamientos dentro de mi cabeza, no sabía qué decir y guardamos silencio durante unos minutos, observando cómo la oscuridad se apoderaba lentamente del cielo y cómo las primeras luces artificiales de la ciudad se encendían poco a poco. Mi mente no paraba de pensar, no podía encontrar el valor para decirle nada, simplemente no pude hacerlo. Sentía que si abría esa puerta ahora mismo, ya no podría cerrarla.

31

Lucas

No había dormido nada esa noche. Me había repetido mil veces que eran los nervios por la inauguración de la librería, pero la realidad era otra. Desde aquel día en el mirador, algo había cambiado con Sofía. Últimamente la notaba fría, distante, y cuanto más intentaba acercarme, más lejos parecía estar. Aquello me tenía en un estado permanente de confusión.

La inauguración estaba programada para la tarde, precisamente porque quería asegurarme de que ella pudiera asistir después del instituto, aunque ahora no estaba tan seguro de que fuera una buena idea.

Salí del piso temprano, con una taza de café en el estómago, caminando por calles vacías donde la ciudad apenas despertaba bajo un sol tímido. La cabeza me daba vueltas con pensamientos que no llegaban a ningún lado claro.

Al llegar a la librería, me detuve frente a ella un momento, respirando hondo. El resultado de tanto trabajo estaba frente a mis ojos, justo como lo habíamos imaginado juntos. Las estanterías de

madera oscura lucían impecables, llenas de libros cuidadosamente ordenados. Las lámparas vintage iluminaban suavemente el espacio, creando un ambiente cálido y acogedor. Las mesas, hechas con palets reciclados, parecían invitar a sentarse con un buen libro y una taza de café. En el piso de arriba, la cafetería sugerida por Sofía desprendía ya un aroma suave a café recién molido y algo de repostería casera que había preparado la noche anterior. Todo parecía perfecto, pero me faltaba ella.

Me dediqué a ajustar algunos detalles pequeños, cosas insignificantes para mantener ocupada mi mente, pero ni siquiera eso funcionaba.

Un leve tintineo rompió mi concentración. Me giré rápidamente, y ahí estaba Sofía, de pie en la entrada, con una expresión que no sabía descifrar del todo. Parecía orgullosa, pero a la vez insegura. Sus ojos tenían algo cansado, apagado, que no había visto antes en ella.

—Hola —saludé tratando de sonar relajado—. Pensé que vendrías más tarde.

Ella avanzó despacio hacia mí, desviando un poco la mirada mientras recorría la librería, como buscando dónde refugiarse.

—Quería ayudar un poco antes de abrir —respondió suavemente —. Todo ha quedado increíble, Lucas. Estoy realmente orgullosa de ti.

Su tono era amable, pero sus ojos ya no brillaban como antes.

—Gracias —contesté con suavidad, intentando captar su mirada —. Pero sabes bien que esto también es mérito tuyo. Nada sería lo mismo sin ti.

Sofía sonrió ligeramente, casi obligándose a hacerlo, mientras jugaba nerviosamente con uno de sus anillos.

—Lucas, yo… —comenzó a decir con un tono inseguro—. Quería

hablar contigo sobre lo del mirador. Creo que deberíamos…

Noté cómo mi cuerpo se tensaba al instante, como si mis músculos intentaran protegerme instintivamente.

—Quizá ahora no sea el mejor momento —interrumpí suavemente esbozando una sonrisa débil—. Faltan pocos minutos para abrir y aún hay cosas por terminar.

Por un segundo, vi una pequeña decepción en su mirada, pero rápidamente asintió con comprensión.

—Sí, claro. Tienes razón. Hablamos más tarde.

Esa distancia dolía más que cualquier cosa, como si repentinamente se hubieran colocado varias capas de hielo entre ambos.

Me quedé inmóvil un momento, observando cómo ella comenzaba a preparar la barra del café, preguntándome qué había salido mal, por qué todo se había complicado tanto justo ahora que parecía ir tan bien.

Cuando vi acercarse a las primeras personas, sentí un nudo en el estómago que se relajó ligeramente al reconocer a mis amigos, Claire, Marc y Pierre.

Abrí la puerta con cierta torpeza y los recibí con una sonrisa que apenas lograba disimular mi tensión.

—¡Lucas! —exclamó Claire con auténtica alegría, abrazándome con fuerza—. ¡Esto es increíble! De verdad, ha quedado precioso.

Marc me saludó con una palmada en la espalda, mostrando una sonrisa amplia y sincera.

—¡Impresionante, tío! Sabía que te quedaría así de bien, siempre lo dije. Aunque reconozco que esto supera mis expectativas —añadió con humor, mirando a su alrededor con gesto admirado.

Pierre avanzó más despacio, inspeccionando cada rincón con su habitual serenidad, deteniéndose finalmente frente a una estantería

y asintiendo en señal de aprobación.

—Has hecho un trabajo increíble —comentó finalmente Pierre con un tono calmado pero lleno de orgullo—. Estoy realmente orgulloso de ti.

Sentí cómo mis hombros se relajaban ante ellos.

—Gracias —respondí con sinceridad, sintiendo cómo el calor de sus palabras aliviaba parte de mi ansiedad—. No os hacéis a la idea de lo difícil que ha sido.

—La cafetería es una gran idea —comentó Claire deteniéndose frente a las escaleras que llevaban al piso superior—. ¿Fue tuya?

Mi mirada se desvió involuntariamente hacia Sofía, que estaba tras el mostrador.

—La verdad es que fue idea de Sofía. Pensamos que podría atraer más gente, crear un espacio más acogedor.

Claire, Marc y Pierre intercambiaron una mirada discreta y algo cómplice, que no pude interpretar del todo bien.

—Pues estoy segura de que va a funcionar genial —añadió Claire con entusiasmo.

Sonreí débilmente, sintiendo cómo poco a poco comenzaba a disfrutar de verdad aquel momento.

—Gracias por venir hoy, de verdad. Me alegra mucho teneros aquí —añadí con sinceridad, sintiendo alivio al saber que ellos estarían allí durante la inauguración.

—No nos lo perderíamos por nada —respondió Marc, animado, dando una palmada amistosa en mi hombro— Vamos a echar un vistazo, mientras esperamos.

Asentí agradecido mientras los veía alejarse entre las estanterías, claramente entusiasmados con el ambiente. Poco después, la librería comenzó a llenarse aún más. Reconocí caras familiares, antiguos clientes de mi abuelo que habían regresado con curiosidad por el

nuevo proyecto, así como vecinos atraídos por la novedad. Me movía entre ellos, saludando, recibiendo felicitaciones y explicando con entusiasmo cómo había surgido la idea de combinar la librería con el café.

Las mesas pronto estuvieron llenas, la gente conversaba animadamente mientras hojeaba libros y disfrutaba del café preparado por Sofía. Ella atendía detrás del mostrador con una sonrisa amable pero reservada.

En un breve instante de calma, nuestros ojos finalmente se encontraron. Percibí algo en ella, pero rápidamente lo ocultó. Sentí un impulso urgente de acercarme y tratar de derribar la barrera invisible que nos separaba, pero justo en ese momento, alguien reclamó mi atención desde la entrada.

***

La inauguración había resultado un éxito mucho mayor de lo que había anticipado. Durante horas, la librería había estado llena de gente, conversaciones animadas y risas sinceras.

Había vendido más en una tarde que en todo el verano pasado.

Observé cómo la última persona se despedía con un gesto amable desde la puerta, que se cerró lentamente tras ella, dejando atrás una agradable calma. Respiré profundamente. Sin embargo, mis pensamientos rápidamente se desviaron hacia Sofía, y sentí cómo el nerviosismo regresaba a mi pecho.

Como si hubiera percibido mis pensamientos, levantó la mirada, cruzándola directamente con la mía.

Me acerqué lentamente hasta quedar frente a ella, separados únicamente por el mostrador. Noté que sus ojos brillaban con una mezcla compleja de emociones. Me aclaré suavemente la garganta,

consciente de que uno de nosotros tenía que romper aquel silencio cargado de significado.

—Realmente significa mucho para mí que hayas venido —dije finalmente con una suavidad sincera, buscando sus ojos.

Ella mostró una pequeña sonrisa, aunque rápidamente se diluyó en una expresión algo más triste. Bajó la vista un instante, como si buscara las palabras adecuadas antes de responder.

—No podía faltar, Lucas —respondió con una voz baja, casi susurrando—. Sabes que esto también es importante para mí.

Sentí cómo un nudo comenzaba a formarse lentamente en mi garganta. Sabía, por su actitud y por la tensión acumulada, que había algo más detrás de aquella sencilla respuesta.

—Lucas, necesito contarte algo —comenzó insegura, su voz temblorosa—. Sobre lo que pasó en el mirador, sobre aquella conversación que tuvimos… Sé que desde entonces he estado extraña contigo, distante, y creo que mereces saber por qué.

Ahí estaba, me quedé en silencio, permitiéndole el espacio necesario para continuar.

—La verdad es que lo que contaste sobre tu anterior relación me asustó mucho —prosiguió lentamente, cada palabra cargada de un evidente esfuerzo emocional, como si cada sílaba doliera al salir—. Me recordó demasiado a algo que me pasó hace no mucho tiempo. Mi última relación, Lucas… fue un caos al final. Llevábamos juntos casi tres años y todo iba genial hasta que un día empecé a sentir que algo había cambiado. Al principio pensé que era solo una etapa, que se me pasaría, pero con el tiempo esa sensación no hizo más que crecer. Ya no sentía lo mismo al verle, no me emocionaba estar con él, ni me apetecía compartir cosas como antes. Me sentía atrapada, Lucas, y culpable porque sabía que él me quería, que estaba ahí por mí. Así que intenté aguantar, fingir que todo estaba

bien, esperando que esos sentimientos volvieran, pero no lo hicieron.

Respiró profundamente, haciendo una pausa breve como si recuperara fuerzas para seguir.

—Un día simplemente no pude más. Le dije que se había terminado, así, sin más explicaciones claras, porque yo misma no sabía explicar qué estaba pasando conmigo. Fue horrible, Lucas, vi cómo le destrozaba y no hice nada por evitarlo, porque no sabía cómo hacerlo sin mentirle o seguir engañándome a mí misma. Desde entonces, vivo con esa culpa terrible, con esa sensación de que podría haber hecho algo más, de que podría haber sido más honesta o valiente desde el principio. Y ahora… Ahora estoy aterrada, Lucas. Me da pánico hacerte daño a ti también, repetir esa historia contigo, porque contigo me siento bien, pero no sé si puedo confiar en mí misma, en que no vuelva a pasarme lo mismo.

Su voz se quebró ligeramente al final, y pude ver claramente cómo sus ojos se llenaban de lágrimas contenidas. Me quedé inmóvil, completamente en shock por lo que acababa de escuchar.

Intentaba racionalizarlo, convencerme de que con nosotros no tenía por qué ser igual, pero el miedo ya había echado raíces profundas dentro de mí. Sentía cómo la inseguridad y las dudas comenzaban a apoderarse lentamente de cada rincón de mi mente, paralizándome.

—Lucas, di algo —susurró Sofía observándome con cierta ansiedad.

La miré durante unos segundos, con la mandíbula tensa, notando cómo una presión densa se acumulaba en mi pecho. Me removí en el sitio ¿Significaba eso que no sentía lo mismo que yo? Yo haría lo que fuera por ella pero, ¿cómo que no se podía fiar de sí misma? ¿Qué significaba eso? Simplemente no podía más.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué me parece razonable que digas que no confías en ti misma para no joderlo todo? ¿Qué entiendo que tengas miedo, pero que eso te dé derecho a dejar caer sobre mí esa bomba como si nada? ¿Qué clase de lógica es esa, Sofía?

Ella frunció el ceño, ofendida. Se cruzó de brazos, firme, como si necesitara defender cada palabra que acababa de decir.

—No es una bomba, Lucas. Es la verdad. Te la estoy diciendo porque te respeto. Porque quiero que sepas lo que hay dentro de mí antes de que sea demasiado tarde. ¿Preferirías que me callara? ¿Qué fingiera que todo va perfecto hasta que un día no pueda más y desaparezca? Porque no soy esa persona. Me estoy exponiendo y tú me estás atacando.

—¿Demasiado tarde para qué, Sofía? —interrumpí con una amargura que me sorprendió incluso a mí—. ¿Para qué salgas corriendo como hiciste con el otro? ¿Para que un día, sin previo aviso, me digas que ya no lo sientes y te marches? ¿Eso es lo que estás preparando? ¿Un escape emocional programado?

—¡No! ¡Claro que no! —respondió enseguida, alzando un poco la voz—. Pero no puedo evitar lo que siento, Lucas. No puedo borrar lo que he vivido ni las dudas que eso me deja. Solo intento ser honesta, ¿vale? No me juzgues por eso.

—¿Honesta? —repetí, incrédulo, con una carcajada seca—. ¿Y yo qué se supone que tengo que hacer con tu honestidad? ¿Agradecerla como si fuera un regalo? Porque lo que yo escucho, Sofía, es que estás esperando a que esto fracase. Que ya lo das por hecho incluso antes de que ocurra. ¿Sabes lo que se siente eso? Como si estuviera construyendo algo con las manos desnudas y tú estuvieras ya con un mazo listo para derribarlo por si acaso.

—¡No estoy esperando que fracase! —gritó—. Estoy intentando evitar que fracase. Estoy enfrentando mis miedos en vez de fingir

que no existen, como haces tú. ¿Tan difícil es entender eso?

—¡Pues parece lo contrario! —le espeté dando un paso al frente —. Porque cada vez que das un paso adelante, haces dos hacia atrás. ¡Y yo estoy aquí, intentando mantenerme firme, mientras tú ya estás buscando la salida de emergencia! ¿Qué quieres que piense, Sofía? ¿Que esto tiene futuro? ¿Que no vas a repetir tu propio patrón?

—¡Deja de actuar como si tú fueras la víctima aquí! —replicó con rabia, su voz vibrando en el espacio entre nosotros—. ¡Tú tampoco eres ningún santo, Lucas! Estás tan atrapado en lo que te hicieron que no puedes ver más allá. ¡Cargas con ese pasado como si fuera una excusa permanente para tu miedo a avanzar! ¡Tú también tienes miedo, pero en vez de admitirlo, te escondes detrás de esa fachada de tipo fuerte y cínico!

—¡Al menos no digo que me importas y luego salgo corriendo al primer signo de inestabilidad! —repliqué, y mis palabras salieron como latigazos.

—¿Y tú qué sabes lo que es salir corriendo? —espetó ella—. ¿Crees que es fácil admitir esto, decirte que tengo miedo? ¿Crees que no me cuesta cada maldita palabra? ¡Me estoy exponiendo y tú solo ves el lado malo!

Me llevé las manos al pelo, en un gesto desesperado, como si necesitara arrancarme los pensamientos. Mi pulso iba a mil. Me quedé callado un segundo, pero la rabia hervía dentro de mí.

—¿Sabes qué creo? Qué estás buscando una excusa. Que, en el fondo, ya has tomado una decisión y solo estás esperando que yo la facilite para sentirte menos culpable. Todo esto no es más que un ensayo general para la despedida. Y lo peor es que me estás arrastrando a ello como si no tuviera derecho a defenderme.

Sofía me fulminó con la mirada. Sus labios temblaban, pero esta

vez no era por tristeza, sino por pura contención. Sus mejillas estaban encendidas, sus ojos clavados en los míos con una mezcla de furia e impotencia.

—Eres un cobarde, Lucas. Sí, te lo digo así, tal cual. Estás tan asustado de que te rompan el corazón otra vez que prefieres pensar que todas las historias acaban mal. Por eso no puedes escribir algo diferente. Por eso no puedes imaginarte feliz. Te empeñas en que todo debe terminar en drama porque es lo único que conoces, y lo peor es que ni siquiera lo intentas cambiar.

Sentí un golpe seco en el pecho.

Nos quedamos un segundo mirándonos, los dos respirando como si acabáramos de correr una maratón. Todo a nuestro alrededor parecía haberse congelado, menos la tensión que vibraba en el aire, tan densa que se podía cortar con un cuchillo. Mis puños estaban apretados, su pecho subía y bajaba con rapidez. Éramos dos fuerzas a punto de estallar.

—¿Sabes qué? —dije finalmente, con voz baja pero afilada, cada sílaba cargada de frustración contenida—. Quizás nunca debimos haber empezado esto. Quizás todo esto fue un error. Y cuanto antes lo admitamos, menos nos haremos daño.

Sofía se quedó helada. Por un segundo pareció que iba a responder, pero no lo hizo. Solo asintió una vez, lentamente, con una rigidez casi dolorosa en el cuello, y dio un paso atrás.

—Quizás no —replicó con frialdad, con los ojos encendidos, no de tristeza, sino de una rabia a punto de explotar. Su voz era hielo, su mirada una despedida sin palabras.

Y sin más palabras, se giró y se fue, dejando tras de sí un portazo silencioso pero ensordecedor. Me quedé quieto, clavado al suelo, sintiendo el eco de nuestras palabras rebotar por las paredes.

32

Sofía

Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá y suspiré, mientras esperaba a que la videollamada se conectara. Sentía el cuerpo pesado, la mente agotada, como si cada célula de mi cuerpo cargara con el peso del último día. Me había pasado la noche anterior llorando y parte del día de hoy, después de la noticia que me habían dado en el instituto.

No había visto a Lucas desde lo que pasó y hoy tampoco estaba en el piso. Cuando la imagen de Iris apareció en pantalla, con su moño alto, las gafas mal colocadas y esa sonrisa suya que siempre parecía saber más de lo que decía, algo en mí se quebró. Mi amiga tenía esa capacidad de mirarme como si viera a través de mí. Y en ese momento, me sentí completamente expuesta. Vulnerable. A punto de estallar.

—¿Y esa cara? —Fue lo primero que dijo, entrecerrando los ojos —. No me digas que has vuelto a olvidarte el almuerzo en casa.

Negué con una sonrisa floja, una que se deshizo enseguida.

—Ojalá fuera eso —murmuré dejando escapar el aire

lentamente. Sentí un temblor leve en la voz—. Lucas y yo... tuvimos una discusión. De las gordas. No sé si tiene vuelta atrás, Iris.

Iris abrió los ojos como platos, se inclinó más hacia la cámara y bajó la voz aunque estuviera sola.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has dicho? ¿Qué te ha dicho él? No me dejes así.

Le di un trago al café frío que tenía en la mano. Llevaba horas en la taza, sabía horrible, pero era lo único que tenía cerca para mantener las manos ocupadas y no romper a llorar.

—Le conté lo de mi ex —empecé, y ya solo nombrarlo me provocó una punzada en el pecho—. Lo que pasó realmente, cómo lo dejé porque sentía que ya no estaba bien, que no sentía lo mismo y me asusté. Me sentí culpable durante años, Iris. Y... le dije que tenía miedo de que me pasara lo mismo con él. Que no sabía si podía confiar en mí misma para no volver a hacerle daño a alguien que me importa.

Iris se llevó una mano a la frente.

—Ay, Sofía...

—Ya lo sé —suspiré cerrando los ojos un momento mientras me obligaba a mantener la compostura—. Sonó horrible. Pero no lo hice con mala intención. Solo... necesitaba que lo supiera. No quería callármelo y que luego fuera peor. Me parecía justo. Y también necesario.

—¿Y él cómo reaccionó?

Apoyé el codo sobre el brazo del sofá y me cubrí la frente con la mano.

—Se quedó callado al principio. Le vi esa cara de cuando algo le remueve por dentro, pero no dice nada. Luego... se puso a la defensiva, como si todo lo que yo sentía fuera un ataque personal. Empezó a hablar de errores, de que no quería volver a pasar por lo

mismo, y no sé... se fue calentando. Acabamos lanzándonos cosas que no debimos.

—¿Te ha dicho algo imperdonable?

Me mantuve en silencio un segundo, sentía que si seguía hablando iba a romper a llorar.

—Dijo que quizá nunca deberíamos haber empezado nada. Que esto había sido un error. Y no sé, Iris, me dolió. Me destrozó. Como si todo lo que habíamos construido juntos no valiera nada. Como si yo no valiera nada.

Iris chasqueó la lengua con el ceño fruncido. Podía ver la rabia asomando en sus ojos por mí.

—Será gilipollas.

—Yo... le dije que era un cobarde. Y ahora me arrepiento. Me arrepiento muchísimo.

—¿Te arrepientes de habérselo contado? —preguntó finalmente.

Negué con la cabeza.

—No lo sé, puede que lo mejor hubiera sido callarme, estoy hecha un lío. Desde entonces, prácticamente no lo he visto, no sé ni donde está, creo que se ha acabado todo Iris. Y duele. Mucho.

—¿No ha intentado acercarse nada de nada?

—No y yo no sé si quiero correr hacia él, o irme de aquí o qué hacer. Encima se ha juntado también lo del proyecto. Me siento como una idiota.

Iris dejó escapar un suspiro largo.

—Cómo, ¿qué ha pasado con el proyecto? No me digas que es algo malo.

—Gregoire lo sabe. Lo del proyecto. Que se lo oculté. Que me salté las normas. Todo. Alguien se lo ha contado, o se ha dado cuenta, no lo sé. El caso es que lo soltó en plena reunión de departamento. Dijo que estaba decepcionado y que se veía obligado

a comunicarlo al director.

Iris abrió la boca.

—¿Qué? ¿Pero qué dice ese...? ¿Y ahora qué pasa?

—Claire me explicó después que eso activa un proceso disciplinario. No sé mucho de cómo funciona, pero puede ir desde una simple amonestación hasta algo mucho peor. Invalidez del proyecto, suspensión, incluso despido en el peor de los casos. Y yo... estoy aquí, con esta tormenta encima, intentando no venirme abajo del todo. Cuando me lo dijo, me quedé en blanco.

Iris se llevó las manos a la cabeza.

—Madre mía, Sofía. ¿Cómo puede estar saliendo todo así? Después de todo el esfuerzo que has puesto.

—Sí, y eso es lo que más me descoloca. He trabajado como una loca. He conseguido avances con los alumnos, tengo todo el apartado práctico del proyecto casi cerrado, y ahora... ahora todo podría irse a la mierda justo en el último momento.

—¿Y Claire? ¿Cree que realmente puede llegar a más?

—Claire dice que ahora estaré bajo vigilancia, básicamente. Que lo mejor es mantener la calma, seguir con el trabajo sin hacer olas, sin levantar sospechas. Que mientras actúe con normalidad y no haya más problemas, no cree que me caiga nada grave. Pero ya sabes cómo soy... no puedo dejar de pensar en lo peor. En todo lo que podría salir mal. Siento que hay una cuenta atrás invisible sobre mi cabeza, y que en cualquier momento todo podría explotar.

Iris apretó los labios con fuerza y luego asintió despacio.

—Ya sabes lo que voy a decir, ¿no?

—Que respire, que no me hunda antes de tiempo, que aún no está todo perdido —respondí automáticamente.

—Exacto. Y que tienes que aferrarte a todo lo bueno que has hecho. Y sinceramente, Lucas es un gilipollas por dejarte así en un

momento como este, tienes que centrarte en ti misma, en tu sueño Sofía. Que piense lo que quiera tú no has hecho nada malo.

Cortamos unos minutos después. Me quedé allí, sola en el salón, con el portátil cerrado y el café frío entre las manos. Me acurruqué sobre mí misma y dejé que el silencio se hiciera espeso. Tenía muchas cosas que pensar.

Entonces, vibró el móvil. Miré la pantalla, distraída, esperando cualquier cosa intrascendente, un correo, una notificación del instituto, quizás algún mensaje tonto del grupo de compañeros. Pero no era nada de eso, era una llamada y en cuanto contesté sentí como el mundo se acababa.

33

Lucas

Nunca había entendido del todo lo que significaba que el silencio cortara el aire hasta que entré en casa esa tarde. No el silencio de costumbre. Un silencio que dolía. Dejé las llaves en el cuenco de madera con más fuerza de la que pretendía. Como era habitual desde la discusión, ya no había respuesta cuando llegaba. Ningún *"hola"* desde el salón, ni ruido de cocina, ni pasos acelerados.

Me quité el abrigo con desgana y lo dejé sobre el respaldo de la silla. Pensé en encerrarme en mi habitación, seguir ignorando lo evidente, dejar que la distancia se encargara de silenciarlo todo. Pero cuando pasé por delante de su puerta, se me heló la sangre.

Sofía estaba de espaldas. Arrodillada junto a su cama, con una maleta abierta y la ropa a medio doblar desparramada por el colchón. Me detuve en seco. El corazón me dio un vuelco.

—¿Sofía...? —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía. Como si mi garganta supiera antes que yo lo que estaba a punto de pasar.

Ella se quedó quieta unos segundos. El tipo de pausa que no presagia nada bueno. Luego se levantó lentamente. Cuando se dio la

vuelta, me golpeó de lleno esa expresión suya que no le conocía: los ojos enrojecidos, la mandíbula tensa, la mirada clavada en algún punto lejano detrás de mí. Como si yo no estuviera allí.

—Me vuelvo a España —dijo. Así, sin más. Como si fuera evidente. Como si eso bastara.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, acercándome un par de pasos—. ¿Qué significa eso? ¿A dónde?

Ella cerró la cremallera de la maleta con un gesto seco. No me miraba. Solo se limitó a colocar las asas y empujarla hacia un lado del colchón.

—Tengo que irme. Es... complicado.

—¿Complicado? ¿Pero qué ha pasado?

—No tiene nada que ver contigo —replicó y fue como si me empujara contra una pared invisible.

Eso me dolió más de lo que imaginaba. ¿De verdad habíamos llegado a eso? ¿A la indiferencia?

—Entonces explícame qué está pasando. No puedes simplemente desaparecer así —insistí, cruzando los brazos, con un nudo en el pecho que me dificultaba hasta respirar.

Sofía parpadeó un par de veces. Estaba pálida.

—Mira, como tu dijiste, no quiero que te equivoques. No quiero que dejes todo por alguien que ni siquiera sabe si podrá…—Su voz se quebró por un segundo, pero lo sostuvo—. Olvídate de mí, es lo mejor.

Me quedé helado. Como si me hubieran vaciado un cubo de agua helada por la espalda. El estómago se me encogió. Noté cómo se me tensaban los músculos de la mandíbula, cómo el calor se me iba del cuerpo. Como si esas palabras fueran una condena. Como si no las hubiera escuchado, sino sentido a cuchillo.

—¿Cómo que me olvide de ti? ¿Qué estás diciendo?

Ella respiró hondo y sacó algo de fuerza de no sé dónde para levantar la mirada y clavármela, por fin. Sus ojos, siempre tan vivos, tan intensos, ahora eran un mar revuelto.

—No puedo darte más explicaciones. Solo... acéptalo. Tengo que irme. Me han pasado cosas. Cosas que no puedes arreglar tú.

—Sofía, por favor... —empecé, pero no sabía ni lo que quería decirle—. No puedes cerrar la puerta así, como si nada. No puedes dejar todo esto sin más. Sin decirme qué está pasando. Al menos dime si estás bien.

Ella negó con la cabeza, bajando la vista.

—No estoy bien, Lucas. Por eso precisamente tengo que irme.

Un silencio pesado cayó entre nosotros. Y ahora... ahora solo era alguien más a quien dejar atrás. Alguien prescindible otra vez.

Ella agarró la maleta. La levantó con ambas manos y pasó por mi lado sin rozarme, sin decir una palabra más. Su perfume me golpeó en plena cara. Ese olor que antes formaba parte de mi rutina. De mí.

Y cuando la puerta se cerró detrás de ella, lo único que quedó fue un eco. Un vacío denso. Un hueco irreparable. Me quedé en mitad del salón, con el corazón hecho un puño, sin entender absolutamente nada.

***

Miraba el borrador del final de la historia de Alain con desprecio. Ya sabía que no existían los finales felices. Había vuelto a caer de nuevo en mi propia trampa. Como un idiota. Otra vez. Me dejé llevar por la idea estúpida de que esta vez sería distinto, que con ella sería distinto. Que podía amar sin miedo, sin que todo se desmoronara. Pero no. Porque soy yo. Porque siempre pasa lo mismo.

Desde que Sofía cerró esa puerta y se fue sin mirar atrás, todo

dentro de mí se dió la vuelta. No dejó una nota. Ni una explicación que valga. Solo ese *"olvídate de mí"* que sigue retumbando en mi cabeza cada vez que intento dormir. Como si fuera tan fácil. Como si pudiera borrar cada uno de sus gestos, cada una de sus miradas, como si se pudiera deshacer todo eso que construimos a medias como quien borra una palabra mal escrita.

La librería está irreconocible. No por fuera. No físicamente. Por dentro. Por dentro está muerta. Me paso los días allí, en piloto automático, como si los libros pudieran hablarme y decirme qué demonios tengo que hacer ahora. Tengo más de la mitad del dinero que le prometí a mi hermano, pero esa cifra me resulta más distante que nunca. Ahora solo me queda la inercia. Para no pensar. Para no derrumbarme.

Pero da igual. Porque ella está en todas partes.

Su taza sigue en la estantería. Esa blanca, con el borde astillado. El cojín con forma de libro que dejó en el sillón aún está donde lo dejó. Su perfume se ha quedado atrapado en los pasillos. Y cuando salgo a la calle, cada maldita esquina, cada rincón por donde solíamos pasear, huele a ella. Ha conseguido algo que no imaginaba posible: me ha robado la ciudad. Colmar ya no es mía. Es suya. Y ahora, cada vez que piso estas calles, no puedo evitar sentir que camino sobre los restos de lo que fue.

Joder. Estoy totalmente enamorado. Y ella se ha ido. Para siempre.

Intenté convencerme de que era solo el golpe. El susto. Que con el tiempo se pasaría. Que, como todas las heridas, acabaría cerrando. Pero no. Porque cada día sin ella confirma que no solo me importa. Me ha atravesado. Me ha marcado. Y lo peor es que ya no puedo volver atrás.

No sé nada. No sé dónde está. Si está bien. Si se acuerda de mí.

Si también le duele. No me dejó ni siquiera el consuelo de la certeza. Solo preguntas sin respuesta. Solo el eco de una despedida que nunca llegó.

A ratos me enfado. Me muerdo la lengua. Golpeo los cajones cuando nadie me ve. ¿Cómo ha podido irse así? ¿Después de todo? ¿Después de cada roce, cada conversación, cada noche compartida? ¿No valía nada? ¿Fui tan fácil de soltar?

Y luego... luego me hundo. Porque sé que no soy el único que tiene miedo. Que ella también arrastra sus propios demonios. Pero aún así... joder, ¿no merecía una despedida?

Empiezo a soñar con ella. Me despierto empapado en sudor, convencido de que todavía está. Que va a salir del baño, que va a dejar el secador tirado en la cama, que va a reírse porque le mancho de yogur jugando, pero ya no está.

***

Fue Claire quien vino a buscarme. Una tarde cualquiera, mientras yo fingía que trabajaba en la trastienda de la librería, la vi entrar con su chaqueta azul y esa expresión de quien lo sabe todo antes de decirlo. No dije nada. Ella tampoco, al principio. Se limitó a sentarse frente a mí, cruzarse de brazos y mirarme con esa mezcla de paciencia, compasión y una pizca de determinación.

—Tienes la pinta de alguien que lleva semanas a la deriva —comentó al fin, clavando los ojos en mí con una mezcla de ironía y preocupación.

No tuve fuerzas para responder. Me limité a encogerme de hombros, hundido entre papeles que ni siquiera estaba leyendo. Ella se levantó, caminó hasta la ventana y abrió las cortinas de golpe. La luz me dio en la cara y por un momento sentí que iba a derretirme

ahí mismo, como un trozo de mantequilla olvidado al sol.

—Sofía me pidió que no te lo contara —dijo por fin con un tono más suave—. Pero necesitas saberlo. Ella no se fue porque quisiera dejarte atrás, a pesar de que la cagaste, no te voy a mentir. Tuvo que hacerlo. Su madre sufrió un infarto, Lucas. La encontraron desmayada en el suelo del salón. Cuando la llevaron al hospital, ya estaba inconsciente. Estuvo varios días ingresada en el hospital. Sofía me escribió solo para decirme que se iba, que no sabía cuándo volvería. Estaba completamente rota.

Sentí un nudo en la garganta, tan tenso que por un segundo pensé que me asfixiaba.

—Y eso sumado a lo del instituto pues te puedes imaginar, ¿Cómo pudiste dejarla así, justo en ese momento? —añadió Claire cruzando los brazos con fuerza como si intentara contener algo dentro de ella.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? — pregunté confuso.

—Tampoco te lo contó. De verdad que los dos sois… —dijo llevándose la mano a la frente— Gregoire se enteró de lo del proyecto. De que lo presentó a espaldas del departamento. Y con la baja que ha pedido por lo de su madre justo después... Bueno, el proceso disciplinario se va a endurecer. Creen que fue todo premeditado. Que se fue para evitar las consecuencias.

Me quedé en silencio, intentando digerir la información. Mi estómago se encogió como si me hubieran dado un puñetazo en seco.

—¿Un proceso...? —repetí sin comprender del todo.

—Sí —asintió ella con pesar—. Y podría escalar más de lo que pensamos. Da la sensación de que podría perderlo todo. Si la despiden, no tendrá carta de recomendación y el proyecto no servirá para nada. Estoy intentando mover hilos, hablar con el director,

explicarle el contexto... Pero no sé si será suficiente.

Me pasé las manos por la cara, impotente. Todo encajaba de golpe: las miradas esquivas, su silencio, la despedida tan repentina.

—¿Por qué no me lo ha dicho? Todo podría ser tan diferente… ¿No hay ninguna manera de que podamos saber dónde puede estar?

—De hecho… puede que sí. Me acuerdo que me dijo que sus padres vivían en un pueblo, me convenció para ir a verlo con ella algún día porque tiene unos campos de lavanda preciosos o algo así, creo que lo apunté en algún lado.

Claire sacó el móvil mientras yo no sabía dónde meterme, la esperé mientras movía los dedos sobre la pantalla.

Joder y yo no había visto venir nada, me había quedado tirado, deprimido y destrozado. Una voz en mi cabeza me recordó las palabras de mi hermano: *"Eres igual que él".* Y una nueva determinación nació dentro de mí. No podía seguir allí, tenía que hacer algo.

—Aquí está. ¿Brihuega? No sé si se pronuncia así, pero estoy segura de que esto me lo apunté cuando me dijo eso, tendría sentido que estuviera allí ¿No?

Era solo una posibilidad, pero de repente tenía claro lo que tenía que hacer.

—No lo sé, pero ya es algo

—Si que te ha cambiado la cara ¿Qué piensas hacer?

—Recuperarla.

34

Sofía

Los días desde que volví a Brihuega pasaron como una pausa incómoda, como si el mundo se hubiera puesto en pausa solo para obligarme a enfrentarme a todo lo que he estado evitando. Es ese tipo de silencio que se instala después de un grito, ese que no deja pensar con claridad, pero tampoco te permite escapar del ruido interior. No hay nada más agotador que ese vacío.

La llamada de mi padre me pilló en el peor momento. *"Tu madre se ha desmayado. Está en el hospital".* Así, sin anestesia. Me temblaban las manos mientras colgaba. El corazón se me encogió tanto que sentí que me iba a ahogar. Hice la maleta como si estuviera soñando, sin saber bien qué estaba guardando.

Me repetí mil veces que era lo mejor. Que Lucas no podía cargar con esto. Que lo más sensato era alejarme, cortar por lo sano antes de que las cosas se rompieran todavía más. Creía que cortar ahora serviría para que al menos no acabáramos haciéndonos aún más daño.

Pero mientras cerraba la puerta tras de mí, supe con absoluta

certeza que no volvería a verle. Y dolía. Dolía mucho más de lo que imaginé.

El hospital fue un infierno. Las primeras veinticuatro horas se me mezclan en la cabeza: médicos, luces blancas, mi padre sin saber dónde sentarse, el sonido constante de máquinas. El infarto fue grave. La encontraron desmayada en casa y la ambulancia apenas llegó a tiempo. Tardaron en estabilizarla. Verla allí, conectada a cables, fue como ver desaparecer de golpe todo lo que alguna vez sentí como hogar. Y mientras tanto, yo luchaba con mi culpa, con la angustia de haberla dejado sola tantos años, con la sensación de estar fallando en todo a la vez: como hija, como persona.

Por suerte, al poco tiempo dijeron que se estaba recuperando. Lenta pero estable. Y poco después pudimos volver a casa, dando pasos cortos por el pasillo, apoyada en mi padre. Algunas tardes conseguimos que sonría. Pero yo sé que el susto se quedó grabado en su cuerpo. Y también en el mío.

Me quedé con ellos en la casa de mi infancia durante la baja que me habían concedido por motivos personales. Luego supe que Gregoire había decidido presentar una queja formal por haberme ido durante el proceso disciplinario. Claire me escribió, preocupada, explicándome que podía acabar muy mal para mí. Que podría perderlo todo. Me agarré a la idea de que Claire intentaría ayudarme, pero no soy ingenua. Sé que estoy fuera de juego. Y es una mierda. Porque puse tanto en ese trabajo. En ese sueño. Y ahora, lo veo escaparse como arena entre los dedos.

Y, luego, está Lucas. Y con él… todo lo que no sé cómo gestionar. Echo de menos su voz. Su manera de tocarme la espalda cuando creía que dormía. Su forma de perderse en sus pensamientos mientras escribía. Y también su mirada. Echo de menos las cosas pequeñas, como cocinar juntos o discutir sobre qué

música poner en la librería. Echo de menos la sensación de pertenecer a algo.

Pero también me acuerdo de cómo se cerró en banda. De su frialdad. De esa distancia que impuso de golpe, como si todo lo que habíamos compartido no significara nada. Me dolió. Me dolió más de lo que estoy dispuesta a admitir. Y sí, lo entiendo. Sé que estaba asustado, que revivió cosas del pasado. Pero… ¿acaso yo no?

No lo he desbloqueado, aunque realmente quería. Él tampoco ha intentado contactarme. Y no sé si es por orgullo, por miedo, o porque ya no queda nada que decir. A veces me repito que hice bien en marcharme.

Y ahora me encuentro mirando por la ventana del autobús, antes de llegar a Barajas, volviendo a emprender el viaje que hace cuatro meses suponía el inicio de mi sueño y ahora parecía el comienzo del final.

***

Cuando bajé del avión pensé que lo peor ya había pasado, pero me equivocaba. En el viaje hasta Colmar casi me quedé sin lágrimas, esos paisajes no hacían más que revivir los recuerdos reprimidos de hace unos días, tenía mensajes sin leer de Claire, de Iris y de las chicas de España, no quería hablar con nadie, sólo que esto se pasara rápido.

***

Llegué directamente al instituto, en el momento en el que abrí la puerta del departamento y encontré una cara nueva supe lo que me esperaba. Gregoire que estaba a su lado explicándole algo con detalle nos presentó con una sonrisa triunfal al verme entrar.

—Ella te sustituirá a partir de mañana —dijo con retintín

Le ignoré dirigiéndome a ella mientras aguantaba las ganas de responderle. Hablamos durante un rato, para ponerle al día de mis clases, le ofrecí que me acompañara en el día de hoy para presentarla a los grupos mientras me despedía de los chicos. Conocerla un poco más no ayudó en nada a la tristeza que llevaba encima en los últimos días, pero al menos parecía encantadora.

Cuando terminaron mis clases me llamaron a dirección, supuse que allí me comunicarían oficialmente la decisión que habían tomado. Al abrir la puerta me encontré al director con algunos secretarios y jefes de departamentos.

—Buenas tardes, por favor tome asiento —dijo el director mientras me señalaba una silla a mi derecha. —Como sabrá, recibimos una serie de acusaciones y tras un proceso de deliberación, tenemos que comunicarle que debemos prescindir de sus servicios, al final las reglas deben respetarse y la jerarquía debe mantenerse.

Llevaba toda la mañana esperando la noticia, pero aun así no me sentía preparada para este momento. Tras hacer una pausa, se escuchó el sonido de la puerta abriéndose y Claire entró al despachó en silencio apartándose a un lado.

—De todas maneras, debido a las múltiples peticiones de sus compañeros, y aunque no puedas exponer el proyecto, hemos decidido no manchar su historial de ninguna manera y le damos la posibilidad de finalizar el contrato de mutuo acuerdo.

No podía creerlo, se me empezaron a empañar los ojos y miré de reojo a Claire agradecida, aquí se acababa todo. No tenía trabajo, no me quedaba otra que volver a España, aún quedaba mucho tiempo para que el curso terminase, hasta el año que viene sería imposible continuar mi sueño en Francia y sinceramente después de este

último viaje, tenía muchas dudas de si finalmente volvería. Era demasiado doloroso.

A la salida Claire se quedó conmigo, nos fundimos en un abrazo.

—Sofía, de verdad, de verdad que lo hemos intentado todo, Julien y yo… Les contamos el proyecto, sacamos muestras de resultados y comparaciones con otros años, tus alumnos estaban sacando notas mucho mejores que el resto, pero nada valía.

—No te preocupes, sé que lo has intentado— dije con la voz quebrada.

—Ahora ¿Qué vas a hacer? ¿Cuándo te irás?

—Sabía que esto iba a ocurrir, mañana me vuelvo a casa, necesito… pensar tranquila.

—¿Mañana? —preguntó visiblemente preocupada—. ¿Y dónde te vas a quedar? ¿Has hablado con Lucas?

—No, es mejor no hablar con él, será todo más difícil, había pensado en dormir en el aeropuerto y ya está.

—Me niego rotundamente, tú me esperas y te vienes conmigo a mi casa, así nos despedimos mejor.

—No hace falta, de verdad Claire…

—Ya te digo yo que sí hace falta. —Sentí como se me fundía el pecho, no podía estar más agradecida.

—Pero Sofía, de verdad que no quieres hablar con él, quizás, no sé… —El sonido del timbre sonó dejando su frase en el aire—. Tengo clase, quedan dos horillas espérame y te llevo conmigo. ¿Vale?

—Gracias Claire. —No me salía decir nada más.

Mientras se alejaba, yo salí del instituto, sola con el torbellino de pensamientos que me azotaban, cuando me llegó un mensaje al móvil. Mi madre me preguntaba que me habían dicho en la reunión, no tenía fuerzas para darle las noticias y justo antes de apagarlo me llegó una notificación: *"Henri Morel ha publicado un nuevo capítulo"*,

me quedé mirándolo perpleja, llevaba mucho tiempo pensando el final, ¿Porqué ahora?

La corriente de pensamientos comenzaba a girar ahora en torno a él. Miré el reloj, no habían pasado ni veinte minutos y una idea suicida me empujó a actuar, me levanté y comencé a caminar hacia la librería.

35

Lucas

El autobús se detuvo en Brihuega con un traqueteo que me sacudió hasta el último hueso. Bajé con la carpeta bajo el brazo como si cargara un tesoro. Dentro estaba el manuscrito completo de la novela de Alain y Laure que había terminado la noche anterior, la que había publicado esa misma mañana con un último capítulo que nunca pensé que sería capaz de escribir: un final feliz.

No fue un gesto improvisado. Era mi plan. El único que me parecía honesto. No podía llegar a Sofía con palabras vacías ni con promesas que el tiempo acabaría desmintiendo. Tenía que mostrarle que yo también podía creer en nosotros, que había aprendido a no dejar que el miedo me empujara siempre a la huida. Y la única forma que conocía era escribir.

Lo publiqué nada más llegar a España. Pensé: si Sofía lo lee, sabrá que he cambiado; y si no lo lee, se lo entregaré yo mismo. Por eso imprimí una copia, sencilla y la traje conmigo hasta aquí. No era un regalo ni un soborno, era la manera más clara de decirle: quiero construir un final feliz contigo, y esta vez me atrevo a luchar por

ello.

Ese era mi plan. Tan simple y tan temerario. No un ramo de flores, no una gran declaración pública, sino un final: la vida convertida en palabras, y en esas palabras, una promesa.

Suspiré, mirando el pueblo que se extendía ante mí como un laberinto de calles empedradas, balcones con geranios y puertas de madera desgastada. Tenía que encontrar su casa.

Pregunté primero a una mujer que barría la acera.

—Perdón… ¿Dónde vive la familia Martín? —Mi acento arrastró la "r" y me delató.

Me miró curiosa.

—¿Los de la calle Mayor o los de San Felipe?

—Eh… Sofía. Sofía Martín.

Entonces sonrió, como si todo el pueblo supiera exactamente de quién hablaba.

—La muchacha de la Juana que estuvo en Francia, claro. Dos calles más abajo.

El pueblo entero parecía jugar a darme indicaciones contradictorias. Entre tanto, yo sentía el manuscrito latir bajo mi brazo, como si también tuviera prisa.

Por fin, al doblar una calle estrecha, lo vi: el portón verde, la pintura gastada, y sobre él las macetas azules rebosantes de flores. Me detuve con el corazón golpeándome en el pecho. Era allí. El lugar donde Sofía había crecido, la raíz que siempre había llevado consigo a Colmar.

Respiré hondo, me aseguré de sujetar la carpeta con firmeza, y llamé al timbre.

La puerta se abrió y apareció una mujer de cabello gris, mirada firme. Detrás, un hombre con gesto serio la acompañaba. Ambos me estudiaron con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Buenas tardes —dije cuidando cada palabra de mi español—. ¿Aquí… vive Sofía?

Se miraron entre ellos. El hombre habló primero, seco:

—No está. ¿Quién eres?

La frase me atravesó como un cuchillo. No supe qué responder. Me encogí un poco, bajé la mirada, y murmuré lo único que me salía.

—Soy… Lucas, soy su…—dije antes de que se me terminaran mis palabras.

¿Qué éramos realmente? Ahora mismo nada , pero ¿Qué seríamos? La duda me apretaba mientras sus padres me miraban con expectación.

—Conocí a su hija en Francia, quería darle una cosa, algo muy importante. Necesito verla cuanto antes ¿Saben dónde está?

El padre arqueó una ceja, casi divertido.

—No me digas que se ha echado novio en Francia y no nos ha dicho nada, hay que ver la hija que tienes —dijo casi gritando mirando a la madre de Sofía.

—Lo siento, pero Sofía ya se ha vuelto para allá, su baja acababa ayer y ha cogido el primer vuelo para llegar al instituto a tiempo. Por lo que nos dijo no pintaba bien, así que volverá a Madrid en cuanto pueda marcharse.

No me salían las palabras. Solo apreté el manuscrito contra el pecho, consciente de que había llegado tarde, con la puerta cerrándose poco a poco ante mí. No me quedaba otra opción, allí no la encontraría nunca.

—Muchas gracias, me marcho entonces.

***

El autobús de regreso a Madrid se convirtió en un pasillo de tortura. Abrí el móvil, buscando vuelos hacia Francia: Estrasburgo, Basilea, incluso Lyon. No importaba dónde aterrizara, yo encontraría el camino hasta Colmar.

Los resultados eran un muro: dos días, tres días. Demasiado tarde.

Mi corazón golpeaba como un tambor en la caja del pecho. Si despedían a Sofía y yo no llegaba antes de que volviera a Madrid, no la volvería a ver.

Al llegar a Barajas, corrí a los mostradores. Iberia, Air France, Vueling, Lufthansa, cualquiera que ofreciera un vuelo hacia el este de Francia o Alemania. Siempre la misma respuesta:

—Todo completo, señor. Lista de espera, como mucho dentro de tres días.

Me desesperé. Volví a intentarlo en otra terminal, como si las paredes blancas del aeropuerto pudieran ocultar un milagro.

—Por favor —insistí a una mujer en el mostrador, mi acento francés arrastrando las palabras—, necesito llegar a Francia lo antes posible. Cualquier ciudad, cualquier aeropuerto.

Ella consultó la pantalla con calma burocrática, como si mi mundo no estuviera a punto de desmoronarse.

—Lo siento. Nada antes de dos días.

Me quedé inmóvil. Miré por el ventanal los aviones que despegaban uno tras otro, como si cada uno llevara consigo la última oportunidad de alcanzarla.

El manuscrito pesaba como una piedra en mi brazo. Lo había escrito para ella, lo había planeado todo para dárselo en persona, para demostrarle que podía apostar por un final feliz. Aún podía leerlo en internet, pero me había bloqueado de todos sitios ¿qué posibilidad había de que lo viera?

Me apoyé en una barandilla de cristal, antes de seguir corriendo de mostrador en mostrador, contra el tiempo, contra el destino, contra la distancia que aún nos separaba.

36

Sofía

Desperté en el sofá cama de Claire con una sensación extraña, como si el sueño hubiera sido demasiado ligero para darme descanso. Me quedé unos minutos mirando la luz que entraba por la ventana, tratando de ordenar la maraña de pensamientos que no me habían dejado dormir.

La tarde anterior me confirmó que debía marcharme cuanto antes. Al llegar a la librería me recibió un silencio frío, permanecía cerrada, con una nota que ponía que permanecería así unos días, me quedé algo preocupada, era muy raro en él tomarse unas vacaciones de esa manera y casi sin pensarlo, caminé hasta el piso.

Subí las escaleras con un nudo en el estómago, con la absurda ilusión de oír pasos al otro lado de la puerta. Pero tampoco. Sólo un pasillo vacío, una cerradura muda y una despedida que nunca llegó.

Me incorporé despacio, con la garganta seca. No quería pensar en lo que venía después, al volver a España casi definitivamente.

Apreté los labios y dejé escapar un suspiro, quizás así era mejor, ya me marché una vez sin dar explicaciones, se suele decir que el

contacto cero es lo mejor para estas cosas, aunque una parte de ti siempre quiera lo contrario.

Desayuné con Claire mientras le contaba que mi vuelo salía a las cuatro de la tarde desde Lyon, no quería abusar de su hospitalidad así que comería allí directamente. De alguna manera cuando nos despedimos en el umbral de la puerta fue extrañamente difícil, nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero sentía que era una amiga para siempre.

***

El aeropuerto de Lyon era un hervidero. Carros de maletas que chocaban entre sí, voces metálicas en los altavoces, pasos apresurados que se cruzaban en todas direcciones. Caminaba entre la multitud con mi billete en el bolsillo como si fuera una condena. No quería mirar a nadie, no quería pensar. Solo deseaba pasar el control y sentarme en una silla hasta que mi vuelo me arrancara de allí.

Me detuve un instante para comprobar la pantalla de embarques: cuatro de la tarde. Todo seguía en orden. Mi pecho, en cambio, era un torbellino desordenado. Bajé la vista hacia la maleta, ajusté la correa del bolso… y entonces alguien me golpeó de lado con tanta fuerza que casi caí al suelo. La maleta rodó unos centímetros, el asa se me escapó de la mano.

—¡Perdón, lo siento mucho! —balbuceó una voz agitada.

Me incliné para recuperar el equilibrio y levantar la maleta, molesta. Pero cuando alcé la vista, el aire se me atascó en la garganta.

Era Lucas.

El pelo despeinado, los ojos abiertos de par en par como si

tampoco pudiera creer lo que veía. Jadeaba, sudaba, parecía haber corrido medio aeropuerto.

—Sofía… —susurró, como si el mundo entero se redujera a mi nombre.

Me quedé helada. Por un segundo pensé que mi mente me jugaba una broma, que la fatiga había creado un espejismo. Pero no: estaba ahí, de carne y hueso, mirándome con una mezcla de desesperación y alivio.

—¿Qué… qué haces aquí? —logré preguntar, la voz temblorosa.

Él no respondió de inmediato. En cambio, se inclinó, recogió la carpeta que se le había caído en el choque y la levantó torpemente.

—He venido por ti —dijo al fin, y su voz se quebró—. He buscado vuelos, trenes, cualquier cosa para llegar antes de que… de que te fueras de Colmar para siempre.

Me quedé muda. La gente nos esquivaba con impaciencia y otros miraban con curiosidad. Lucas siguió, atropellado:

—Terminé la novela, Sofía. La acabé pensando en ti, en nosotros. Un final feliz, porque eso es lo que quiero contigo. —Alzó la carpeta, casi suplicante—. Lo he pensado, cuando Claire me contó lo que pasaba, lo tenía claro, quería abandonar el pasado, todo lo que me importa es construir un futuro contigo, te lo prometo.

Mi corazón golpeaba tan fuerte que pensé que todos a mi alrededor podían escucharlo.

—Me pasé la vida huyendo —continuó, jadeando—. Pensé que me protegía, pero lo único que conseguí fue perderte. Y no pienso dejar que vuelva a pasar. Fui a Brihuega o como se llame, pero ya no estabas en tu casa y tus padres me dijeron que habías vuelto, casi no llego porque…

"¿Qué había ido a dónde? ¿Con mis padres?". Yo lo miraba sin poder reaccionar, como si mi cuerpo estuviera atrapado entre la

incredulidad y el deseo de creer. Sus palabras me atravesaban, derribando una a una las murallas que me había construido.

Lucas dio un paso más. Sus ojos estaban rojos.

—No sé si merezco otra oportunidad, pero si me la das, voy a luchar. Por ti. Por nosotros. He escrito todo lo que siento en este final, porque es el que quiero contigo, porque es el final que me enseñaste a escribir.

Ya no pude aguantar más. La emoción me desbordó, las lágrimas me empañaron la vista.

—Cállate ya… —susurré con una mezcla de risa y sollozo.

Y antes de que pudiera decir nada más, lo callé con un beso.

Un beso urgente, tembloroso, en medio de la multitud apresurada que de pronto dejó de existir. Sentí sus manos aferrarse a mí como si el mundo se estuviera rompiendo alrededor y yo fuera lo único que lo mantenía en pie.

El ruido metálico de los anuncios, el trajín de las maletas, todo desapareció. Sólo quedaban sus labios, su respiración entrecortada, el latido frenético de nuestros corazones chocando.

Cuando nos separamos apenas un segundo, Lucas me miró con la voz hecha un hilo.

—No más finales tristes.

Sonreí entre lágrimas, con la certeza ardiendo en el pecho.

—No más.

Y lo besé otra vez, como quien por fin se atreve a creer en un final feliz.

37

Lucas

Habían pasado ya unos días y aún me costaba creerlo. Me despertaba cada mañana con el miedo fugaz de descubrir que todo había sido un sueño, pero ahí estaba Sofía, preparando café en la cocina o leyendo junto a la ventana, como si no se hubiera ido nunca.

La noticia de su cese en el instituto había caído como una losa, pero lo habíamos arreglado al menos por el momento.

La librería se convirtió en nuestro refugio. Yo seguía abriendo cada mañana como siempre, pero ahora todo tenía un aire distinto. Sofía ocupaba la parte de arriba, ayudando en la cafetería. Tenía una manera natural de conectar con la gente, de hacer que incluso los clientes más distraídos se quedaran unos minutos más entre tazas de té y bollos calientes. La cafetería empezó a tener vida, y la librería, por contagio, también.

En las tardes tranquilas, cuando el bullicio bajaba, nos quedábamos los dos entre estanterías, comentando proyectos, pensando cómo mejorar aquel espacio que ahora compartíamos.

Sofía tenía ideas, energía, incluso ilusión. Y yo… yo simplemente la observaba, maravillado de ver cómo se reconstruía paso a paso, cómo encontraba un lugar nuevo en medio de lo que antes había sido solo mío.

La campanilla sonó una mañana cualquiera, cuando Sofía y yo hablábamos de reorganizar una mesa de novedades cerca del escaparate. Yo esperaba ver entrar a un cliente habitual, pero él siempre se las apañaba para llegar cuando menos lo esperaba.

No había aviso, ni mensaje previo. Solo su figura erguida en el umbral, con ese aire de quien siempre llega para poner orden en algo que considera suyo.

El corazón me dio un vuelco. Sofía se quedó inmóvil a mi lado.

—Adrien… —murmuré, más para mí que para él.

Entró despacio, sin contestar, dejando que sus ojos recorrieran la librería. Pasó los dedos por el lomo de un libro, observó las lámparas, el suelo recién encerado, cada detalle como si buscara huellas del pasado. Yo me armé de valor y saqué el sobre del cajón.

—Tengo el dinero —dije con la voz más firme podía.

Pero él no me miró. Seguía inspeccionando los rincones, pensativo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó al fin, casi en un susurro.

Me obligué a sostener su mirada.

—Un préstamo. No había otra manera.

Adrien se llevó la mano a la frente y soltó un resoplido.

—Siempre igual, Lucas. Como puedes ser tan irracional. Y sin embargo… jamás pensé que vería este lugar así.

Giró sobre sí mismo, observando el ambiente acogedor, los clientes que hojeaban libros al fondo, el aroma a café que bajaba desde arriba. Luego señaló con la barbilla hacia la escalera.

—Enséñame lo que hay arriba.

Lo seguimos hasta la cafetería. Sofía lo precedía con un gesto nervioso, pero cuando llegamos, el espacio hablaba por sí mismo: mesas ocupadas, estudiantes trabajando, risas, el olor dulce de bollería recién hecha. Adrien se quedó en silencio, recorriendo cada rincón con la mirada. Finalmente habló:

—Esto ya no es la librería del abuelo. Es algo más. Algo vivo. ¿Qué ha pasado en todo este tiempo?

—No finjas que te interesa— le reprendí.

Él se encogió de hombros y empezó a bajar las escaleras. De regreso al piso de abajo, extendí el sobre hacia él.

—Aquí está. Lo que te prometí.

Adrien lo miró un instante, luego negó con la cabeza.

—Tú dame cincuenta mil y cállate. Ni uno más. Fue lo que pagué a nuestro padre. El resto te lo ahorras. —Me miró con dureza—. Y haz el favor de hacerme una transferencia, por dios, sabes a qué me dedico.

No entendía nada. Apenas logré asentir.

Él se volvió hacia Sofía, observándola por primera vez con auténtico interés.

—¿Has sido tú quien lo ha cambiado?

Sofía abrió la boca, pero Adrien no esperó respuesta.

—Me alegro —dijo, y con un gesto seco salió de la librería.

El silencio que dejó fue espeso, casi irreal. Me giré hacia Sofía y en su mirada encontré lo que necesitaba: calma, fuerza, y la certeza de que ese lugar, nuestra vida, ya no estaba bajo amenaza. Por primera vez en un tiempo, parecía que las cosas empezaban a salir bien.

Epílogo

Sofía

Las mañanas en Colmar tenían ahora un ritmo distinto. Me gustaba caminar hasta el nuevo instituto donde daba clases, atravesando las calles empedradas todavía húmedas de rocío, y sentir que, de alguna manera, estaba construyendo una vida nueva. El trabajo me llenaba, aunque sabía que nunca volvería a mirarlo como la única meta, algo esencial también me esperaba cada tarde, cuando cruzaba de nuevo la puerta de la librería.

Allí todo era movimiento y vida. La cafetería de arriba había cobrado un protagonismo inesperado: estudiantes que pasaban horas entre apuntes, lectores que se quedaban más tiempo del previsto, vecinos que habían hecho del lugar su punto de encuentro. A veces pensaba que no era solo por el café o por los libros, sino porque el espacio respiraba algo distinto: una calidez que nos pertenecía a Lucas y a mí.

Lo observaba detrás del mostrador, revisando pedidos, escribiendo con gesto concentrado, y me descubría sonriendo sin que él me viera.

Por las noches, cuando cerrábamos juntos la librería, me sorprendía aún la facilidad con la que compartíamos el silencio. No había miedo ni dudas, solo la certeza tranquila de que, por fin, estaba en casa.

Lucas

Publicar mi novela había sido como cerrar un ciclo. No porque el éxito fuese abrumador, sino porque había logrado cumplir un sueño que parecía imposible para mí.

Ver a Sofía entrar en el instituto como profesora me llenaba de orgullo, pero lo que más me conmovía era verla en la librería, saludando a los clientes, sugiriendo lecturas, sirviendo cafés como si llevara toda la vida allí. Era su espacio tanto como el mío, y eso era exactamente lo que había soñado sin atreverme a decirlo en voz alta.

Esa noche, mientras cerraba la caja y Sofía apagaba las luces del piso de arriba, la observé en silencio. Caminaba descalza, con el pelo recogido a medias, tarareando una canción sin darse cuenta. El corazón me dio un vuelco, igual que la primera vez que la vi en aquella librería.

Sonreí, guardando el anillo en una pequeña caja que llevaba semanas esperando el momento oportuno.

Si algo había aprendido cuando la conocí es que no todas las historias tenían que terminar mal, ahora, después de un año con Sofía, me he dado cuenta de que algunas de ellas no se conforman con un final feliz. Necesitan un nuevo comienzo.

Él escribe tragedias. Ella enseña ilusiones. Un piso compartido bastará para descubrir que lo difícil no es creer en los finales felices, sino atreverse a vivir uno.



Lucas es un librero atractivo, enigmático y autor secreto de relatos que provocan pasiones y enfados por igual. Intenso, sarcástico y con una mirada que parece atravesarte, lucha por salvar su librería de la reconversión que amenaza su futuro.

Sofía llega a Colmar con la ilusión de un nuevo comienzo y un proyecto que demostrar, pero no imaginaba que debería convivir con Lucas, el hombre que la irrita y fascina a partes iguales, ni que descubriría su identidad secreta como autor, su afición por la natación y su capacidad para sacarle de sus casillas.

Entre malentendidos, secretos del pasado y la amenaza de perderlo todo, deberán aprender a arriesgarse por algo inesperado: un amor que creían imposible.

Una historia de librerías, secretos y finales que solo se escriben juntos.

Ale Garsen es graduado en Humanidades con especialización en Historia Cultural y tiene un máster en Educación Secundaria en la Universidad de Castilla-La Mancha, una formación que le ayudó a entender cómo las historias y las emociones están entrelazadas desde siempre. Ha trabajado en proyectos culturales y museísticos, pero siempre con la escritura como refugio y motor creativo.

Lleva escribiendo de forma más o menos constante desde hace dos años. *El final que me enseñaste a escribir*, es su primera novela.

Su objetivo es seguir creando historias que emocionen y acompañen al lector, y este primer proyecto marca el inicio del camino que quiere recorrer con dedicación.



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Ale Garsen
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-86-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El final que me enseñaste a escribir
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Ale Garsen
Créditos